
El creído
de mi nuevo
VECINO
CARLOTA MANZANO

El creído de mi nuevo VECINO

CARLOTA MANZANO

Primera edición.

El creído de mi nuevo vecino

Carlota Manzano

©diciembre, 2025

©imágenes por Freepik y AdobeStock

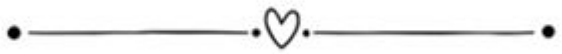
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo

Capítulo 1



«A veces no sabes que quieres algo hasta que lo tienes. La vida se encarga de enseñártelo y acercártelo de diferentes formas, en ocasiones es muy evidente, en otras en cambio, ni siquiera lo ves venir».

Izel

—Gracias —le dije sonriendo a Fermín.

Me quitó de las manos unas cuantas bolsas, para subir los últimos escalones que llevaban al rellano en el que estaban nuestros pisos. Yo cargué con cuatro más hasta mi puerta, a la que llegué agotada.

—Te he dicho muchas veces que no puedes cargarte con tanto —me reprendió con cariño Fermín.

—Lo sé —suspiré negando, mientras dejaba las bolsas en el suelo—. No tengo remedio. Siempre me pasa lo mismo, salgo diciéndome que voy a comprar lo poco que necesito y cuando estoy en el supermercado me acuerdo de más. Al final voy echando en el carro y… —le sonreí señalando las bolsas, apoyándome en la puerta—. Gracias, caballero —incliné la cabeza hacia él.

—Qué cosas tienes —habló riendo—. ¿Te ayudo a entrarlas?

—Ya has hecho bastante —negué—. Lo que queda es fácil.

—Hija, han sido solo unos pocos escalones.

—Pues eso, demasiado. Y no lo digo por tu edad, ¿eh? Ya quisiera yo estar tan fuerte y tener tanta vitalidad —le hice un guiño.

—Con mis años me falta de todo, Izel.

—Bah, tonterías. A ver cuándo narices vienen a arreglar el ascensor —bufé mirando hacia las puertas de este.

Hacía casi una semana y media que se averió y vivíamos en la cuarta planta. Subir cargada tantas escaleras era un martirio, pero por suerte por el momento solo lo había hecho hoy. Por lo demás, me lo tomaba con calma y lo llevaba bastante bien, a excepción de las veces que mi paciencia brillaba por su ausencia.

A pesar de que algunas mañanas me cagaba en el ascensor cuando me iba a trabajar, para mí no suponía ningún problema. Pero, en cambio, tenía vecinos que eran mayores para estar haciendo esos esfuerzos cada vez que querían o necesitaban salir a la calle.

Como era el caso de Fermín y Norma, un matrimonio encantador al que quería mucho. Él tenía setenta y seis años y ella setenta y cuatro, vivían en el piso que quedaba a la derecha del mío.

Había tres viviendas por rellano, en el nuestro estábamos Fermín, Norma y yo, más Nico, un hombre que me superaba en edad por cuatro años y que, por su trabajo, algunas temporadas se encontraba más tiempo fuera que dentro de su piso. Era conductor de tráiler para trayectos internacionales y un buen amigo. Nos llevábamos genial, tanto que Pam, mi amiga, de vez en cuando no se cortaba para hacer bromas sobre nosotros. Según ella, el día menos pensado caeríamos enredados en la tentación.

Tonterías, aunque debo decir que Nico era muy atractivo, un bombón de hombre, aparte de simpático y divertido. La verdad era que encajábamos muy bien y sí que era cierto que, por parte de él, meses atrás noté un poco más de acercamiento. Nada significativo y que me tomara en serio porque teníamos una relación muy sana de amistad.

Desde que nos conocimos nuestra conexión fue diferente, de lo que ya habían pasado unos años. Siempre habíamos tenido claro que ninguno traspasaríamos la línea hacia la atracción física, si es que surgía. Así lo hablamos en una ocasión en la que, en este instante, no me acordaba de cómo se dio.

Nico era un hombre increíble, me encantaba, pero solo podíamos vernos como buenos amigos. Le tenía muchísimo cariño y por eso mismo, como Adrián lo sabía de sobra, este era la voz de la razón cada vez que se enfrentaba a Pam, cuando ella se empeñaba en juntarnos a Nico y a mí.

Mis mejores amigos, Adrián y Pam, conocían bien a Nico, al igual que a Fermín y Norma. A pesar de todo lo que había contado sobre mi vecino Nico, mi relación con él no podía compararse con la que tenía con Adrián. Este último estaba siempre, sin excepción, a otro nivel con respecto a quien fuera.

De vuelta a mi rellano… de tan bien como nos llevábamos los vecinos y la seguridad que nos dábamos los cuatro, Fermín, Norma, Nico y yo, teníamos las llaves de los pisos de los otros, para poder entrar si era necesario. En el caso de Fermín y Norma eso me hacía sentir más tranquila por la edad que tenían, así podía acceder a la vivienda si me preocupaba. Al piso de Nico iba de vez en cuando, durante los días en los que él estaba fuera. Mi vecino me lo agradecía porque le controlaba que todo estuviera bien y yo lo hacía encantada, no me costaba nada.

Así que vivíamos muy relajados y en armonía aquí, porque para rematarlo sobre nuestras cabezas se encontraba el terrado, ya que el edificio

tenía cuatro pisos de altura y la nuestra era la última. A sumarle a eso en la planta de abajo apenas había movimiento. Esta se distribuía por una vivienda vacía y las otras dos que eran de Gonzalo, quien las compró para unificarlas y hacer un solo piso enorme.

Gonzalo era cirujano, por lo que pasaba mucho tiempo en el hospital. Vivía para sus horarios y las guardias, nunca sabíamos cuando estaba o no, a no ser que nos cruzáramos con él por casualidad. Era un hombre de cuarenta y cinco años, con un carácter que podía catalogarse como bastante especial si no lo conocías y tenías un poco de confianza con él.

—De lo último de lo que se enteró Norma fue de que estaban buscando otra empresa de mantenimiento —me contó Fermín, refiriéndose a lo que había comentado yo de la avería del ascensor—. La que se comprometió a venir son unos impresentables, se quedaron con nuestro dinero y no responden. La gestoría está luchando para recuperarlo, ya que fueron ellos los que lo traspasaron por adelantado y sin garantías de nada.

—Antes siempre habían respondido bien.

—¿Te acuerdas de la reunión de vecinos de hace casi un mes a la que no pudiste venir? —me preguntó con expresión divertida y asentí de la misma forma, sonriendo.

Los dos sabíamos que ese «no pudiste venir», en realidad fue, no quisiste venir y preferiste quedarte en tu piso.

—Pues en la reunión se propuso cambiar de empresa de mantenimiento. Llevábamos muchos años con ella, pero subieron bastante la cuota mensual, aparte de que añadieron dos extras nuevos al año. Desde ese momento se dijo que dejaríamos de trabajar con ellos.

—Vale, entiendo que nos ha estafado la empresa que la gestoría contrató después, al menos por ahora, hasta que no respondan, pero digo yo que, si se han quedado con el dinero y no vienen a arreglar el ascensor, se puede

contratar a alguien más mientras tanto, ¿no? Aunque sea de forma provisional —arqueé una ceja—. A ver si van a pasar los meses y seguimos igual.

—Maca está en ello —mencionó a la presidenta de la comunidad de este año—. Por lo que le va contando a Norma cada día llama a la gestoría para que hagan algo, pero entre unos y otros todo continúa igual —negó.

—Como me presente en la gestoría los voy a poner bien firmes a todos —suspiré.

—Deja pasar un poco más de tiempo —me pidió sonriendo.

—Voy a entrar con la compra —miré las bolsas en las que llevaba productos frescos.

—Yo voy a dar mi paseo.

—¿Y Norma? —me extrañó que no fuesen juntos.

Era habitual en ellos salir cada tarde a dar un buen paseo. Dependiendo de la época del año variaba la hora en la que salían, pero nunca fallaban, a no ser que alguno estuviera malo.

—¿Se encuentra bien? —le pregunté seguido, sin darle tiempo a responder.

—Sí, no te preocupes. Está en la peluquería, voy directo hacia allí para encontrarnos y dar el paseo.

—Ah, vale. Ten cuidado al bajar —le di un beso en la mejilla.

—Oye, ¿sabes algo nuevo de Nico? —se refirió a nuestro vecino— Este último viaje se le está alargando.

—Me escribió ayer por la mañana para decirme que le surgieron algunos problemillas que lo habían retrasado en la ruta, pero que ya lo tenía todo controlado. Por lo que me comentó calcula que no tardará mucho en volver.

—Ah, ese muchacho —negó—. Pasa casi toda su vida en ese camión —negó.

—Solo será por unos meses más —le recordé—. El futuro de Nico no está ahí, él lo tiene claro. Está consiguiendo dinero para abrir el negocio de sus sueños, y también para tener unos ahorros aparte. Yo también lo haría si me atreviera a ponerme al volante de un trasto de esos —me reí.

—Mejor que sigas teniéndoles miedo —se rio conmigo—. Me voy ya que al final se te estropea la compra.

—Dale un beso a Norma —le pedí mientras nos abrazábamos.

—De tu parte —asintió.

Fermín se fue hacia la escalera y yo saqué la llave, poniéndome frente a la puerta. Di varios viajes a la cocina, para llevar todas las bolsas. No quise cargarme con todo de nuevo, me notaba los brazos y los hombros doloridos, por lo que era momento de aflojar.

Me quité el bolso que dejé en un lado de la barra y me puso a vaciar las bolsas y a colocar cada cosa en su sitio. Con lo que había comprado estaba servida por un tiempo, esperaba que para la próxima vez el ascensor estuviera arreglado porque me tocaría una compra más grande, con garrafas de agua incluidas.

Al terminar y dejar la cocina recogida, agarré el bolso y fui a mi habitación. Quería darme una ducha para ponerme el pijama, y prepararme para el final del día. Mañana era viernes, último día de trabajo y en el que

volvería a ver a mis amigos. Desde el fin de semana pasado no estaba con Pam, con Adrián hacia un poco más. Estaba emocionada porque mi amigo regresaba mañana al mediodía, después de pasar unas semanas fuera por trabajo.

Muy animada por eso, colgué el bolso en el perchero y busqué el móvil en el interior. Sonreí al ver que tenía mensajes y entré en la aplicación para leerlos, mientras iba al baño.

Pam: *¡Mis amigos son unos aburridos! Si no escribo yo, el grupo es deprimente. ¿Dónde estáis? ¿Qué hacéis? ¡Qué mañana es viernes y por fin día de cañas, tapas, más cañas y copitas de las buenas! Ja, ja, ja. Sosos, que sois unos sosos.*

Unos minutos más tarde…

Adrián: *Mejor di que Izel y yo somos los responsables del grupo. ¿Tal vez no estamos por aquí porque tenemos cosas que hacer? Yo acabo de llegar a la habitación del hotel, ya puedo decir que terminé y que mañana regresaré tranquilo. Por fin. Sueño con esas cañas, ya veremos quién es el soso cuando estemos en el bar.*

Pam: *Estoy deseando verlo, no podrás competir conmigo. Ja, ja, ja… y menos cuando querré borrarme de la memoria esta semana. Hoy ha sido el remate, he tenido un día de mierda en el trabajo. Ha habido una confabulación en mi contra y me he revelado. Tenía unas ganas de que terminara…*

Adrián: *¿Qué te ha pasado?*

Pam: *Que he discutido con todo el mundo. Ja, ja, ja… ¡No tengo ninguna culpa! Han querido tocarme las narices, pues han recibido lo que se han ganado. Ni más, ni menos. A tomar por saco. Mañana estarán muy suaves, sobre todo Quique.*

Adrián: *Sobre todo, él, ¿eh?*

Pam: *Sí, ¿qué pasa? Él es el peor, me ha llevado al límite, hasta que he explotado.*

Adrián: *¿Quién ha sido esta vez?*

Pam: *Lisa. He bufado, te lo digo porque como no me ves…*

Adrián: *Sé que lo has hecho y también que has puesto cara de asco. Como si no te conociera… Ja, ja, ja…*

Pam: *Quique se ha quedado encerrado en el ascensor con Lisa, ¿qué te parece?*

Adrián: *Que es normal si ha fallado.*

Pam: *Una mierda, ha sido intencionado. Solo había que ver cómo ha salido ella cuando se desbloqueó por arte de magia.*

Adrián: *Mañana nada más verte voy a darte una colleja que va a sentarte de golpe en una silla. A ver cuando te metes en la cabeza que Quique lo único que quiere es meter su segunda cabeza en cualquier agujero, tal cual. Poco le importa en quién o dónde. Te hizo creer que eras especial para llevarte a su terreno, deja de lastimarte como la haces porque él tiene que estar muy feliz en su casa, y satisfecho, mientras que tú estás rabiosa y enfadada. Voy a darme una ducha rápida.*

Pam: *Ahora mismo me caes muy mal. Te he puesto en mi lista negra.*

Adrián: *Supéralo. Ja, ja, ja…*

Cuando llegué al final de la conversación, sonriendo, les escribí.

Izel: *Hola, guapos. Yo también acabo de llegar, pero a mi piso. He ido a comprar al super y me he quedado un rato hablando con Fermín en el rellano. Ahora que he guardado la compra voy a darme una ducha. Cuento las horas de que sean las siete de la tarde de mañana. Espero que vengas con la cartera bien cargada de billetes, Adrián, porque te toca pagar a ti. Ja, ja, ja… Y Pam, haznos caso de una buena vez: olvídate de que Quique existe, joder.*

Adrián: *¿Todavía no he llegado y ya me estás amenazando?*

Pam: *Llora todo lo que quieras, mientras que pagues nos da igual. Ja, ja, ja…*

Sonreí mirando la pantalla, mientras me quitaba la ropa frente al espejo del baño. Los dejé hablando solos, hasta que terminara de ducharme.

Capítulo 2

Me acerqué a la cama, donde había dejado la ropa que iba a ponerme.

Era viernes, las seis y media de la tarde, y solo me faltaba vestirme para ir hasta donde había quedado con mis amigos.

Lo único que llevaba encima era la ropa interior. Ya me había maquillado y secado el pelo, el que decidí dejarme suelto. Me senté en la cama para ponerme las medias y a continuación, me calcé los botines. Me encantaban, eran muy cómodos y arreglaban mucho.

Cuando me puse de pie me metí dentro del vestido. Era de punto gordito y me llegaba hasta medio muslo, de tejido flexible y muy agradable que se ajustaba a todas mis curvas. Tenía el cuello redondo y los puños de las mangas largas me tapaban hasta los nudillos. En la cintura se estrechaba, se fruncía un poco para marcar la figura.

Discreto y a la vez resultón, era una de mis principales elecciones siempre que quería ir arreglada, y al mismo tiempo cómoda.

Entré de nuevo al baño para cepillarme el pelo y darme el visto bueno frente al espejo. Contenta con mi apariencia, fui a por el bolso y me aseguré de que llevaba todo lo importante dentro. Lo cogí, al igual que la bufanda y el abrigo, y con todo en los brazos, me dirigí a la puerta principal.

En cuanto cerré con llave empecé a abrigarme, sin pararme en ningún momento para no perder más tiempo. Iba justa y no quería llegar tarde. Hice algunos malabares con todo lo que llevaba y comencé a colocármelo para liberarme, pero no llegué ni a ponerme la bufanda.

De repente solté un grito al notar que me iba hacia el vacío, escaleras abajo. Uno de mis pies no encontró una base sólida donde apoyarse, aparte de que choqué con algo duro que me desestabilizó y me hizo tropezar, perdiendo del todo el equilibro. Y… nada más, porque mi cuerpo frenó de golpe y jadeé por la impresión. Todo pasó en segundos, así que me costó reaccionar.

Cuando fui consciente del momento me di cuenta de que alguien estaba sujetándome con un brazo por la cintura. Quien fuera me mantenía pegada con fuerza a su cuerpo y la sensación era muy agradable y reconfortante, debido al calor que desprendía y a la seguridad que me dio.

Como me quedé mirando hacia los escalones, mientras que la otra persona estaba al inicio de ellos, detrás de mí y casi en el rellano, lo siguiente que llamó mi atención fueron mis cosas tiradas por la escalera: el abrigo, la bufanda y el bolso. Los tres se me habían caído de las manos al soltarlo todo para buscar un agarre que me diera estabilidad.

Pero mis pertenecías no estaban solas, al final del tramo de escaleras también había una maleta de viaje volcada, o un maletín con ruedas. No me quedó claro porque era de tela oscura y yo aún estaba un poco acelerada y aturdida. No me fijé en los detalles, tampoco me importó en este instante.

—Mmm… puedes soltarme —dije y carraspeé.

—Primero tienes que separar tus manos de mí y dejar de clavarme las uñas.

Di un pequeño respingo al escuchar la voz profunda muy, pero que muy cerca de mi oído. No sabía cómo se me había olvidado ese detalle tan

importante, el de que mi cuerpo estaba pegado al del hombre. Bajé la vista al brazo que me rodeaba la cintura, de pronto notando mucho calor de su pecho en mi espalda.

—Lo… lo siento —me disculpé empezando a mover los dedos despacio.

Me costó despegarlos por la fuerza con la que había estado apretándole. Me sentí mal porque tenía que haberle dejado marcas, a pesar del jersey que le cubría la piel. Si fue así o no, no mostró que le doliera, ni siquiera hizo un sonido que me lo indicara.

Cuando lo liberé él fue soltándome despacio, deslizando el brazo lentamente por mi cintura. Noté la pérdida enseguida, mi vestido de punto no era barrera suficiente. Con las piernas temblorosas, apoyé una mano en la pared y suspiré, antes de girarme hacia el hombre que había estado a punto de provocarme un accidente y a la vez, lo había evitado.

Él no tenía la culpa, todo recaía en mí. Debí de ir más atenta al acercarme a la escalera, al primer escalón de mi rellano, en cambio, asumí que podía moverme hasta con los ojos cerrados y bajarla de la misma forma. En realidad, sí que podía, algunas veces lo había hecho en broma con mi vecino Nico, como un juego, y en cada una de esas ocasiones pasé la prueba con éxito.

Pero en esta había sido un completo fracaso, cometí el error de confiarme por costumbre. El problema vino al tener tantas cosas en las manos y al salir acelerada del piso, sin prestar atención a mi entorno. No vi más allá intentando ponerme la bufanda y el abrigo, mientras procuraba que no se me cayera el bolso.

Entre eso y que calculé mal al apoyar el pie, para bajar el primer escalón… Todo lo demás vino en cadena. Ni siquiera vi ni escuché al hombre que estaba subiendo y que tenía casi encima, cuando tendría que haberme parado yo para dejarlo llegar arriba. La escalera tenía una buena anchura, pero, aun así, por educación debería haberme apartado.

Al estar cara a cara con él, por primera vez en mi vida, me sentí tonta delante de una persona. No supe qué decir mientras lo miraba, me quedé totalmente en blanco. Y para terminar de empeorarlo, él se mantuvo en silencio y apoyó el final de la espalda en la barandilla, con cada pie en un escalón y las manos en los bolsillos del pantalón, después de haberse remangado.

Los ojos se me fueron al brazo con el que había impedido mi caída, con el que me había agarrado con fuerza hasta hacía poco. Me mordí ligeramente el labio inferior y noté como el calor cubría mis mejillas, al distinguir perfectamente en su piel las marcas de mis uñas.

Cuando pude volver a hablar tuve la necesidad de disculparme de nuevo, por lo «bonito» que le había dejado el antebrazo.

—Yo… lo siento —casi susurré.

—Ya te has disculpado —ladeó un poco la cabeza.

Contuve a tiempo la reacción que me provocó escuchar su voz otra vez. Había un poco de separación entre nosotros, pero no tanta como para que no se diera cuenta.

—Es que… —señalé con la cabeza hacia su brazo, pero él continuó mirándome a mí, como si nada.

—¿Cómo te llamas?

—¿Y tú? —elevé las cejas.

—Yo he preguntado primero. Me lo debes por lanzarte encima de mí.

—Perdona, yo no me he lanzado encima de ti —bufé y arqueó una ceja —. Me he lanzado hacia delante, que no es lo mismo, y ahí estabas tú —me crucé de brazos.

—Estoy acostumbrado a que se tiren a por mí, de formas diferentes, pero no a que me lo nieguen.

—Lo que me faltaba, creído —negué varias veces con la cabeza.

Me separé de la pared y fui bajando los escalones, para recuperar mis cosas. Por suerte el bolso estaba cerrado, así que todo continuaba dentro. Notando como seguía todos mis movimientos con la mirada, me cubrí el cuello con la bufanda, me puse el abrigo, y, por último, recuperé el bolso.

—Adiós —dije por cortesía, dándole la espalda.

Me paré al final de tramo donde cayó su maleta, la que viéndola de cerca no tuve duda que lo era. Nada de maletín. Me agaché para ponerla de pie sobre sus ruedas y me giré para mirar hacia arriba. Él continuaba observándome en la misma postura.

—Si eres un nuevo vecino te has equivocado de planta —le dije—. El piso que está vacío está en la tercera, no en la cuarta.

—¿Qué te hace pensar que seremos vecinos? ¿Quieres que lo seamos?

Si se hubiera reído habría pensado que estaba bromeando, o quedándose conmigo de alguna manera, pero su seriedad me dejó cortada por unos segundos.

—Yo no quiero nada, solo… —señalé su maleta— ¿Entonces? —insistí ante su silencio.

—¿Tu nombre? —volvió a preguntarme.

—Izel —contesté con un suspiro, porque no tenía ningún sentido negarme a decírselo. ¡Qué más daba!

—Izel —repitió.

—Sí. ¿Y el tuyo?

—Me llamo Héctor.

Empezó a bajar despacio y di un paso hacia atrás, separándome de su maleta.

—Me voy, he quedado y ya llego tarde.

No supe por qué narices le di explicaciones, cuando tendría que haberle dicho otro simple adiós y haberme ido sin mirar atrás. La culpa la tenían sus ojos claros, parecían casi transparentes, con una mirada que daba la sensación de que penetraba en tu interior. También las facciones varoniles y angulosas de su cara, con las proporciones en su justa medida.

Y por supuesto su pelo, tanto el tono negro intenso que contrastaba con el color de sus ojos, como el corte que lucía. Varios mechones le caían sobre la frente, con la parte de arriba más larga que en los laterales. Pues sí, muy a mi pesar estaba segura de que lo que me había dicho era verdad. Para este hombre debía ser normal que las mujeres fueran a por él, de una forma u otra, más sutiles o con más descaro, pero todas queriendo conseguir lo mismo.

Héctor era el típico hombre que, si se encontraba en un lugar rodeado de muchas personas, lo mirabas sí o sí. Era difícil no fijarse en él, no pasaba desapercibido porque destacaba de una manera innata por su pose, apariencia y por lo que desprendía con naturalidad. Porque su cuerpo,

mmm… bueno, debo decir que iba en línea con todo lo demás. No tenía desperdicio.

Llevaba un vaquero oscuro, debajo del cual se notaban unas piernas fuertes, y un jersey de lana que todavía tenía remangado. Era lo único, no tenía abrigo, quizás iba metido en la maleta. La ropa enmarcaba perfectamente su cuerpo, dando una pincelada visual de lo que escondía.

—¿Interesante? ¿Te gusta?

Di un pequeño respingo al sobresaltarme al escucharlo. Me había quedado tan concentrada en él que, en algún momento, mientras bajaba la escalera y se acercaba, desconecté de estar aquí. Se paró muy cerca de mí y levanté la cabeza despacio, para mirarlo a la cara.

—¿Cómo? —le pregunté.

—¿No te ibas?

Sonrió de medio lado y pasó por alto contestarme. En cambio, cogió el asa de su maleta, sin apartar la mirada de la mía, y me hizo un guiño. Eso fue todo, antes de girarse y empezar a subir.

—Te he dicho que el piso vacío está…

—Buenas noches, Izel.

Maldije interiormente por el pequeño estremecimiento que tuve al escucharlo pronunciar mi nombre.

—Buenas noches, Héctor —le correspondí en varios tonos más bajo.

—A mí también me ha parecido interesante y me ha gustado, mucho.

Entreabrí los labios para volver a hablar, pero los cerré apretándolos, conteniéndome. También lo hice para no decirle de nuevo que no iba en la dirección correcta, que en esa planta no estaba lo que buscaba. Si no lo había entendido ya…

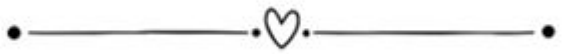
Me olvidé de todo, se daría cuenta por sí mismo. Me había retrasado mucho y llegaba muy tarde, así que bajé las escaleras todo lo rápido que pude, sin llegar a correr. Una vez en la planta principal, fui directa a la salida.

Normalmente estacionaba en mi plaza del parquin del edificio, pero cuando llegué del trabajo vi un hueco casi enfrente de la entrada y decidí dejarlo en la calle. Mientras caminaba por la acera miré el reloj de pulsera y bufé, porque pasaban catorce minutos de la hora en la que había quedado con mis amigos. Y pasarían unos diez más, hasta que llegara donde me esperaban Adrián y Pam. Entre el tráfico y el tener que estacionar…

En cuanto me monté en el coche cogí el móvil para escribirles un mensaje en el grupo que compartíamos los tres. Ignoré los que habían escrito para mí, preguntándome cómo lo llevaba.

Izel: *Acabo de montarme en el coche, salgo ahora. Pedir por mí que enseguida estoy con vosotros.*

Capítulo 3



Mi sonrisa se amplió conforme me acercaba caminando a la mesa del bar en la que estaban Pam y Adrián.

—¡Menudo honor! Por fin —fue el recibimiento de ella, por mi retraso.

—Hola a ti también —negué antes de darle dos besos y un abrazo—. Hola —me dirigí a Adrián, haciendo lo mismo, pero con más entusiasmo.

—Hola, preciosa —me dio un beso final en la cabeza, antes de separarnos.

—¿Estás muy cansado por la vuelta y el ajetreo del viaje? —le agarré una mano.

—He dormido una buena siesta —me hizo un guiño, mientras nos sentábamos.

—Bien —le sonreí, quitándome la bufanda y el abrigo—. Qué sed tengo.

Después de dejar la ropa y el bolso en la silla donde ellos habían colocado sus cosas, cogí el vaso de cerveza que habían pedido para mí y di un buen sorbo. Ventajas de llegar la última y que hiciera frío, porque en las épocas calurosas ya no valdría nada la cerveza, por los diez, doce minutos que había tardado en llegar.

—¿Todo bien? —me preguntó mi amigo.

—Sí —le contesté sonriendo.

—¿Por qué has llegado tan tarde? —quiso saber Pam.

—A ver… —dije extendiendo una mano entre nosotros— Casi me caigo por la escalera, por lo rápido que he salido del piso —bajé uno de los dedos con los de la otra mano, empezando a contar—. Un hombre estaba subiendo los últimos escalones y simplemente no vi que estaba a punto de llegar al rellano. Yo solo iba pendiente de colocarme el abrigo y la bufanda, no miraba hacia delante.

»El caso es que me he chocado con él al inicio de la escalera y ha colaborado a que mi cuerpo fuera directo hacia abajo —bajé el segundo dedo—. Perooo… también ha sido mi salvador —bajé el tercer dedo—. Resulta que me ha abrazado con fuerza y me ha mantenido pegada a su cuerpo para que el mío no volara sin alas —bajé el cuarto dedo.

»Y como comprenderéis, entre unas cosas y cosas, pues hemos hablado un poco, aunque ha sido raro. Después de dejarme claro que es un creído he cogido mis cosas y me he ido —bajé el quinto y me quedé sin dedos en una mano.

»Ese es un buen resumen, añadiendo que cuando me he recompuesto me he disculpado y le he dado las… oh, mierda, ¿le he dado las gracias? No me acuerdo —me llevé la mano a la frente.

—Joder, te ha cundido —dijo sorprendida Pam.

—Sí —negué suspirando—. Por eso he llegado tan tarde —me encogí de hombros.

—Lo de las gracias es lo de menos, seguro que lo has compensado con la conversación —comentó Adrián, mirándome sonriente.

—Buenooo… no os sabría decir.

—¿Qué has querido decir con que ha sido raro hablar con él? —me preguntó Pam, después de beber de su cerveza.

La imité porque todavía tenía la garganta seca. También aproveché para pinchar una patata brava y unas gambas al ajillo que entraban por los ojos. La verdad era que sucedía lo mismo con toda la comida que había en los platos, las tapas estaban riquísimas.

—Pues eso, que ha sido raro. No sé —dije dando golpecitos en la mesa con el tenedor.

—Si ha dicho que es un creído, te puedes hacer una idea —habló Adrián.

—Lo es, pero también es cierto que puede permitírselo —aclaré.

—¿Has dado con un tío bueno de esos que te dejan atontada y sin respiración? —quiso saber Pam, emocionada.

—Así me quedé los primeros segundos —puse los ojos en blanco—, pero porque todavía estaba afectada por el susto.

—Pues a mí no me queda tan claro como a ti que fuera por tan poco tiempo y por el susto precisamente —comentó Adrián, mirándome por encima del borde de su vaso.

—Vamos a dejar de hablar de ese hombre. Ya ha pasado y se terminó —moví las manos en el aire—. ¿Cómo te fueron tus últimos días antes de regresar? —le pregunté a Adrián.

—No seas aguafiestas —se quejó Pam, haciendo un puchero.

—No tengo nada más que decir de él —me reí—. Bueno sí, que se llama Héctor. Por lo demás…

—Oh, os habéis presentado —dio una palmada—. ¿Seguro que estás olvidándote de cosas? ¿Habéis intercambiado los números de teléfono? Dime que sí.

—No —volví a reírme por el grito de impotencia que soltó—. No voy dándole mi número a desconocidos porque sí, por mucho que me salven de caídas aparatosas —arqueé una ceja.

—Eres un desastre —dijo con un gran suspiro.

—No me hagas hablar… —le advertí.

—Momento de cambiar de tema —intervino sabiamente Adrián—. Los últimos días fueron geniales, el poco trabajo que me quedaba por hacer lo terminé en huecos que encontraba durante el día, pero no me llevaba apenas tiempo. Me dediqué a hacer turismo —me respondió.

—Que bien —levanté el vaso hacia él y lo choqué con el suyo cuando me imitó.

—Conocí a alguien —nos confesó y a Pam se le iluminó la cara de nuevo, por tener otro tema interesante del que sacar información.

—¿En qué sentido? —le preguntó ella con una sonrisa pícara.

—Se llama Ally y coincidí con ella en el hotel, el antepenúltimo día antes de volver. Fue en el desayuno, yo llegué primero al comedor y cogí una mesa, donde dejé el abrigo doblado en el asiento de una de las sillas. Lo bajé porque esa fue la última mañana que tuve que irme nada más terminar de desayunar.

»En el momento en el que fui a coger la comida, Ally terminaba de hacer lo mismo y ocupó mi mesa, sin darse cuenta de que ya estaba ocupada. No vio mi abrigo y ahí comenzó todo. Cuando llegué había empezado a desayunar y le dije que estaba en mi mesa, pero que no se preocupara, que ya iba a otra.

»Solo quise coger el abrigo, pero después de disculparse y de un tira y afloja para que el otro se quedara, al final, como estábamos solos los dos, le dije que podíamos compartirla para hacernos compañía. Aunque los días que hemos estado juntos pasaron demasiado rápido y me supieron a poco, nos dio tiempo a bastantes cosas, la verdad, pero la más importante es que quedamos en no dejar de hablarnos.

»Cuando he llegado a mi piso nos hemos escrito varios mensajes. Ally todavía estará en el hotel por unos días más.

—Qué bonito y romántico —dije sonriendo.

—Así da gusto viajar por trabajo —comentó Pam.

—No saquéis conclusiones, está todo en el aire. No hemos hablado de nada más que de seguir en contacto como amigos.

—¿Amigos? —se rio Pam—. ¿Te parece poco? Si no hubierais querido nada ya estaríais haciendo vuestras vidas por separado —asintió varias veces a sus propias palabras—. Estoy segura de que en cualquier momento nos darás otra noticia de las buenas —le hizo un guiño.

—No tengo ninguna expectativa, estoy bien como estoy —confirmó con seguridad él—. Os lo he contado para que lo sepáis y para que conozcáis de la existencia de Ally, por si en alguna ocasión viene y os la presento en una salida como esta —pinchó un calamar rebozado y se lo metió en la boca.

—Me encantará conocerla si se da la ocasión —le sonreí.

—Lo sé porque te caería genial —me aseguró con un guiño.

—¿Vive muy lejos de aquí? —le preguntó Pam.

—A un poco menos de media hora en coche.

—Esa distancia no es nada —comenté.

—En realidad, no, pero hasta un metro puede ser insalvable si alguna de las dos partes se lo propone.

—Déjate de tonterías porque no es vuestro caso —habló Pam con diversión.

—Tiempo al tiempo, hoy es el primer día del principio o del fin.

—Joder, qué drástico —rio.

—El tema aquí es… ¿tú qué quieres que sea? ¿Principio o fin? —le pregunté.

—Sinceramente no lo sé —me contestó observándome fijamente y se tomó unos segundos en silencio para continuar—. Me lo he pasado estupendamente con ella, me he sentido de una forma que hacía mucho que no me sentía, pero una vez de vuelta aquí estoy bien como estoy.

—Estás dándole prioridad a la amistad, dejando escondidos al resto de tus sentimientos —le dije—. No quieres perderla como amiga, porque, aunque os hayáis acostado, lo que doy por hecho —asintió confirmándomelo—, sabes que puede ser una gran amistad. Simplemente no quieres hacerle daño y que se aparte de ti si no os sale bien lo de intentar estar juntos.

—Supongo que es eso —me sonrió.

—Ahora piensa en esto. ¿Si Ally viviera en nuestra ciudad estarías diciendo lo mismo? ¿La dejarías escapar tan fácilmente? O mejor aún, ¿podrías contenerte para no acercarte como te pediría el cuerpo? Yo tengo claro de que si ella viviera aquí tus palabras habrían sido otras, porque si la tuvieras más al alcance no dudarías, ni aceptarías la opción de una amistad.

»Tú mismo lo has dicho, ¿qué es media hora en coche? Nada, siempre que no se quiera poner trabas —le hice un guiño—. Es más, en el caso de que ella hubiera regresado contigo estoy segura de que ahora estaría con nosotros. ¿Por qué eres tú la parte que te propones hacer insalvable lo vuestro? ¿Por qué no dejas que fluya y haces lo que te nazca y necesites?

»A pesar de que has hablado con ella por mensajes hace unas horas, lo que continuarás haciendo, has sido tú el que empezaste a levantar los muros en el mismo aeropuerto de salida. Si es una chica tan estupenda y que te hace tanto bien, que te atrae y no puedes dejar de pensar en ella, no la apartes, Adrián.

—Apoyo cada una de las palabras de Izel —habló Pam, señalando a Adrián con el tenedor—. Y yo añado que en cuanto sepas que Ally ha regresado quedes con ella y echéis varios polvos en condiciones. Uno detrás de otro, eso te quitará todas las dudas y las tonterías —se rio y fruncí los labios, divertida.

—Estáis dando por hecho que no será lo que haga.

—¿En serio? —se sorprendió Pam— ¿Ibas a tener polvos de despedida como algo más que amigos?

—Vivo el presente, no planifico mi vida —arqueó una ceja—. Solo os digo que Ally y yo quedamos en que iría a recogerla al aeropuerto, así que ese día puede suceder cualquier cosa —nos hizo un guiño.

—Ahora te escucho —me reí levantando el vaso.

Chocamos los tres en el centro de la mesa y nos terminamos las cervezas de varios tragos. Pam pidió otra ronda y continuamos comiendo las tapas.

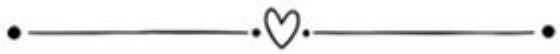
Las conversaciones profundas se terminaron cuando pasamos a hablar de los trabajos y de varias anécdotas.

Me encantaban estos momentos con mis amigos, eran el desahogo y el subidón de energía que necesitaba para terminar la semana. Y había echado mucho de menos a Adrián, tenerlo de vuelta me traía paz.

Pasada la medianoche nos fuimos del bar, en él todavía se quedaron varias personas, pero Roberto, el dueño, no tardaría en echarlos para cerrar. Caminamos por las calles agarrados de los brazos, hasta que nos despedimos para ir cada uno en una dirección.

Tocaba llegar a casa para descansar, sobre todo Adrián, después del tiempo que había estado lejos.

Capítulo 4



Salí del baño recogiéndome el pelo en un moño. Acababa de darme una ducha y me lo había soltado para cepillármelo y pasarme unos segundos el secador, por lo poquito que se me había mojado.

Era lo primero que había hecho nada más levantarme de la cama, por lo que lo siguiente urgente era tomarme el café con leche.

Salí de la habitación al pasillo, para ir a la cocina. Pasaban unos minutos de las nueve y media de la mañana. Era sábado, por lo que no tenía ninguna prisa. Anoche mis amigos y yo hablamos de quedar de nuevo sobre las ocho y media de esta tarde, pero al final no lo dejamos claro, así que durante el día sabría si saldríamos o no.

Mientras se calentaba la cafetera saqué la leche de la nevera, y del armario la taza que me gustaba para tomarme el café. Tenía que ser esta, era una de mis manías porque de cualquier otra no me sentaba igual de bien en mi piso. De ahí que tuviera varias tazas iguales de repuesto, por si se me rompía.

Le di el primer sorbo sentándome a la pequeña mesa que tenía en la cocina, pensando en las opciones que tenía para prepararme algo de comer. Me había levantado con hambre y me apetecía un buen desayuno en condiciones.

El sonido del timbre me hizo dirigir la vista al hueco de la puerta de la cocina. Estaba abierta, por lo que desde donde me encontraba sentada veía una pequeña parte del salón y la entrada principal. Levanté la mirada al reloj de la pared, faltaban diez minutos para las diez.

Me incorporé para ir a ver quién era, seguramente Fermín o Norma, porque el timbre que había sonado era el del piso, no el del portero del edificio. Ese pensamiento se esfumó en cuanto abrí.

—Hola —saludé a mi amigo Adrián—. ¿Qué haces aquí? ¿Ha sucedido algo?

—Hola, preciosa —pasó por mi lado, dándome un beso en la cabeza—. ¿Qué va a pasar? —me preguntó divertido.

—Ah, yo qué sé. Es temprano y sábado, y no habíamos quedado. Que yo recuerde.

—Anoche no, pero te he enviado varios mensajes esta mañana. El primero ha sido hará una hora, preguntándote si te apetecía ir a desayunar. El segundo fue un ¿todavía estás dormida? No te llegaban los mensajes y he comprobado que lo tenías apagado al llamarte. En el tercer mensaje, después de unos minutos, te he dicho que iba a vestirme para venir hasta aquí. Y con el cuarto te he avisado de que estaba en el coche —me sonrió quitándose el abrigo y colocándolo en el respaldo de una silla.

—¿Y si hubiera estado dormida?

—Sabía que no lo estabas, la única opción a tu falta de resultas era que no te habías acordado del móvil al levantarte. ¿Me equivoco?

—No —me reí, yendo hacia la cocina. Adrián me siguió—. No lo he tocado desde antes de acostarme, cuando lo dejé cargando —me encogí de hombros.

—Y en el caso de que te pillara durmiendo, pues ya no lo estarías al escuchar el timbre —nos reímos y le di un golpe en el brazo.

—¿Un café?

—Venga, uno rápido y nos vamos.

—Me has venido de lujo —le dije caminando hacia la cafetera.

—¿Y eso?

—Porque estaba bebiéndome el café mientras decidía qué hacerme de desayuno. Me apetece uno bueno y si encima no tengo que prepararlo… —le conté preparando su bebida.

—Me he anticipado —noté la sonrisa en su voz, mientras le daba la espalda.

—Sí, y lo he echado mucho de menos en el tiempo que no has estado —le sonreí al girarme hacia él—. ¿Qué tal has descansado en tu cama? —le pregunté yendo hacia la mesa.

Coloqué su taza a un lado y nos sentamos uno frente al otro. Rodeé mi taza con las manos, comprobando que todavía estaba caliente.

—Como un rey y eso que no descansé nada mal en el hotel.

—Pero por muy bien que estés no es lo mismo —me encogí de hombros —. Ninguna cama y almohada puede superar a las que tenemos en nuestras casas.

—En eso tienes razón.

—¿Has hablado más con Ally? —le pregunté mirándolo mientras bebía varios sorbos seguidos de café.

Esperé su contestación, pero no llegó. Adrián sacó su móvil y después de toquetearlo lo puso sobre la mesa, para deslizarlo hacia mí con la pantalla posicionada en mi dirección. Bajé la vista a la pequeña parte visible de una conversación. El mensaje era de Ally.

Ally: *No es lo mismo sin ti, Adrián. Sobre todo, en las noches. Aquí estoy, mira qué hora es, la una de la madrugada y no puedo cerrar los ojos. Me has acostumbrado demasiado bien, ¿cómo puede ser con el poco tiempo que hace que nos conocemos? ¿Cuánto hemos estado juntos? Un par de días. Vas a tener que compensármelo muy bien cuando vuelva y para tu información será mañana a las nueve de la noche. Nos vemos en el aeropuerto.*

—¿No le has contestado? —le pregunté sorprendida.

—Me ha llegado esta mañana al encender el teléfono.

—¿Y? ¿Cuántas horas hace que estás despierto? —arqueé una ceja.

—Hoy debe tener el día muy liado, seguro que hasta el mediodía no tiene un respiro —dijo y bebió un sorbo de café.

—Y después estará volando —negué—. ¿No tienes ganas de verla? ¿Qué has sentido al leer su mensaje?

—Hablaré con ella mientras espera a que salga su vuelo.

—Ese mensaje dice tanto, Adri.

—Lo sé.

—A mí no me engañas haciéndote el fuerte, mientras te dices a ti mismo que no te afecta. Estás tan equivocado, si incluso me miras diferente desde que has sacado tu móvil.

—¿Qué dices? —soltó una carcajada.

—Lo que oyes —puse los ojos en blanco—. Estoy deseando conocer a esa mujer —sonreí de medio lado.

—¿Exactamente para qué? —ladeó un poco la cabeza.

—Para decirle que me encanta, pero también para que tenga en cuenta que tiene que compartirte conmigo. Tú y yo vamos en el mismo pack —fruncí los labios, pero al final terminamos riéndonos.

—Le hablé de ti y de Pam. Hice un gran trabajo contándole lo que has dicho —sonrió de medio lado—. Tú siempre formarás parte de mi vida, así que lo lamento por ti. No tienes opción —me dijo con un guiño.

—¿Por qué voy a lamentarlo?

—Porque el día en el que tengas pareja, lo mismo te daré más de un calentamiento de cabeza si le cuesta compartir —se rio al ver mi cara—. Qué te piensas, ¿qué tú no caerás? Amiga, estoy deseando ver cómo llega ese momento.

—Acabas de confirmar que quieres a Ally de pareja, sin decirlo —lo señalé sintiéndome triunfal, riendo con ganas.

—¿Cómo le das la vuelta a todo?

—Ja, es una virtud. Envidioso —le saqué la lengua.

—O un defecto, lista —sacudió la cabeza.

—Voy a vestirme —le dije entre risas, levantándome.

—Como tardes mucho invitas tú.

—No me presiones que soy capaz de ponerme el abrigo tal y como estoy.

Me observó divertido, sabiendo que no era ninguna broma. Lo dejé en la cocina mirando la pantalla de su móvil y llegué a mi habitación sin dejar de sonreír. Me parecía mentira el cambio que había dado mi amigo, de cómo se fue a como había venido.

Conocer a Ally y estar con ella le había calado hondo, por mucho que él estuviera conteniéndose para no crearse más ilusiones de las que ya tenía. Difícil, tal y como lo veía yo, ya había perdido esa batalla.

Del armario cogí un pantalón ajustado de pana fina y un jersey de lana que conjuntaba estupendamente. Me vestí rápido, al igual que me calcé los botines para ir al baño a terminar de arreglarme. Después de pintarme los labios con un poco de brillo, que fue lo único que me paré a ponerme de maquillaje, me cepillé el pelo frente al espejo.

Cuando me quedé conforme me eché perfume y volví a la habitación para abrigarme, colgarme el bolso y coger el móvil de donde lo dejé cargando la noche anterior. Lo encendí y enseguida me entraron todas las notificaciones, las que descarté de la pantalla, no sin antes sonreír al ver las de los mensajes de esta mañana de Adrián. Eso me hizo pensar en que, si al final Pam y yo decidíamos salir esta noche, no podíamos contar con nuestro amigo por la llegada de Ally.

«Y quizás tampoco mañana para comer. Todo porque tuviera un reencuentro perfecto», me dije.

Aunque tampoco era seguro que quedáramos al día siguiente, domingo. También hablamos de reunirnos en el piso de alguno de los tres, pero volvimos a dejarlo en el aire al no concretar nada.

—Ya estoy —dije al llegar al salón.

Adrián se giró hacia mí levantándose del sofá.

—Te ves tan mono mirando concentrado la pantalla de tu teléfono —suspiré.

—Para ya —me pidió sacudiendo la cabeza y riendo.

—¿A que no has podido aguantar y le has contestado?

—Hace unos minutos que hemos terminado de escribirnos, sí —me contó sonriente.

—Lo sabía —di una palmada.

—Anda, sal ya, antes de que me arrepienta y me vaya solo —me pidió mientras se ponía el abrigo.

—Adri y Ally, me gusta.

Solté una carcajada al esquivar su mano, mientras me escabullía al rellano. Adri se encargó de cerrar con llave y antes de que fuéramos hacia la escalera, la puerta del piso de mis vecinos se abrió.

—Buenos días, Norma —la saludé sonriente.

—Ay, Izel, hija. Buenos días —me correspondió de la misma forma.

—Dame, te lo bajo.

Caminé hasta ella y cogí el carro de la compra que colocó a su lado.

—Gracias, cariño —me dio un beso en la mejilla—. Hola Adrián.

—Hola Norma —la saludó él con el mismo cariño, con un abrazo y un beso—. Te acompañamos a comprar.

—Sí —confirmé asintiendo.

—Oh, no quiero haceros perder el tiempo. Vosotros tenéis cosas que hacer y yo tengo que comprar muy poco. No necesito mucho, podré con ello.

—Aunque subas el carro vacío son muchas escaleras, Norma. Íbamos a desayunar, lo que podemos hacer dentro de un rato también. Es sábado, así que hoy se puede retrasar todo —le hice un guiño—. Oye, ¿y Fermín? Es raro que no te acompañe.

—Se fue hará una hora. Tendría que haberme ido con él y las dos parejas a pasear, pero me he despertado rara y no me ha apetecido. He tenido que echar a Fermín del piso, no quería dejarme sola, pero era una tontería que él también se quedara encerrado.

—Encerrado no, quería estar contigo —le sonreí.

—Lo sé, pero para sus piernas le viene muy bien caminar.

—¿Y tú? ¿Ya te encuentras mejor? ¿Qué te ha pasado para sentirte rara?

—Sí, sí, en cuanto Fermín se ha ido me he vuelto a dormir y al despertarme de nuevo ya se me había pasado. Lo he llamado al levantarme y se ha quedado tranquilo —sonreí—. Creo que anoche me excedí cenando y me fui a la cama muy temprano.

—Vale, pero la próxima vez que te pase algo parecido y te quedes sola, avísame para estar pendiente. ¿De acuerdo? —asintió— Lo mismo para Fermín, aunque estéis juntos. Con que me enviéis un mensaje diciéndome que os sentís pachuchos, o lo que sea, y que vais a descansar, ya tengo suficiente para estar un poco en alerta y pasarme por vuestro piso si no me contestáis al teléfono.

—Gracias, hija —me agarró de una mano.

—Bellas mujeres —nos habló Adrián—. A ver qué os parece este plan. Te acompañamos a comprar, Norma, y antes de volver aquí nos paramos a desayunar los tres. Os invito —nos hizo un guiño—. Si coges algo de congelado vengo un momento a tu piso para guardarlo, mientras os quedáis en la cafetería.

—Es un plan perfecto —le di un beso en la mejilla a Adrián.

—Pues marchando —dijo quitándome el carro de la compra de la mano.

—Yo no he dicho nada —comentó Norma, sonriendo.

—Solo puedes decir que estás encantada con los nuevos planes, así que… —Adrián señaló la escalera con un gesto de la cabeza.

Le ofrecí el brazo a Norma, el que me agarró para bajar mientras nos reíamos. Ella hizo algún comentario divertido de cómo le habíamos organizado una buena parte de la mañana, por lo que estaba encantada. Adrián nos siguió encargándose del carro.

Mientras bajábamos el primer tramo de escaleras le dije a Norma que llamara a Fermín cuando estuviéramos en la calle, porque dependiendo de la hora a la que regresara de su paseo, a lo mejor todavía estábamos en la cafetería. También cabía la posibilidad que se diera más prisa en despedirse

de los otros matrimonios, para unirse a nosotros. A Norma también le encantó la idea.

—¿Has visto algún vecino nuevo? —le pregunté al dejar atrás la tercera planta.

—No. ¿Tú sí?

—Eh, no. Tampoco —le sonreí.

Me sentí observada y miré de reojo a Adrián. Iba pendiente de mí, con una expresión pícara.

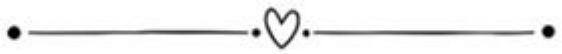
—Es que Izel tuvo un pequeño encuentro en vuestra planta con un desconocido que iba con una maleta de viaje —le informó Adrián.

—Oh, Maca no me ha contado nada.

Si esa mujer, Maca, que era la presidenta de la comunidad, además de estar al día en tiempo récord de todo lo que sucedía en el edificio, no tenía constancia de nada, entonces quería decir que el hombre de ayer, tal y como vino se fue. Si no iba a vivir en el piso de la tercera planta, debió llegar para hacer una visita recién llegado de un viaje.

Lo único que tenía claro era que se equivocó de planta. Se terminó, no iba a pensar más en el incidente de la tarde anterior, ni en el hombre involucrado en él.

Capítulo 5



—¿Estás nervioso? —le pregunté a Adrián y fruncí los labios.

—Eres muy pesada —dijo sin dejar de mirar la pantalla del televisor y solté una carcajada.

—¡Si no he hablado desde que empezó la película! —me quejé entre risas, con mi amigo sonriendo de medio lado.

Estábamos en el salón de mi piso, cómodos y tapados con una manta en el sofá. No hacía frío porque la calefacción mantenía el interior de la vivienda a buena temperatura, pero aun así apetecía cubrirse.

Eran cerca de las siete de la tarde del sábado, no nos habíamos separado desde que vino temprano para invitarme a desayunar. Durante la mañana llevamos a cabo nuestro plan, el de acompañar a Norma a la compra y el de tomarnos un buen desayuno los tres al terminar.

Ambas cosas, tanto el supermercado como la cafetería, se encontraban a dos o tres calles de distancia del edificio en el que vivíamos Norma y yo. Mi vecina no compró nada que pudiera estropearse, por lo que Adrián no tuvo que ir a su piso para guardar nada.

A la mitad del desayuno apareció Fermín con cara de felicidad, al comprobar por él mismo que su mujer estaba bien y al vernos juntos. Se

unió pidiéndose un café solo y una tostada pequeña, y de esa forma, pasando un buen rato los cuatro, se nos fue casi toda la mañana.

Cuando estuvimos en el rellano de nuestros pisos, después de que Adrián le llevara a la cocina el carro de la compra a Norma, nos despedimos de la pareja quedando en repetirlo pronto. Eran adorables e imposible no quererlos.

En el momento en el que nos entró hambre, sobre las tres de la tarde, Adrián y yo pedimos comida a domicilio. La disfrutamos sentados en el sofá y en él continuábamos sin movernos. Con Pam no habíamos contado porque estaba pasando el día en la casa de su hermana y de su cuñado.

—Se acabó —dijo cuando terminó la película.

Apagó el televisor con el mando y se echó hacia delante, para coger su lata de refresco. Dio varios sorbos y medio giró hacia mí.

—Vete ya —le pedí dándole un pequeño toque con el pie.

En cuanto volvimos de desayunar me cambié de ropa, sustituí la de la calle por un pijama abrigadito y unos calcetines gordos para andar descalza.

—No me mires así, no te estoy echando —me reí.

—Nooo… que va —sacudió la cabeza.

—Lo he dicho por ti, si fuera por mí te quedarías a cenar y a pasar la noche conmigo —nos sonreímos—. Pero creo que te apetece mucho más pasarla con Ally —elevé las cejas varias veces seguidas—. Si te vas ya te dará tiempo a ducharte y a prepararte con calma, antes de ir al aeropuerto a buscarla.

—¿Pam te ha confirmado algo para esta noche?

Durante la película le había escrito para saber si al final quedábamos, si le apetecía. No tenía ni idea de si ella contaba con ello, mientras que yo esperaba a saber qué haríamos. Pero su respuesta me lo aclaró.

—No vamos a salir. Me ha dicho que se queda en la casa de su hermana, pasará la noche allí. Su cuñado ha organizado una cena con unos amigos y le han pedido que no se vaya.

—Yo puedo…

—Ni se te ocurra terminar —bajé los pies al suelo, quedándome sentada rozando su costado—. Yo no necesito salir y sinceramente no me apetecía. Habría aceptado por Pam, pero no por ganas. Con lo cómoda y calentita que estoy en lo que menos pienso es en ponerme a arreglarme para salir al frío. Tú en cambio tienes una noche larga y prometedora por delante —le hice un guiño—. Así que lo único que vas a hacer es disfrutar con Ally. ¿Tienes pensado cenar en un restaurante con ella o en tu piso?

—Dependerá de lo que cansada que esté —me contestó y asentí sonriendo.

—No te olvides de mí cuando ella sea oficialmente tu pareja —le pedí haciendo una mueca triste.

—¿Qué dices? ¿En serio? —arqueó una ceja— Sabes lo que pienso y también tenemos experiencia de otras relaciones pasadas —me rodeó los hombros con el brazo.

—Olvídalo, me he puesto un poco tontita —apoyé la cabeza en él—. Me siento muy feliz por ti porque nunca te había visto tan emocionado, ilusionado e interesado, con el poco tiempo que hace desde que la conoces —levanté la mirada hacia la suya, sonriéndole sin separarme—. Tiene que ser una mujer muy especial para haberte conquistado tan rápido y de una forma tan contundente.

—A mí me parece que lo es, aunque todavía tenemos que conocernos bien —susurró sobre mi frente y cerré los ojos—. No pienses que existe algo que puede distanciarnos a ti a mí, ¿de acuerdo? —asentí— Eso no va a pasar nunca, como sé que a la inversa será de la misma forma.

—Sí —suspiré—. Vete ya —le repetí, apartándome despacio—. No quiero que tengas que ir más rápido con el coche hasta el aeropuerto.

—Todavía tengo tiempo, pero sí, es mejor que me vaya.

Nos levantamos y agradecí que me abrazara con fuerza. Los brazos de Adrián eran mi refugio, mi protección y mi paz. Siempre había sido de esa forma y no iba a cambiar.

—¿Qué tienes pensado cenar? —me preguntó mientras se ponía el abrigo.

—Ni idea —me encogí de hombros—. Todavía es pronto, aunque no me acostaré muy tarde.

—Leerás en la cama —aseguró caminando hacia la puerta.

—Sí —le confirmé.

Abrió y volvimos a abrazarnos con él fuera.

—Prométeme que vas a dejarte llevar con Ally, por completo —le pedí apoyando el brazo en el marco de la puerta.

—Te prometo que no me cerraré —sonrió de medio lado.

—Mmm… me vale por ahora —imité su gesto—. Ten cuidado con el coche y pásatelo muy bien. Mañana espero que me des un informe super

detallado, me da igual a la hora que sea, pero tienes que contármelo todo. Te adelanto que no quiero saber los datos calientes y húmedos, esos resérvatelos para ti —fruncí los labios, mientras él se reía—. Siempre y cuando Ally se vaya, porque si se queda contigo unos días…

—¿Cómo tengo que hacerlo entonces? ¿Me escondo en el baño para llamarte o escribirte?

—Oooh… vas a proponérselo —agrandé los ojos, separándome del marco.

—Lo he pensado, pero no sé si lo haré al final —negó—. Querrá llegar a su casa, después de días fuera.

—Puedes llevarla y después volvéis, no os llevaría mucho tiempo. Incluso es buena opción que tú te quedes allí algunos días, si le hace ilusión y quiere estar un poco en su casa, compartiéndola contigo. Anoche nos dijiste a Pam y a mí que una vez que Ally volviera del viaje tendría una semana libre en el trabajo.

»Es el momento perfecto y ni se te ocurra pensar en lo que hablamos de comer mañana, ya está anulado del todo. Tú no puedes y Pam a saber a qué hora regresa de la casa de su hermana y su cuñado. Yo aprovecharé para no hacer nada.

—De acuerdo, pero en lo que acabas de organizar en segundos te has olvidado de que yo trabajo el lunes —habló con diversión.

—Eres el jefe —puse los ojos en blanco—. Deja de hablar y vete ya —bufé empujándolo hacia la escalera.

Adrián soltó una carcajada y terminé riéndome con él. Cuando bajó el primer escalón nos dimos el último abrazo, antes de que desapareciera escaleras abajo. Me quedé durante unos segundos mirando hacia el vacío, sonriendo.

—Joder, estoy emocionada hasta yo con Ally —me dije con humor.

Antes de entrar en mi piso piqué al timbre de Norma y Fermín. Fue él quien me abrió.

—Izel. Hola, hija —me saludó.

—Hola —lo abracé sonriendo—. ¿Cómo estáis? ¿Norma se ha vuelto a sentir rara?

—Se está duchando y no, ha pasado un día bueno.

—Me alegro —asentí—. Recuerda llamarme para cualquier cosa, ¿vale?

—Sí, pero no queremos que te preocupes tanto por nosotros. Somos mayores, pero esperamos dar mucha guerra todavía.

—Yo también lo espero, es más, sé que será así, pero mi preocupación va a seguir estando —me encogí de hombros—. A cualquiera puede pasarle un montón de cosas donde vive, la edad no tiene nada que ver en muchas ocasiones —le hice un guiño.

—En eso tienes razón —asintió—. ¿Has salido solo por nosotros? —me preguntó sonriendo, al fijarse que iba en pijama y con los calcetines de estar por el piso.

—Tampoco sería raro —me señalé y nos reímos—. Pero no, Adrián acaba de irse.

—Ah, pensaba que se quedaría contigo hasta mañana. También que se uniría Pam.

—No. Ella está con la familia y él tiene otros planes mucho más interesantes —sonreí—. ¿Has visto, Fermín? Me he quedado solita. Nadie me quiere —me hice un poco la víctima, en broma.

—¿Qué acabo de escuchar? ¿Mi chica dice que nadie la quieres? ¿Cómo es eso posible?

Solté un grito de alegría y me giré rápido, al escuchar la voz de Nico. Mi otro vecino acababa de llegar, estaba terminando de subir el tramo de escaleras.

—Nico —dije con emoción y corrí hacia él cuando llegó al rellano.

—Me encantan tus recibimientos —habló entre risas cuando le rodeé el cuello con los brazos y me quedé colgando, sin tocar el suelo con los pies por la diferencia de altura.

Me pudo la emoción, aunque Nico estaba acostumbrado a mis arranques. Me uní a sus risas, hasta Fermín se contagió con nosotros.

—¿Acabas de llegar? —le pregunté y sonreí cuando no permitió que me separara.

Cuando me puse a su lado me rodeó los hombros con el brazo.

—De hacer un recado sí, pero del trabajo llegué sobre las cuatro de la tarde.

—Vaya.

—Iba a picarte para decírtelo, pero por la hora que era no sabía si estabas durmiendo. Tenía pensado hacerlo en cuanto dejara la compra en el piso.

Bajé la vista hacia la mano que llevaba ocupada con dos bolsas.

—Me he encontrado con Adrián, él salía y yo entraba.

—Sí. ¿Te ha dicho porque se ha ido? —le pregunté sonriendo.

—No, pero sí que tú estarías encantada de explicármelo —me reí—. Solo hemos hablado para quedar pronto —comentó.

—Bienvenido de nuevo —le dijo Fermín, interviniendo.

Me agarré con fuerza a la cintura de Nico, cuando me arrastró con él hasta la puerta de Fermín. Se dieron un abrazo sentido.

—Gracias. Tenía muchas ganas de regresar —le habló sonriente Nico—. ¿Qué tal Norma?

—Bien, hijo. No sale porque ahora estará terminando de ducharse.

—Tranquilo, me pasaré en otro momento —le hizo un guiño.

—Pues ya no estás sola —me dijo Fermín y asentí. Ambos sonreímos—. Os dejo poneros al día, yo voy a decirle a Norma que has vuelto —le dio una palmada cariñosa en el brazo a Nico.

Nos despedimos de Fermín y fuimos hacia mi puerta.

—Entra para dejarlo todo bien, apaga las luces y vente conmigo a mi piso —me pidió

—Vale, pero solo un rato. Debes estar cansado —le hablé desde el salón.

Me aseguré de que todo se quedaba bien y salí tal cual estaba, cerrando con llave.

—He descansado un poco y tengo varios días para hacerlo más —me hizo un guiño.

—¿Sabes cuándo volverás a irte?

—Todavía no tengo la fecha exacta —me contestó y asentí.

Caminamos hacia su puerta, donde solté un grito cuando la abrió. Me agarró de la cintura para entrarme en brazos, y riéndonos y aferrándome con fuerza a su cuerpo, cerró de una patada y fue hacia la cocina, para dejar las bolsas de la compra.

—Bájame ya —le pedí sonriendo.

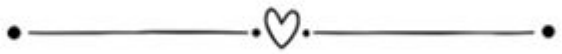
—Si pesas menos que las bolsas…

—Eres muy tonto —solté una carcajada.

Fui quedándome callada al notar su silencio. Con curiosidad lo miré a la cara y lo vi sonriendo, mientras él observaba hacia delante. Seguí la misma dirección y al encontrarme con una mirada nueva, pero no desconocida del todo, agrandé los ojos y me quedé sin respiración por la sorpresa.

El mismo hombre del incidente en la escalera se encontraba en la cocina de Nico. Héctor se llamaba e iba vestido con un pantalón largo de deporte y una camiseta fina de manga larga. Tenía el final de la espalda apoyada en la encimera, los pies cruzados y con una mano sujetaba un yogurt, mientras que con la otra mantenía una cuchara llena en el aire. Al verme la había dejado a medio camino de su boca.

Capítulo 6



Héctor

Durante unos segundos la cocina se quedó en completo silencio. Nico no habló mientras me miraba sonriente y yo me mantuve observando con atención la imagen que tenía a pocos metros de distancia, cerca de la puerta de la cocina.

La mujer que Nico estaba cogiendo en brazos tenía los ojos fijos en mí, a punto de salírseles, y los labios entreabiertos. Izel, de la que me acordaba perfectamente de su nombre, iba vestida con un pijama y unos calcetines gordos. El pelo lo llevaba recogido en un moño alto que estaba más desecho que hecho.

Muy lentamente fui poniendo una sonrisa en mis labios, tan despacio como ella tragó saliva varias veces. Cuando se movió entre los brazos de Nico, intranquila, bajé la cucharilla para meterla en el yogurt y dejé este en la encimera, sin apartar la vista de ambos.

—Héctor —dijo él al fin, reaccionando.

Me costó cortar el contacto visual con la mujer. No quería perderme ni una de sus reacciones y gestos, pero me obligué a dirigir la vista hacia Nico.

—Hermano —hablé impulsándome de la encimera.

—¿Hermano? —jadeó ella.

Mi sonrisa se amplió mientras acortaba la distancia entre nosotros.

—Por fin, joder —comentó Nico, riendo.

Bajó a Izel al suelo, soltó las bolsas en el suelo, y terminó de dar los últimos pasos hacia mí, para abrazarnos con fuerza.

—Tendrías que haberme avisado y no me habría movido de aquí —le dije apretándolo entre mis brazos, sin perder el contacto visual con ella.

—¿Sabes lo que son las sorpresas? —me revolvió el pelo cuando nos separamos.

—Pues entonces es normal que, si no sabía que llegabas, hiciera planes fuera.

—Espero no habértelos estropeado mucho cuando te he llamado yendo al supermercado.

—Nada que no tenga solución —giré la cabeza hacia la mujer que no se había movido, queriendo pasar desapercibida.

—Héctor, te presento a mi vecina Izel. En alguna ocasión te he hablado de ella.

—Ajá.

Era verdad, pero siempre que la mencionó en nuestras conversaciones fue refiriéndose a ella como vecina. Nunca le dio una identidad poniéndole nombre, por lo que no lo reconocí cuando Izel me lo dijo en la escalera. En

aquel momento podía ser cualquiera que acababa de salir de las otras dos viviendas: una familiar, una amiga, una conocida…

—Él es mi hermano Héctor. Yo soy el mayor —continuó hablando, dirigiéndose a Izel.

—No… no sabía que tenías un hermano —dijo ella hablando muy flojito.

—Gracias, hombre. Ya veo lo orgulloso que estás de mí —le hablé con ironía a Nico, con una ceja arqueada.

—No digas tonterías —se rio—. Desde que naciste has sido mi niño mimado —comentó con humor, yendo a por las bolsas—. Las veces que te he hablado de mi familia ha sido de forma general, en un conjunto muy amplio —se dirigió a Izel, guiñándole un ojo.

—Ya veo —carraspeó ella.

—¿No vais a saludaros? —nos preguntó mirándonos extrañado, mientras colocaba las bolsas en la encimera de la isla.

—Estoy esperando a que ella se decida a acercarse, no quiero ser yo porque con mi maravillosa belleza la voy a poner peor —dije con una sonrisa de medio lado—. Ya ves lo nerviosa que está.

—¿Qué dices? —jadeó Izel, agrandando los ojos de nuevo.

—No tienes remedio —soltó una carcajada Nico—. Para —me pidió sacudiendo la cabeza.

—No me asusta —habló Izel, alzando la barbilla—. Y ya nos conocemos —se cruzó de brazos.

Si fuera realmente consciente de lo encantadora que estaba con el pijama, los calcetines y sacando su genio.

—¿Cómo que ya os conocéis? —quiso saber Nico, parando de sacar la compra de las bolsas—. Explicadme eso —nos pidió a los dos—. Lo último que sé es que no habías visto a nadie del edificio —me miró directamente y me encogí de hombro.

Fue Izel la que le contó cómo nos conocimos. Le di los honores reservándome el momento en el que tuviera que intervenir para corregirla o para ponerla más nerviosa. Sin que se diera cuenta, mientras le hablaba a mi hermano mirándolo fijamente, gesticulando con las manos, caminé despacio hasta ella.

—Y así fue como nos conocimos en… joder, qué susto —terminó con un pequeño grito y dando un respingo, al darse cuenta de mi cercanía.

—¿Ves cómo la pongo nerviosa? —le dije a mi hermano, sin apartar los ojos de los de Izel.

Entrecerró los suyos y se quedó con las ganas de decirme algo al respecto. La intervención de Nico la interrumpió.

—Pues me alegro de que os hayáis adelantado —nos dijo sonriente—. ¿Estás bien? —le preguntó a Izel.

—Claro —le respondió ella riendo, rodeándose la cintura con los brazos.

—Mentirosa —le susurré al oído al pasar por su lado.

Se tensó por ello, pero no volví a mirarla yendo hacia donde estaba mi hermano. Lo ayudé a vaciar las bolsas y a guardarlo todo en la nevera y los armarios, mientras Izel se quedaba de pie observándonos.

—Te dije que había comprado yo —le hablé a Nico.

—Lo he visto al llegar. Antes de ir al supermercado he venido para dejar las cosas, por eso al no encontrarte aquí te he llamado —comentó distraído —. Quería comprar otras cosas y como no estabas he aprovechado a salir.

—¿La vuelta ha ido bien?

—Sí —me confirmó dándome la espalda—. Esta vez te noto en la cara más cansancio —apoyé las manos en la encimera, mirándolo atentamente.

—Porque este viaje se me ha hecho más cansado, no sé por qué —se encogió de hombros al girarse y dirigió la vista a Izel—. ¿Qué te pasa? —le sonrió— Estás muy seria.

Caminó hacia ella despacio, sin variar la expresión. Miré de reojo la reacción de ella, hasta que me giré hacia ellos cuando Nico se paró frente a Izel.

—Nada —le devolvió la sonrisa—. Voy a irme a mi piso. Estás con tu hermano y me da la impresión de que lleváis más tiempo sin veros que nosotros. Ya hablaremos mañana —le acarició un brazo.

—Puedes quedarte con nosotros —insistió Nico—. ¿Verdad, Héctor?

—Por supuesto. Sería un placer —le contesté.

—No, este momento es vuestro —negó—. Ya habrá tiempo de pasar un rato juntos.

—¿Conmigo también? —le pregunté para alterarla.

—Eh, claro —carraspeó.

—Está bien saberlo —le hice un guiño.

Caminé hasta ellos y Nico se apartó un poco, para no tapar a Izel.

—Ha sido un placer conocerte mejor, Izel. Como ya te dije la primera vez —sonreí de medio lado—. Espero que cumplas tu promesa.

—¿Mi promesa? —susurró.

—Acabas de decir que lo incluyes en lo de pasar tiempo juntos —le aclaró Nico.

—Ah, sí.

Hacía un rato que se había sonrojado, pero en este instante sus mejillas estaban al rojo vivo. Mi hermano la miró con curiosidad y después a mí. Fue el momento perfecto para desaparecer. Me incliné hacia Izel para rozar los labios en su mejilla, en un beso ligero como una caricia.

—Nos vemos en otra ocasión, aunque no puedas creerte que vayas a estar con un hombre como yo.

—¿Qué?

Reaccionó tarde, demasiado, cuando yo ya estaba saliendo de la cocina. No miré atrás cuando me dirigí al pasillo, pero sabía de sobra que Izel continuaba con cara de sorpresa y mi hermano riéndose. Sus risas las escuché hasta que cerré la puerta de mi habitación.

Me dirigí directo a la cama, donde me tumbé apoyando la espalda en el cabecero. Saqué el móvil del bolsillo del pantalón y lo desbloqueé, para entrar en la conversación que tenía con mi amigo Bruno. El último mensaje que me envío no se lo había contestado, me pilló duchándome y lo retrasé

para cuando terminara de comerme el yogurt, el que por cierto había dejado olvidado en la encimera de la cocina.

Volví a leer su mensaje.

Bruno: *¿Qué pasa, tío? ¿Ya estás con tu hermano? ¿Cómo ha ido el reencuentro? Espero que a los dos os haya dado por llorar. Ja, ja, ja… Por aquí está todo tranquilo, esta noche he quedado con Maite, así que estaré desconectado.*

Héctor: *Ya estoy aquí, me has pillado en la ducha. Unos quince minutos después de que mi hermano me llamara he llegado al piso, pero él no había vuelto todavía del supermercado. No nos hemos visto hasta hace poco, pero no hemos podido estar solos. Falta poco para eso, en cuanto se vaya la vecina con la que ha llegado a la cocina, cogiéndola en brazos.*

Bruno: *Joder, ¿Nico tiene un lío con su vecina? Será cara dura que no nos ha contado nada. Ja, ja, ja…*

Dirigí la mirada a la puerta cerrada, preguntándome hasta qué punto Bruno había acertado. Conocía a mi hermano perfectamente, de la única forma en la que se mostraba tan abierto y cercano como lo había visto, era cuando tenía mucha confianza y complicidad con la otra persona. En este caso con Izel.

La interpretación de lo que había visto parecía muy clara a simple vista, por cómo aparecieron en la cocina, pero no podía ser, al menos en lo que a sentimientos se refiere.

Yo sabía muy bien cuáles eran los pensamientos de Nico y las ideas que tenía, así como también hice memoria para recordar todas las veces que me habló de su vecina. Nunca me había dado indicios de tener sentimientos por ella, en absoluto. Entre todas las cosas indicaba que solo tenía con Izel una buenísima relación de amistad.

Lo que me tenía un poco desconcertado era la chispa de interés que había detectado en su mirada, cada vez que la dirigía a Izel. Al mismo tiempo se había mostrado divertido observándonos a ella y a mí.

No faltaba mucho para que yo averiguara qué pasaba entre ellos, le sacaría la información a Nico.

Héctor: *No tiene nada con ella* —al escribirlo me sorprendí a mí mismo al darme cuenta de las ganas que tenía de que fuesen verdad mis palabras—. *Solo son buenos vecinos y mejores amigos, hace años que mi hermano se vino a vivir aquí.*

Cuando le di a enviar aparté la vista de la pantalla. La puerta de mi habitación se abrió y Nico entró sonriente.

Héctor: *Hablamos mañana, ya tengo aquí a mi hermano. Pásatelo en grande esta noche y sigue echándome de menos.*

No esperé a recibir su mensaje. Bloqueé el teléfono, lo puse en silencio y lo dejé en la mesita de noche. Le echaría un vistazo rápido más tarde.

—¿Ya eres libre? —le pregunté cuando se sentó en el borde de la cama, en el lado en el que estaba yo.

—Sí. Izel acaba de irse —miró mi maleta.

Esta estaba de pie sobre las ruedas, en el hueco entre la mesita de noche y la pared. Una de las primeras cosas que hice cuando entré en el piso con la llave que mi hermano me dio en mano a los días de que entrara a vivir aquí, fue venir hasta esta habitación y vaciar la maleta. Saqué todas mis pertenencias para colocarlas donde tocaba.

Capítulo 7

—¿Te gusta? —me preguntó Nico, refiriéndose a la habitación.

—Tiene una buena cama, un armario y un sillón. Es espaciosa con baño privado. Sí, me gusta —le confirmé.

—Me alegro. Esta y la mía son las únicas que tienen baño, ya habrás visto que las otras dos son más simples.

—Están igual de bien, Nico. El piso es amplio, lo mismo que las estancias.

—Sí —sonrió, girando la cabeza hacia mí—. ¿Qué ha sido lo que he visto con Izel?

Su pregunta me pilló por sorpresa, cuando era yo el que quería sacar el tema de ella. Que se adelantara con interés hizo que mis alarmas saltaran. ¿Me había equivocado al leer a mi hermano y al interpretar su comportamiento?

—¿Qué quieres decir? —le pregunté arqueando una ceja.

—Lo sabes de sobra. Querías poner nerviosa a Izel y lo has hecho muy bien, como todo lo que te propones.

—Me estoy perdiendo —entrecerré los ojos—. Creo que, de los dos, eres tú el que has aparecido en la cocina llevándola en brazos, mientras os reíais. ¿Esto es por celos? ¿Tienes algo con ella y no me lo has contado? Porque si no recuerdo mal, todas las veces que me has hablado de tu vecina…

Me quedé callado de golpe, su carcajada me interrumpió. Elevé las dos cejas, observando cómo se reía con ganas y no podía parar.

—¿Qué narices te parece tan gracioso? —le pregunté en cuanto se calmó.

—Tú —me contestó sonriendo—. Solo quería confirmar lo que he sospechado y me lo has dado —me hizo un guiño.

—¿De qué mierda hablas? —separé la espalda del cabecero.

—En cuanto he visto cómo la has mirado la primera vez lo he sabido —me dio varias palmadas en el muslo—. Tranquilo, tu reacción solo te ha delatado ante mí, es imposible que nadie más detecte lo que yo. Ni siquiera Bruno, aunque él hace un gran trabajo en muchas otras cosas.

—Entonces… ¿Estás celoso o no? —insistí porque quería escuchárselo decir, aunque ya me hubiese dado la respuesta de otra manera.

—¿A ti qué te parece? —rio de nuevo, pero por menos tiempo— El que se ha puesto celoso y se ha picado has sido tú, asombrosamente. No me lo esperaba. Para empezar ni que conocieras a Izel, pero ya que te hubiese gustado en vuestro encuentro en la escalera hasta el punto de…

—No tienes ni puñetera idea de lo que dices —sacudí la cabeza, interrumpiéndolo.

—Pero lo entiendo, hermano —continuó, ignorándome—. Es una mujer preciosa, impresionante. Es normal que te haya llamado la atención y que te guste, cuando termines de conocerla terminarás por darme la razón.

—No voy a quedar con ella, lo que le he dicho ha sido para…

—Ponerla más nerviosa, ya… —carraspeó volviendo a cortarme— Si quieres apostamos ahora mismo lo que sea, pondría en juego todo lo que tengo porque no me cabe ninguna duda de que estoy en lo cierto. Quedarás con ella en cualquier momento, porque no podrás resistirte.

—Sigues sin saber de lo que hablas —bufé, repitiéndome—. ¿No se supone que Izel te importa? ¿Por qué quieres que me acerque a ella? Sabes lo que eso significará y cómo terminará.

—Porque no será solo un rollo —me hizo un guiño y entrecerré los ojos —. Y te demostraré con el tiempo que tengo razón.

—Lárgate ya —le pedí empujándolo con un pie.

Sí, muy maduro por mi parte, lo sé. Poco me importó porque en este momento lo único que quería era estar solo. ¿Mi hermano me hizo caso? Por supuesto que no, continuó sentado en el borde de la cama, mirándome más sonriente aún.

—Estás en mi piso —dijo con humor.

—Y tú has entrado en la habitación que será mía hasta que me vaya, así que en este espacio mando yo. Fuera —insistí.

—Joder, por cada reacción me lo dejas más claro —negó apretando los labios—. ¿Te apetece cenar alguna de las pizzas que hay en el congelador o prefieres que pidamos comida a domicilio? Es nuestra primera noche después de muchas separados.

—Ahora no tengo hambre, pero con la pizza estará bien —le contesté sin mirarlo, cogiendo el móvil de la mesita de noche.

Tenía otro mensaje de mi amigo Bruno, imaginaba que de despedida.

—No sabes las ganas que tenía de estar contigo —me dijo y levanté un poco la vista hacia él, sin mover la cabeza—. Te he echado mucho de menos, Héctor. Me alegro de tenerte aquí y de que hayas decidido regresar definitivamente. Estaba deseando que dejaras de viajar y te asentaras de una vez por todas.

—¿Y tú cuándo vas a volver?

—Si todo va como tengo planeado, en unos meses tendré todo por lo que he luchado durante tantos años —me respondió y asentí—. Voy a ponerme cómodo, después preparamos las pizzas y cenamos.

—Pues ya me dirás que preparación necesitan unas pizzas que van directas al horno —hablé concentrado en la pantalla del móvil.

—Ninguna, pero quiero tenerte a mi lado —rio.

Se levantó despacio de la cama y caminó hasta la puerta. Desde el pasillo, volvió a hablarme y esta vez sí que lo miré.

—No tengo nada con Izel, más allá de una bonita y buenísima amistad —me dijo serio, pero reteniendo una sonrisa—. No voy a mentir, en algunas ocasiones, tiempo atrás, pensé en acercarme íntimamente a ella para probar cómo nos iba.

»Como ya te he dicho es una mujer increíble, en muchos aspectos. Has visto por ti mismo lo cautivadora que es, el encanto natural que tiene. Pero no, nuestra amistad es mucho más importante y nunca le insinué nada. Izel es una gran amiga, me ha ayudado mucho desde que vine a vivir a este piso.

»Por eso tengo una relación más especial con ella, el tiempo nos ha ido acercando, al igual que me llevo estupendamente con Fermín y Norma, el

matrimonio que vive en el otro piso de esta planta. Entre los cuatro hemos formado una pequeña familia.

—Muy bien, pero no necesitaba tantos detalles.

—Créeme, sí que los necesitabas. Solo tienes que darte cuenta y aceptar que sientes curiosidad e interés hacia ella, mucho más de lo normal. Para mí salta a la vista, hermano.

Con esas palabras y un guiño desapareció por el pasillo. Me quedé mirando el lugar vacío en el que había estado, con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Qué mierda…? —susurré.

Sacudí la cabeza para sacar de ella los pensamientos por todo lo que había dicho mi hermano, pero, sobre todo, para eliminar de mi mente las imágenes de una Izel sonriente, sonrojada, vergonzosa y con un ligero enfado contenido.

No sabía lo que me pasaba, mis reacciones se descontrolaban cuando se trataba de esa mujer, y no lo entendía porque hoy había sido la segunda vez que la había visto. Cogí varias bocanadas de aire antes de bajar la vista a la pantalla. Ahora, aparte del mensaje de Bruno, también tenía uno de Tania. Los abrí por orden.

Bruno: *Bueno, bueno, eso de que tu hermano no tiene nada con su vecina puede parecerse al comentario pícaro sobre los primos, con una pequeña modificación: cuanto más vecino más me arrimo. Ja, ja, ja… Hablamos mañana, amigo. Ten por seguro que te echo de menos y que voy a tener una gran noche.*

Salí de la conversación controlándome para no contestarle algo de lo que más tarde me arrepentiría. Bruno no tenía la culpa de que después de la

conversación con mi hermano mi paciencia fuese nula.

Entré en el mensaje de Tania.

Tania: *Buenas noches, guapo. ¿Te apetece que nos veamos? Ya sé que no repites con ninguna mujer y que la última vez que nos vimos por casualidad hiciste una excepción conmigo, pero me preguntaba si estás como yo, sin ganas de salir de fiesta, pero con muchas ganas de otras diversiones. ¿Qué me dices?*

Héctor: *Buenas noches, Tania. Tú misma lo has dicho: no repito y fue una excepción, la única porque no habrá más. Sé muy bien que no fue casualidad encontrarte en el pub, así que ahórrate las mentiras conmigo. Sal y diviértete como deseas. Que te vaya bien.*

Tania: *¿De verdad? Vamos, Héctor, sabes que te compensaré todo lo que quieras.*

Héctor: *PARA.*

Salté a otro mensaje.

Héctor: *Igualmente estoy muy lejos de ahí y continuaré estándolo por unos días. Cuídate, Tania. Adiós.*

Tania: *Un momento, ¿no estás aquí?*

Héctor: *Exacto, y estoy muy ocupado.*

Tania: *Hasta pronto, Héctor. Cuídate y que te vaya bien también.*

Dejé el móvil a un lado en la cama y cerré los ojos apoyando la cabeza en el cabecero. Mandaba narices que con lo tranquilo que había pasado el día, en poco tiempo me habían alterado entre todos.

Me levanté de la cama y fui al baño un momento, antes de salir de la habitación. Lo hice justo cuando mi hermano pasaba por el pasillo, por delante de mi puerta. Me rodeó los hombros y tiró de mí hacia abajo, para colocarme la cabeza apoyada en su pecho y alborotarme el pelo.

Llegamos al salón en una especie de pelea, sin hacernos daño, como cuando éramos más jóvenes. Terminamos riéndonos al entrar en la cocina y sintiéndome bastante más relajado, saqué las pizzas del congelador y las metí en el horno. De mientras, Nico cogió de la nevera dos botellines de cerveza y puso unas patatas chips en un cuenco, para picar mientras bebíamos esperando a que la cena estuviera lista.

Dejamos trabajando al horno y nos fuimos al salón, para ponernos cómodos en el sofá. Nico no era el único que había esperado este momento, hacía meses que yo vivía con la ilusión de pasar unos días con mi hermano. Por mi trabajo no había podido venir antes, pero como bien había dicho él, yo por fin había frenado.

Tenía por delante un cambio al que esperaba adaptarme bien y el que confiaba que sería beneficioso para mí. Continuaba trabajando en lo mismo, prestaba servicios informáticos a las empresas, pero de ahora en adelante solo trabajaría telemáticamente y accediendo a los controles desde mi casa.

A las únicas empresas a las que me presentaría presencialmente, para solucionar los problemas que tuvieran, serían las que se encontraban cerca del límite que me había marcado. Eso supondría poder desplazarme con facilidad y rápidamente, para regresar a mi casa en el mismo día. Nada de viajes largos e ir y venir constantemente.

Yo tenía mi casa en otra ciudad, en la misma ciudad que Nico y yo crecimos. Mi hermano hacía años que se fue para buscarse un futuro con lo de ser chófer de un tráiler, para hacer viajes internacionales en los que pagaban estupendamente. No era fácil, se sacrificaba mucho, pero había aguantado en ello por el propósito que quería conseguir.

Su pasado no había sido fácil, a veces lo que ni siquiera puedes imaginarte sucede, pero me sentía muy orgulloso de él por todo lo que había conseguido y conseguiría.

—¿Cómo estaba Luci cuando la viste antes de venir? —me preguntó con la vista fija en su botellín.

—Bien, pero te echa mucho de menos. Cuenta los días para verte.

Mi respuesta le puso en los labios la sonrisa más sincera y verdadera que una persona podía expresar.

Le coloqué una mano en el hombro y asintió, con la cabeza girada hacia mí.

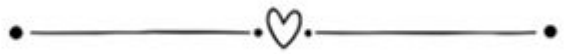
—¿Te he dicho lo feliz que estoy por tenerte aquí?

—Ya van unas cuantas veces. Sé que soy irresistible, pero joder, he tenido que superarme a mí mismo si mi propio hermano se está enamorando de mí —dije con humor.

—No vas a cambiar nunca —rio.

Precisamente tuvo la reacción que yo había esperado conseguir, por lo que sonreí de medio lado, llevándome el botellín a los labios.

Capítulo 8



Izel

Entré en el aparcamiento de la empresa y me dirigí a mi plaza a estacionar.

Muy a mi pesar era lunes, las ocho de la mañana. Tenía mucho sueño y no era por falta de él. Si algo hice durante el domingo fue descansar y dormir, incluso me metí en la cama a las nueve de la noche y me puse a leer para terminar el día, pero duré despierta bien poco.

Desde que el sábado al final de la tarde entré en mi piso, nada más salir del de Nico, no volví a salir. Me encerré y no quise saber nada del exterior, pero cada vez que escuchaba un ruido fuera, en el rellano, y me pillaba en el salón, me acercaba despacio a la puerta para asomarme por la mirilla. Jamás había hecho algo parecido y de repente me encontré haciéndolo varias veces, todo por ver si Héctor salía en algún momento del piso de su hermano.

Hermano. Joder, y yo que la primera vez que lo vi con la maleta de viaje pensé que venía al piso que estaba vacío en la tercera planta, donde lo envíe varias veces. ¡Qué iba a saber yo que Nico tenía un hermano! Como bien dijo él, las veces que en el pasado salió entre nosotros el tema de su familia, él siempre se refirió a ellos en general. La verdad era que nunca entró en detalles y yo no le pregunté para que me los diera.

En cambio, por parte de Nico, aparte de a mis amigos, también conocía a mis padres de las veces que venían a mi piso. Coincidían de vez en cuando y mis padres estaban encantados de que estuviera rodeada por buenas personas.

Sentí tanta vergüenza el sábado, cuando vi a Héctor parado en la cocina de Nico, observándonos con esa mirada tan peculiar que me ponía nerviosa… precisamente por eso quise saltar de los brazos de mi vecino y correr hacia la puerta. Ja, eso si hubiera podido moverme porque me quedé paralizada durante un rato, sin saber qué hacer ni qué decir.

Su hermano, Héctor era su hermano. Nico lo tenía a él de hermano.

Sacudí la cabeza cuando quité la llave del contacto. Me puse el abrigo, cogí el bolso y salí del coche.

—Joder, qué frío —bufé subiéndome el cuello del abrigo—. Solo a mí se me ocurre olvidarme la bufanda —me lamenté dando el primer paso.

—¡Te pillé!

El gritó que solté cuando me hablaron muy alto al oído y me cogieron con fuerza por detrás, tuvieron que oírlo a kilómetros de distancia.

—¡Eres imbécil! —lloriqueé dándole golpes con el bolso a Mateo.

Mi compañero de trabajo soltó una carcajada, soportando los bolsazos que continué dándole. Trabajábamos en el mismo departamento, él tenía su puesto en la zona común por la que había mesas repartidas de otros compañeros, mientras que yo tenía un despacho en el que asilarme.

Éramos un equipo que funcionábamos genial, de la misma forma que nos llevábamos. Hacía años que formábamos parte de la misma empresa.

—Ya, ¿no? —me preguntó con diversión.

—Que te lo crees tú —bufé colgándome el bolso—. Por ahora sí, pero en el momento en el que estés desprevenido, te vas a enterar —suspiré—. Casi se me sale el corazón por la boca —puse los ojos en blanco.

—Jefa, eres muy exagerada —volvió a reírse.

—Eso, recuerda que estoy por encima de ti —arqueé una ceja.

—Uy, ¿la primera amenaza de la semana? ¿Tan temprano?

—Tómatelo como quieras —sonreí sintiéndome ganadora, mientras volvía a caminar hacia el edificio.

—Vale, momento de cambiar de tema —habló con humor a mi lado—. ¿Cómo te ha ido el fin de semana?

—Bien, tranquilo y descansando mucho. Salí el viernes por la noche con mis amigos, Adrián y Pam, aunque no nos recogimos muy tarde. Si te acuerdas te dije que Adrián llegaba ese mismo día de viaje, por lo que terminamos antes de lo habitual.

—Lo recuerdo —asintió—. Como para no hacerlo, estabas emocionada. ¿Tuvo buena vuelta?

—Sí —sonreí—. El sábado también lo pasé con él, vino a buscarme para desayunar y estuvimos casi todo el día juntos.

—Te ha cundido entre unas cosas y otras —comentó y asentí.

—¿Y a ti? ¿Cómo te ha ido?

—Ya no estoy con Paola —soltó como sin nada, sin prepararme antes, y me paré de golpe.

—¿Qué dices? —le pregunté sorprendida.

—No es una novedad que últimamente íbamos de mal en peor —se encogió de hombros.

—Pero… sí, te quejabas casi todos los comienzos de semana, pero siempre le quitabas importancia, Mateo.

—Porque solo quería desahogarme, sin amargarme más los días entresemana —me agarró del brazo y tiró de mí, de esa forma volvimos a caminar hacia el edificio.

—¿Cómo estás? ¿Es insalvable?

—He roto yo lo que ya estaba más que fracturado —negó—. No hay nada que salvar, ni quiero. Con el tiempo he ido quemándome tanto por sus caprichos, su carácter que ha empeorado muchísimo y sus actitudes. Ya no la reconozco como la persona de la que me enamoré, pero darse cuenta de eso cuesta y duele.

—Lo lamento. Para lo que necesites…

—¿Para todo, jefa? Porque estaré muy faltito de ciertas cosas que se nos darían muy bien en la intimidad de tu despacho —giró la cabeza hacia mí, con los labios fruncidos.

—Rematadamente eres imbécil, sí —repetí y mejoré la primera vez, con los ojos entrecerrados.

Mateo soltó una carcajada y con él riendo, entramos por la puerta principal del edificio. Nos dirigimos al ascensor.

—¿De verdad te encuentras bien? No te esfuerces en reírte o sonreírme si no lo sientes de verdad. ¿De acuerdo? Somos amigos y estoy a tu lado para lo que sea.

—Tranquila, Izel, lo sé y también lo superaré. Ahora bajo las capas que ves estoy jodido, porque da igual que la relación la rompiera definitivamente yo, también es doloroso.

—Lo imagino, por eso quiero que sepas que, si necesitas borrar las sonrisas y la indiferencia en el trabajo, me lo hagas saber de alguna manera y nos escaparemos para que te desahogues —le sonreí con cariño.

—Gracias —me dijo con un guiño.

Entramos en el ascensor y subimos a nuestra planta. En cuanto accedimos a ella comenzaron los saludos en todas las direcciones. Me despedí de Mateo junto a su mesa de trabajo, quedando para las diez y media. A esa hora bajábamos a desayunar cada mañana a la cafetería que se encontraba en la acera de enfrente.

Me dirigí a mi despacho y al entrar y cerrar, fui hacia el armario que decoraba la pared de un lateral. Guardé el abrigo y el bolso, agradeciendo la buena temperatura que hacía, y cogí el móvil. Miré la hora en el reloj de pulsera, descartando ponerme de nuevo el abrigo para bajar rápido a por un café.

—Tendría que haber ido nada más estacionar. El encuentro con Mateo y su noticia me han despistado —suspiré.

Me quité la idea de la cabeza y ocupé mi silla, encendiendo el ordenador. Saqué del primer cajón las carpetas a las que no me dio tiempo a llegar el viernes y abrí la primera, esparciendo las hojas del interior. Acababa de teclear la contraseña cuando sonaron varios golpes en la puerta.

—Adelante —dije levantando la mirada.

—Buenos días, Izel —me saludó sonriente Katia, con la cabeza asomada por el pequeño hueco que dejó al abrir.

—Buenos días —le correspondí de la misma forma.

—Nos vemos para el desayuno —afirmó.

—Claro —asentí.

—Estupendo. He tenido un fin de semana movidito y estoy deseando contároslo a Mateo y a ti —dijo con un guiño.

—Suena muy interesante.

—Ya te adelanto que no te equivocas —rio y amplié mi sonrisa.

—No empieces —le pedí porque una vez que arrancara a hablar no podría parar.

—Vale —dijo con una risilla—. Hasta dentro de poco.

Nos despedimos y me centré en el trabajo. Katia y Mateo eran las personas más importantes de mi trabajo, con los años habíamos creado una relación muy buena y sana.

Me puse a trabajar, no porque tuviera ganas, sino porque no me quedaba más remedio. Me concentré en la documentación y en la pantalla del ordenador, llevaba casi una hora cuando mi móvil vibró sobre la mesa.

Sonreí ilusionada al ver el nombre de Adrián. Desde que nos despedimos el sábado me había contenido mucho para no llamarlo, lo último que sabía

de él era por el mensaje que me envió por la noche. No le contesté para no molestarlo, solamente le puse un corazón a lo que me escribió.

En el mensaje me decía que acababa de llegar a su piso con Ally, que su vuelo no se había retrasado, y que al final cenarían tranquilamente en el piso. Hasta ahí conocía.

Cogí el teléfono y me lo llevé a la oreja, después de descolgar.

—Hola. Buenos días — me adelanté, hablándole cantarina.

—Me echabas de menos, ¿eh? —se rio y sonreí.

—Pues no, listo —me uní a sus risas—. ¿Estás solo o sigues con Ally?

—Acabamos de llegar a su casa, Ally está dentro.

—Oh, ya veo que os ha ido genial —me giré en la silla hacia la ventana.

—Sí y voy a seguir tu consejo.

—¿Cuál de todos? Porque perdona que te diga, pero todos son geniales.

Volvimos a reírnos.

—Me quedo unos días aquí, en su casa. He venido preparado con una mochila y el portátil. Te gustaría mucho la zona, se ve tranquila y justo enfrente de la casa, al otro lado de la carretera, hay un parque enorme.

—Vaya —suspiré—. No sabes cómo me alegro. Es un gran comienzo, Adri.

—Esperemos que sí. Tenías razón.

—Entre lo de los consejos y la razón me estás alegrando el lunes, que lo sepas —hablé con humor—. Déjame adivinar, al reencontrarte con Ally, al tenerla de nuevo entre tus brazos, besarla y otras cositas que no quiero saber, no has podido resistirte y te has dado cuenta de cuánto la has echado de menos y de lo que sientes por ella. Vas a intentarlo en serio, ¿verdad?

—Has acertado en todo. Encima eres lista.

—Y tú eres tonto sin remedio —bufé escuchando sus risas.

—Desde que llegó hemos hablado mucho y los dos queremos apostar por el inicio de nuestra relación.

—Es genial, Adri. La mejor noticia del lunes.

—Sí —hizo una pausa y me lo imaginé sonriendo—. Seguramente me veas más pronto de lo que crees.

—¿Y eso?

—Porque, aunque trabaje desde aquí, en algún momento durante la semana tendré que ir a la empresa. Cuando vaya aprovecharé para pasarme por la tuya, para secuestrarte un rato.

—Me encanta que me secuestres, ya lo sabes —sonreí—. Disfruta mucho.

—Gracias, cariño. Lo haré. Para el fin de semana estaré de vuelta, seguramente con Ally. Al menos es lo que hemos hablamos por ahora. Le he dicho que quedaremos contigo y con Pam, quiero presentárosla y que la conozcáis.

—Estoy deseando que llegue el momento.

—¿Cómo te fue el resto del fin de semana? ¿Quedaste con Pam un rato el domingo?

—No la vi, pero hablamos por la tarde por teléfono. Me llamó cuando llegó de la casa de su hermana y su cuñado. He estado muy tranquila y relajada sin salir del piso, he descansado un montón.

—Me alegro, también es necesario.

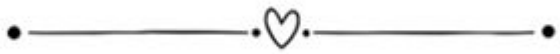
—Gracias. Tengo que dejarte, han picado a mi puerta —le dije girando la silla en esa dirección.

—Hablamos más tarde. Te quiero.

—Claro. Te quiero.

Le di paso a la persona que estaba fuera de mi despacho, mientras colocaba el teléfono sobre la mesa.

Capítulo 9



En cuanto vi quién entró a mi despacho me armé de paciencia. Con lo bien que me estaba yendo el lunes no iba a permitir que Rubén me lo estropeara.

—Buenos días —le dije con educación, la que él no tenía.

—Estás muy contenta para ser lunes, ¿no?

—No será por lo que estoy sonriéndote —arqueé una ceja.

—Te lo noto en los ojos, tu mirada cambia —se cruzó de brazos a unos pasos de la mesa.

—¿Qué quieres Rubén?

—Para empezar tu puesto —sonrió con malicia—, pero como por el momento no tengo ninguna posibilidad, solo me queda cansarte con mi presencia y palabras, hasta que decidas por ti misma irte.

—Ya puedes largarte como has venido, sin absolutamente nada, si lo único que vas a decir son tonterías —recosté la espalda en la silla.

—Venía a decirte que el programa se ha caído varias veces seguidas en pocos minutos.

—A mí no me ha dado ningún problema —dije mirando la pantalla del ordenador.

—Eso es porque no has estado trabajando.

Lo fulminé con la mirada, queriendo que desapareciera de mi vista.

—Desaparece.

—¿Esa es tu respuesta al problema?

—Lo que haga no voy a comunicártelo. De la solución me ocupo yo, tú céntrate en hacer bien tu trabajo y en no tocarme las narices.

—Algún día seré yo quien te diga esas palabras.

—Quédate esperando —elevé las cejas.

Y tanto que se quedaría esperando, eternamente, porque si por algún giro del destino Rubén ocupaba mi puesto, yo no me quedaría bajo sus órdenes. Sabía muy bien como trabajaba y conocía de sobra su altivez, como para soportarlo.

Ninguno de los dos quiso apartar la mirada del otro, hasta que Rubén perdió la batalla y me dio la espalda. Cuando me quedé sola cogí una bocanada de aire y lo solté despacio. Ese hombre me ponía en tensión, tenía algo que me erizaba la piel. No me gustaba nada, y no solo era por su afilada lengua a la hora de hablarme, no, había algo más desconcertante en él.

Me olvidé del trabajo que tenía repartido por la mesa. Agrupé los papeles en la carpeta y la cerré, para acceder al programa interno. Quería comprobar

que Rubén no me había mentido, aunque una de las pocas cosas buenas que tenía, por no decir la única, era que se tomaba muy en serio su trabajo.

Que el programa interno fallara era realmente un problema grave porque muchísima de la información con la que trabajábamos se transfería en tiempo real. Como se me había bloqueado por el tiempo que llevaba sin utilizarlo, accedí de nuevo con mi clave.

Todo parecía estar bien, me moví sin problema de un lado al otro por las carpetas y los diferentes departamentos de la empresa. Tenía libertad de movimiento por todos ellos e hice una pasada rápida por los archivos principales, comprobando que no estuvieran dañados.

No dudaba de la palabra de Rubén con respecto a esto, pero ahora todo funcionaba perfectamente. Por ese motivo continué trabajando con normalidad, hasta que mi móvil volvió a sonar veinte minutos después.

Me sorprendió ver que era Pam quien me llamaba, pocas veces lo hacía en horario de trabajo. Seguramente no podía esperar más para saber si Adrián se había puesto en contacto conmigo para explicarme su fin de semana con Ally, ya que ayer cuando hablamos nosotras no sabíamos nada ninguna.

—Buenos días, impaciente —le hablé con diversión.

—Izel.

Al escuchar mi nombre de una voz desconocida fruncí el ceño y me levanté despacio de la silla.

—Sí, soy yo. ¿Quién habla? ¿Dónde está mi amiga Pamela?

—No te preocupes. Ella está más o menos bien, algo indispuesta. Lleva un rato vomitando en el baño de la oficina, no quiere moverse porque no se

ve con fuerzas.

—Qué mierda… ¿Le ha sentado algo mal? ¿Qué más te ha dicho? Por cierto, ¿quién eres?

—Soy su compañera Marga.

—Ah, sí, me ha hablado de ti —la recordé.

—Pamela me ha pedido que cogiera su móvil y te llamara. No quería molestarte porque estás en el trabajo, pero me ha dicho que eres la única que puedes ayudarla para venir a recogerla. No sé si le ha sentado mal el desayuno, yo hoy he entrado un poco más tarde y no he estado con ella en la cafetería.

»Tampoco puedo llevarla a su casa, no tengo vehículo, y nuestro compañero Carlos que lo haría sin dudar, lleva en una reunión desde hace una hora. No tiene pinta de que vaya a terminar pronto. Pamela no ha querido que hable con nadie más.

—Vale, tranquila. Has hecho bien. Salgo ya de mi trabajo, pero tardaré entre diez o quince minutos.

—No hay problema. Estamos en el baño de la planta en la que trabajamos, el que encontrarás al entrar a la derecha.

—De acuerdo. Lo encontraré, gracias. No la dejes sola, por favor.

—No te preocupes, no lo haré.

Colgué mientras apagaba el ordenador. Guardé la carpeta en el primer cajón y fui al armario. En cuanto me puse el abrigo y me colgué el bolso, salí del despacho guardándome el móvil en el bolsillo del abrigo. Dejé cerrado y caminé directa hasta la mesa de mi amigo y compañero Mateo.

—Eh —dijo cuando me paré a su lado—. ¿Va todo bien? —me preguntó al verme preparada para irme.

Aún quedaba como media hora para que bajáramos a desayunar.

—Tengo que salir, mi amiga Pam no se encuentra bien. Lleva un rato vomitando en el baño de su trabajo y voy a buscarla. No puede moverse sola.

—Vaya, lo siento. Vete tranquila y si necesitas algo llámame. ¿De acuerdo? —asentí sonriendo— Si aparece el gran jefe hablaré con él.

—Gracias. Yo lo llamaré en un rato. No veo a Katia —dije mirando alrededor. No estaba en su mesa.

—Ha subido al departamento comercial para llevar una información que le han pedido, en cuanto vuelva le digo que te has ido.

—Vale —suspiré—. Me voy corriendo. Que tengáis un buen desayuno.

No esperé a que me dijera nada más, caminé hacia el pasillo central y lo seguí hasta que salí de la planta. Bajé en el ascensor y cuando llegué a mi coche tomé la dirección de la empresa de Pam.

Sus padres vivían bastante lejos de aquí, a horas de trayecto en coche, y su hermana tampoco estaba cerca, a unos cuarenta minutos conduciendo. De ahí que el fin de semana Pam se quedara a pasarlo con su hermana y su cuñado. Llamar a su familia era una tontería porque no podrían hacer nada y los pondría nerviosos, sin motivos. Adrián también estaba descartado al estar en la casa de Ally.

Durante el recorrido los semáforos en verde me favorecieron para llegar en nueve minutos. En cuanto estacioné me bajé del coche rápido y me dirigí de la misma forma hacia el edificio de la empresa de mi amiga. Como sabía

en la planta que estaba, fui hacia el ascensor y subí. Seguí las pocas indicaciones de Marga, la compañera de Pam, y encontré el baño enseguida.

No era individual, por lo que abrí la puerta y entré. Me encontré con una mujer rubia, de mirada preocupada, que estaba apoyada en la pared de al lado de los lavamanos.

—¿Marga? —llamé su atención porque tenía la mirada fija en el suelo.

—¿Izel?

Asentí y di los pocos pasos que nos separaban.

—¿Cómo está…?

—Izel…

Al escuchar la voz susurrada de Pam me giré hacia uno de los baños. Era el único que tenía la puerta entornada y fui hasta ella. La empujé despacio y mi amiga apareció sentada sobre la tapa del inodoro. Tenía los brazos apoyados en las piernas y la cabeza en las manos, mirando hacia abajo.

—Eh, cariño —le dije, poniéndome de cuclillas frente a sus piernas—. ¿Te encuentras un poco mejor? ¿Cuánto hace que no vomitas?

Cuando levantó la cabeza y nuestras miradas se encontraron, fruncí el ceño.

—¿Qué narices te pasa, Pam? ¿Tan mal te encuentras? —le pregunté preocupada, al verla llorar.

—Necesito irme a casa. No tengo fuerzas y me he manchado, yo…

—Shhh… vale, no te canses más —le pedí retirándole el pelo de la cara —. ¿Quieres que llame a tu hermana? ¿Necesitas que…?

—No quiero preocupar a nadie más, solo necesito a mi amiga —susurró y sonreí, colocándole el pelo detrás de las orejas.

—Me tienes. Voy a llevarte a mi piso para tenerte controlada, hasta que mejores y dejes de vomitar tan continuo, ¿vale? Yo trabajaré desde allí con el portátil.

—Gracias —tragó saliva.

—No digas tonterías. De camino llamaré a mi jefe para informarle de que hoy no estaré en la empresa y ya está, aunque me dirá que no hacía falta. También les escribiré un mensaje a Mateo y a Katia para decirles que hasta mañana no volveré, si surge algo importante ellos me informarán. ¿Te ves con fuerzas para mantenerte en pie? —asintió despacio— Pues vamos.

Le coloqué el brazo sobre mis hombros y la levanté con su ayuda.

—¿Tienes ganas de vomitar?

—Ahora no, aunque sigo notándome el estómago raro.

—Vale. Marga —dije su nombre cuando se acercó a ayudarnos.

—¿Sí?

—¿Puedes conseguirme varias bolsas para el camino?

—Claro, enseguida vengo —asintió.

Se fue rápido y tardó solo unos minutos en regresar con lo que le había pedido.

—Aquí tienes —me ofreció las bolsas sonriendo.

—Muchas gracias, eres muy amable.

—Marga es la mejor —susurró Pam, mirándola con cariño.

—Espero que te mejores rápido, Pamela —le dijo—. Olvídate de todo, ahora informaré al encargado y recogeré tu mesa.

—Gracias, preciosa.

Salimos del baño y Marga nos acompañó hasta el ascensor. Todos los compañeros de Pam se preocuparon en cuanto la vieron agarrada a mí, pero respetaron que no se encontraba bien y le hablaron a cierta distancia para que no se agobiara.

—No intentes adivinar quien es Quique, está en la calle haciendo unas gestiones —me susurró Pam y sonreí.

—Joder, para una vez que vengo… tenía en mente patearlo.

Estábamos hablando del que la traía de cabeza en el trabajo, y, a pesar de lo blanca que tenía la cara y lo mal que se encontraba, la hice soltar una risilla. Nos despedimos de Marga en las puertas del ascensor y antes de que se cerraran con nosotras dentro para bajar, Pam le prometió que le escribiría más tarde.

—¿Bien? —le pregunté por su estabilidad.

—No estoy tan mal —me dijo suspirando, cuando las puertas se abrieron en la planta principal.

—Nooo… —negué, tirando de ella hacia la salida del edificio.

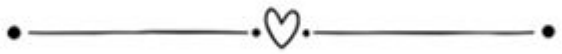
—Lo digo en serio —volvió a suspirar.

—Pam, por favor, no intentes quitarle importancia. Si estás mala, lo estás y punto.

La llevé hasta mi coche y una vez estuvimos montadas, les escribí a Mateo y a Katia, a mis compañeros, antes de arrancar. Con eso hecho terminé con lo siguiente que me urgía, llamar a mi jefe mientras conducía. Le conté que me había surgido una urgencia, por la cual había tenido que irme del trabajo.

Como ya sabía, me dijo que no tendría que haberlo llamado para contarle mi salida precipitada y que iba a trabajar desde el piso. Me remarcó que confiaba en mí y que tenía plena libertad, por lo que le di las gracias como tantas otras veces y nos despedimos.

Capítulo 10



Durante todo el trayecto hasta mi piso Pam no volvió a vomitar, se mantuvo estable con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el respaldo.

—Ya hemos llegado —le dije después de estacionar en mi plaza—. Prepárate para las escaleras que tenemos que subir.

—Izel —giró la cabeza hacia mí.

—¿Sí?

—No tengo ningún virus.

—No puedes saberlo, pero si fuera el caso, entonces te habrá sentado mal el desayuno.

—Lo único que me sienta mal es el intruso que continuará creciendo dentro de mí durante nueve meses —los labios le temblaron y los apretó.

—¿Qué…?

Los primeros segundos me quedé completamente en blanco. No estaba preparada para reaccionar a lo que me dijo porque obviamente, no me lo esperaba para nada.

—¿Qué? —repetí jadeando— Pam, ¿Has querido decir que…?

—Estoy embarazada.

—Oh, joder, joder… —agrandé los ojos—. Pero… no me digas que es de Quique, el de tu trabajo.

—No.

—Mierda, ¿entonces quién es el padre?

—Un amigo de mi cuñado —suspiró—. Te hablé de él —asentí.

—¿Con el que tonteaste hace unas semanas? Tiene que ser ese, pero no me acuerdo de su nombre —me quité el cinturón de seguridad y giré el cuerpo hacia ella.

Pam me imitó y nos quedamos mirándonos de frente para continuar hablando.

—Ese mismo, sí. Lo vi de nuevo este fin de semana, cuando me quedé en la casa de mi hermana. Vino a la fiesta que organizó mi cuñado.

—Cuéntamelo todo. ¿Por qué no sé nada hasta ahora?

—Porque no tuve fuerzas para contártelo el domingo cuando te llamé al llegar a mi piso, ni en ningún otro momento. Todavía estaba en shock, asumiendo la realidad —hizo una mueca.

—Eh, no pasa nada. Era un decir —le sonreí para que no se agobiara más.

—No solo tuve un tonteo hace semanas.

—¿No me digas? Como si no me hubiese quedado claro —arqueé una ceja.

—No quise darle importancia a lo que pasó aquella noche. La verdad es que no me acuerdo mucho de cómo fue —dijo pensativa—. Ya sabes que pasó hace semanas, en la celebración del cumpleaños de mi hermana, al que al final tú y Adrián no pudisteis venir —asentí.

»Fue totalmente inesperado, pero es que todos bebimos tanto… terminé enrollándome con David, ese es su nombre, y al final acabamos enredados en la habitación que siempre utilizo cuando me quedo en la casa de mi hermana —suspiró.

»En mi memoria tengo muy vagos recuerdos de lo que hicimos, pero lo sé de sobra. Tuvimos sexo, mucho. Fue una noche de excesos de alcohol y polvos, la verdad —se rio sin ganas.

—¿Él no usó protección?

—Sí, y lo puedo asegurar porque cuando me desperté vi las pruebas tiradas a un lado de la cama, en el suelo —se encogió de hombros.

—Pero igualmente tomas anticonceptivos —fruncí el ceño—. Ya sé que pueden fallar como los preservativos, pero…

—Y también pasé por una gripe muy fuerte unas semanas antes de la celebración del cumpleaños de mi hermana, y en los peores días, en los que no podía con la fiebre de lo alta que la tenía, se me olvidó tomarme las pastillas anticonceptivas.

—Mierda, es verdad. Estuviste fatal —me llevé la mano a la frente—. Pero no sabía que se te pasó tomártelas por la fiebre y el malestar, no me dijiste nada.

—Porque tampoco le di importancia cuando me recuperé —negó—. No la tenía en ese momento.

—¿Desde cuándo sabes que estás embarazada?

—Desde este sábado pasado, hace muy poco —hizo un puchero—. La noche anterior, la del viernes, fue cuando Adrián regresó del viaje y salimos. Pues el sábado me levanté rara y al poco tiempo estaba vomitando —suspiró.

»Y pensando en unas cosas y otras, pues me acordé de lo que te he contado y de que el periodo se me estaba retrasando mucho. Me asusté. Total, que fui a una farmacia y compré varias pruebas de embarazo. Antes de irme a la casa de mi hermana me las hice y cuando la primera salió positiva…

—Continuaste haciéndote el resto para descartar falsos positivos.

—Exacto —bufó—. No hay error, estoy embarazada, Izel. ¿Qué voy a hacer? —se tapó la cara.

—La pregunta correcta es, ¿qué quieres hacer tú?

—Desde que sé que estoy embarazada no he podido dejar de pensar en ello. Estoy muy agobiada y me siento tan sola.

—Oye —le quité las manos de la cara y la hice mirarme—. Lo de sola no es verdad y lo sabes. No lo digas. A Adrián y a mí vas a tenernos siempre, tomes la decisión que tomes. A tu hermana y a tu cuñado también, y tus padres se unirán. Si decides seguir adelante te apoyaremos en todo y espero que el futuro padre no desaparezca. ¿Hablaste con él en la casa de tu hermana?

—Sí. Cuando se lo conté me dejó claro que él no quiere tener hijos todavía, pero que si decido seguir el responderá con lo que necesitemos, aunque nosotros no tengamos una relación.

—Él no quiere ni intentar estar contigo.

—Solo hemos tenido sexo, Izel. David nunca me prometió nada, ni yo quiero que lo haga —se encogió de hombros.

—Bueno, al menos responderá con lo que necesitéis —comenté asintiendo.

—Sí, eso es lo que me dijo cuando le aseguré que estaba embarazada.

—Entonces por eso los vómitos…

—Ya ves —sacudió la cabeza—. Le pedí que no dijera nada, por el momento solo lo sabéis tú y él —asentí.

—Anda, vamos a mi piso para ponernos cómodas y hablamos con más calma de todo —le pedí—. Tienes que coger cita para el médico.

Nos bajamos del coche y caminamos hacia la puerta que daba al vestíbulo del edificio. Desde allí subimos las escaleras tranquilamente, aunque Pam ya había recuperado el color y tenía buena cara.

Estaba girando la llave en la cerradura de mi puerta cuando otra se abrió a mi izquierda, por lo que solo podían ser dos personas y no me refiero a Fermín y a Norma, ya que ellos vivían en el piso que quedaba a la derecha del mío.

—Uy, hola —dijo Pam y por el tono de su voz supe que no era Nico.

—Hola —le correspondió Héctor.

Cerré los ojos unos segundos, aprovechando que ninguno de los dos me veía la cara. Escuchar su voz me erizó la piel. ¿Por qué narices tenía ese efecto en mí?

—El saludo es para ti también, Izel —volvió a hablar.

Cuando desbloqueé la cerradura y dejé la puerta abierta un dedo, me giré despacio hacia él. Enseguida conecté con sus ojos, mientras él apoyaba el hombro en la pared y se cruzaba de brazos.

—Hola, Héctor —le correspondí—. Pam, él es el hermano de Nico. Ella es mi amiga Pam, Pamela —los presenté.

A ninguno de mis amigos les había contado esa novedad, ni siquiera a Pam cuando estuvimos hablando el domingo, el día siguiente al descubrimiento.

—¿Nico tiene un hermano? —abrió los ojos al máximo— Oh, joder, y no veas como…

—Pam —la corté carraspeando—. Sí, y para ti acaba de nacer. Yo le di la bienvenida al mundo el sábado, al final del día —dije con tono burlón.

Mi amiga se rio, mientras que los labios de Héctor se elevaron hacia un lado.

—Es un placer, Pamela.

—Puedes llamarme también Pam —le pidió con un guiño.

—De acuerdo, Pam —le devolvió el gesto él, antes de fijar de nuevo los ojos en mí—. ¿Qué haces aquí? —me preguntó.

—¿Ahora tengo que informar de cuando vengo a mi piso? —remarqué el posesivo.

—No estaría mal, teniendo en cuenta que tendrías que estar trabajando. Son las once del lunes, así que…

—Bueno —habló Pam, tosiendo varias veces a propósito—. Yo necesito sentarme un poco. También ha sido un placer para mí conocerte, Héctor.

—Lo imagino, es lo que suelen decirme —soltó él con descaro—. Tu amiga se resiste a admitirlo, pero sé que le parezco irresistible —se refirió a mí.

—Joder —fue la reacción de Pam, antes de soltar una fuerte carcajada—. Madre mía… me gustas, eres toda una revelación.

—Lo mismo digo —asintió Héctor, sin perder la sonrisa de medio lado que le otorgaba un punto travieso y pícaro.

—Sé paciente con mi amiga —le pidió la otra descarada de Pam—. Es un amor, en todos los sentidos, aunque lo esconda bajo capas y capas de garras afiladas —dijo entrecortadamente, al no parar de reír por cómo la miraba yo —. Espero que nos veamos pronto, Héctor.

—Seguro que sí —sonó convencido.

—A ti te veo dentro —me susurró al oído Pam—. No soy la única que tiene muchas cosas que contar, ¿eh? Qué calladita has estado.

Con esas palabras me dio una palmada en la nalga y pasó por mi lado. Empujó la puerta de mi piso y se perdió en el interior cerrando del todo. Héctor y yo nos quedamos solos en el rellano.

—¿Hay algún motivo por el que estás aquí?

Solté un suspiro antes de enfrentarme otra vez a él.

—Respuesta fácil: no te importa —me crucé de brazos como él.

—Me gusta lo difícil y cuanto más lo sea, más empeño le pongo para conseguir lo que quiero.

—Pues muy bien —suspiré girándome hacia la puerta y agarrando el pomo de la puerta.

—¿Te encuentras mal? —insistió.

Busqué su mirada, extrañada por el cambio en el tono de su voz. Sonó más duro, mucho más serio, no detecté ni una pizca de humor o juego, pero tuvo que estropearlo.

—Si no me das la respuesta que quiero oír enviaré a tu piso a mi hermano y a vuestros adorables vecinos. ¿Quieres privacidad y tranquilidad con tu amiga? Entonces habla.

—Eres irritante. ¿Quién te crees que eres? —entrecerré los ojos— No tengo por qué darte una explicación.

—Pero estás deseando dármela —elevó las cejas—. Según tú, para perderme de vista porque me consideras molesto. Quieres que desaparezca y te deje continuar con tu vida tranquila y aburrida. Según mi opinión, necesitas alejarte de mí por lo nerviosa que te pongo. No logras controlar tus reacciones, algo que me sucede habitualmente —terminó con un guiño.

—Vete un ratito a la mierda, Héctor —dije con un bufido.

«¿Cómo puede ser tan creído y descarado?», me dije. Enseguida lamenté la respuesta mental que me di a mí misma: *porque puede, solo hay que verlo*.

Corté el contacto visual, dispuesta a abrir la puerta de mi piso, pero no llegué a girar la llave para desbloquearla cuando noté su presencia a mi espalda.

Héctor me agarró de un brazo y me hizo girar. Frente a él, demasiado cerca, levanté la cabeza muy despacio, volviendo a encontrarme con sus ojos. ¿La gran diferencia? Que por la poca distancia que nos separaba ahora podía ver hasta los pequeños detalles de sus iris. Conseguí tragar saliva sin que se diera cuenta, al menos quise pensar que fue así. ¿Por qué narices olía tan bien? Mierda, mierda…

Y no supe por qué, si fue por su seriedad, por la intensidad de su mirada, o quizás por lo que me transmitía tan pegado a mí, que al final terminé respondiéndole con la verdad. Le conté todo de carrerilla, guardándome el dato más importante y privado.

—He tenido que salir del trabajo corriendo. Pam no se encontraba bien, estaba vomitado mucho y una de sus compañeras me ha llamado para que fuera a buscarla. Tú la has visto aquí más o menos bien, pero cuando la he encontrado en el baño de su oficina…

»No tiene a nadie más cerca, sus padres viven a muchos kilómetros, su hermana y su cuñado a unos cuarenta minutos, y Adrián, nuestro amigo, está ocupado por unos días. Viniendo he avisado a mi jefe para decirle que me he ido del trabajo por una urgencia y que trabajaré desde el piso, a lo que me ha dicho que tengo plena libertad, como siempre.

»No es la primera vez, ni será la última que lo haga. Me refiero a lo de trabajar desde aquí. ¿Ya he saciado tu curiosidad? ¿Contento?

—Mucho —respondió en tono bajo, ladeando la cabeza—. No se trata de ti.

Fruncí el ceño. Iba a decir algo, pero su siguiente movimiento me dejó paralizada y casi sin respiración. Hizo algo demasiado íntimo y cercano ya que, en sí, no nos conocíamos. Levantó una mano para retirarme el pelo, el que colocó detrás mi oreja.

Fue como una caricia en la que se tomó más tiempo del normal, una que me hubiese gustado que durara más. En ningún momento dejamos de mirarnos a los ojos y me pregunté qué se le pasaba por la cabeza en este instante. La mía estaba hecha un lío.

—Cuida de tu amiga —me dijo casi en un susurro y sonrió de medio lado —. Y échame de menos, sé que en cuanto me vaya suspirarás por mí.

Acompañó a sus palabras con un guiño, antes de apartarse de mí. Lo hizo muy rápido, dando varios pasos hacia atrás.

—Estás peor de lo que pensaba si piensas que haré eso —dije al recomponerme, entrecerrando los ojos—. Tú mismo te lo dices todo, es increíble.

—Sé que lo soy —frunció los labios, dando otro paso hacia atrás.

—En serio, Héctor, vete a la…

Su carcajada me interrumpió. Lo vi bajar los primeros escalones y solté el aire despacio, antes de girarme hacia la puerta y abrir.

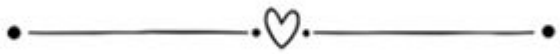
—Ya vas tarde para contarme todo sobre Héctor, el hermanito de tu vecino —me dijo Pam, señalándome con el dedo desde el sofá—. Madre mía cómo está ese hombre y qué callado lo tenía el granuja de Nico. ¿Ahora con cuál de los dos te quedarás? ¿O formaréis una pareja de tres?

»Porque con la conexión que tienes con Nico, con el que siempre insisto que te liarás, y ahora aparece en escena Héctor, que bajo mi punto de vista supera con creces a su hermano, y eso ya es irse por las nubes… He notado la tensión entre vosotros ahí fuera —señaló la puerta, donde yo me había apoyado—. Se respiraba, cortaba —dio una palmada—. Quiero todos los detalles —se rio.

Por una parte, me gustó verla así, recuperada, aunque tenía mucho por delante. Por otro lado, y el peor, me fastidió porque íbamos a tener tema de conversación para rato.

Solté un largo suspiro caminando hacia el pasillo, para ir a mi habitación. Entré desabrochándome el abrigo, con ella pegada a mi espalda y haciéndome preguntas sin parar.

Capítulo 11



Le di un sorbo al café, calentándome las manos con la taza, mientras observaba la calle a través de la cristalera de la cafetería. Era un nuevo día, lluvioso desde que me había despertado. El agua caía con fuerza y la circulación en las carreteras comenzaba a ser un caos.

Yo me había dado mucha prisa para salir del piso, en cuanto me di cuenta de que llovía corrí porque sabía lo que sucedería si me iba hacia el trabajo a la misma hora de siempre.

Mateo y Katia debían estar a punto de llegar, habíamos quedado para tomarnos un café con calma. Quedaba un poco más de media hora para el inicio del horario laboral y como ellos también eran previsores, se habían adelantado.

Volví a beber del café, pensando en el día anterior. Lo pasé con Pam, una vez que se estabilizó del todo estuvo mejor que yo. Hablamos sobre su embarazo y los cambios que supondría en su vida, cogió hora para el médico. El viernes sería el día y yo la acompañaría por la tarde.

No iba a dejarla sola, todavía quería mantenerlo en secreto para los demás. Menos para Adrián, así me lo dijo porque él detectaría enseguida que le pasaba algo. Cuando hablamos de nuestro amigo me dijo que tenía libertad para contárselo yo, si lo veía antes de que quedáramos los tres.

Al terminar de hablar de ella, Pam se entusiasmó en volver a hacerme muchas preguntas sobre Héctor. Tuve que frenarla para poder explicarle cómo fue todo, el regreso de Nico y la sorpresa que me llevé cuando entré con él en su cocina. Mi amiga se quedó con la boca abierta al decirle que allí estaba Héctor y que era el mismo hombre que me encontré en la escalera la tarde anterior del viernes, con el que tuve un pequeño choque y evitó que me cayera escaleras abajo, cuando yo iba hacia el bar para encontrarme con ella y con Adrián.

Aunque esa primera vez no supe que era el hermano de mi vecino, principalmente porque no tenía ni idea de que tenía uno. Ni yo ni mis amigos.

Salí de mis pensamientos cuando vi a Mateo caminar hacia la mesa que yo había ocupado.

—Hola, preciosa —me saludó y me levanté para recibir su abrazo y besos, los que le devolví.

—Hola —le sonreí.

—¿Cómo está Pam?

Tanto Mateo como Katia conocían a mis amigos. En varias ocasiones, sobre todo en verano que acompañaba el tiempo y apetecía más, Adrián y Pam se unían a mis compañeros y a mí cuando nos quedábamos tomando algo al salir del trabajo. O incluso para comer cuando no trabajábamos por las tardes.

El edificio de nuestra empresa se encontraba a tan solo cuatro calles de donde comenzaba la zona más céntrica de la ciudad, por lo que teníamos bares y restaurantes donde elegir.

—Muchísimo mejor —le contesté sin darle vueltas al asunto—. ¿Y tú? ¿Cómo estás de lo que me contaste?

—Me alegro —asintió sobre lo de Pam—. La ruptura con Paola la llevo más o menos, a ratos. De estar bien paso de golpe a pensar demasiado. Ya sabes…

—Sí —le agarré una mano por encima de la mesa—. Es muy reciente.

—No te preocupes —me dijo con un guiño.

Llamó la atención de la camarera que terminó de atender a unos clientes y justo cuando le estaba pidiendo su café con leche, apareció Katia y pidió el suyo.

—Hola, guapísimos —nos saludó animada.

Ocupó una silla después de saludarnos con besos.

—Hola —le correspondimos Mateo y yo, a la vez.

—¿Cómo está Pam? —quiso saber Katia.

Le di la misma contestación breve que a Mateo y se quedó conforme.

—¿Le has contado la que lio ayer Rubén? —le preguntó Katia a Mateo y fruncí el ceño.

—¿Cómo? —hablé.

—No me ha dado tiempo, acabo de llegar —comentó él.

—¿Queréis decirme que pasó ayer con el idiota de Rubén? —los miré a los dos.

—Gritó y todo —rio Katia—. Se puso fuera de sí.

—¿Qué mierda…?

—El sistema cayó —me cortó Mateo, dándome la explicación—. Antes de que te fueras falló varias veces, pero se restableció muy rápido. El problema vino más tarde, después de que te fueras. Hubo un fallo general y nos quedamos todos sin poder hacer nada el resto del día.

—¿Por qué no me llamasteis? —les pregunté sorprendida.

—¿Para qué? Estaba ocupada y no podías hacer nada. Habrías estado como todos los demás, parados —me contestó Katia.

—Mierda, yo pude conectarme desde casa porque la conexión va directa —hice una mueca.

—Sí, es muy diferente desde la oficina. Los servidores dejaron de funcionar y el sistema se bloqueó, pero el ordenador madre, el cerebro principal, continuó activo —comentó Mateo.

—Del que solo tú y el jefe supremo tenéis la clave de acceso, por lo delicado que es acceder a la información que guarda y gestiona ese ordenador.

—¿Qué hizo Ignacio? —me referí al jefe supremo, como lo había llamado Katia.

—Lo único que podía, después de que nuestros informáticos intentaran solucionar el problema y no pudieran. Llamó a una empresa especializada.

—Todavía están arreglándolo. Me ha llegado a primera hora un correo electrónico de Ignacio en el que me ha informado. No ha querido molestarte

por lo de ayer, por si todavía no podías —Mateo me miró directamente y asentí—. Me ha dicho que la situación pinta bien, seguramente hoy, dentro de poco, podamos trabajar con normalidad —me hizo un guiño.

—Vale —suspiré—. ¿Y Rubén? ¿Qué más hizo o dijo?

—Olvídate de él, de donde no hay no se puede sacar —me pidió Katia, poniendo los ojos en blanco.

Dirigí la vista a Mateo, pero mi amigo negó, así que dejé el tema apartado. Igualmente me preparé para un posible encuentro con Rubén, porque estaba segurísima de que tendría un enfrentamiento con él. No iba a privarse de echarme en cara mi ausencia durante un problema tan grave, por lo que me buscaría en cualquier momento.

—Ahora voy a contarte lo que no pude ayer —dijo riendo Katia—. Lo estupendamente que me fue el fin de semana —se frotó las manos.

Mateo también se rio porque ya lo sabía. Cuando la camarera les trajo los cafés Katia ya hablaba emocionada de los dos chicos que conoció el viernes por la noche. Un resumen rápido y claro era que, la noche del viernes la pasó con los dos, el sábado con uno de ellos y el domingo con el otro.

Exprimió al máximo el fin de semana y tuve que taparme la cara, los oídos y la boca, conforme fui escuchando según qué cosas. A Katia no le importaba hablar de su intimidad y de todo lo que hacía en ella, según mi amiga y compañera, eran cosas naturales, como la vida misma, por lo que contaba sus experiencias al completo, con pelos y señales.

Nos tomamos los cafés muy entretenidos, tiempo en el que conseguí relajarme. Me liberé un poco de los nervios por el embarazo de Pam y de la preocupación por lo que sucedió en la empresa el día anterior.

Unos minutos antes de empezar la jornada de trabajo salimos de la cafetería cubriéndonos con los paraguas, para dirigirnos rápido hacia el edificio de la empresa. Continuaba lloviendo con mucha fuerza y en poco tiempo se nos empaparon los calzados y la ropa de rodillas para abajo. Entre el agua que caía y la cantidad que se acumulaba en charcos que no pudimos evitar, entramos al edificio que con cada paso que dábamos nos salía agua de los calzados.

Para hoy había optado por ponerme un vaquero de color gris, unas deportivas y un jersey de lana cómodo, calentito y agradable. Lo ideal para el día como estaba, aunque más ideal sería ir en pijama y estar en mi piso.

Subimos en el ascensor a nuestra planta y al llegar nos separamos para ir cada uno a nuestro puesto de trabajo, no sin antes comentar que nos veíamos para desayunar. Era una costumbre, me refiero el decirlo, porque nuestro desayuno juntos era sagrado cada mañana.

Al entrar en mi despacho metí el paraguas en el paragüero, para no mojar mucho el suelo. Fui hacia el armario, donde me quité la ropa de abrigo y bajé la mirada a mis pies, haciendo una mueca. No podía alargar mucho el ir a secarme los calcetines y un poco las deportivas, al menos hasta quitarles el exceso de agua del interior.

Teniendo los pies secos, o al menos algo bastante mejor, me daba igual tener las piernas del vaquero mojadas. Pero por el momento lo retrasé porque me urgía más comprobar cómo estaba todo en el trabajo y el hablar con Ignacio, mi jefe.

Decidida a ello fui hasta la silla, en la que me quedé a medio camino de sentarme cuando la puerta del despacho se abrió de golpe. Suspiré al ver a Rubén entrar. Cerró la puerta de golpe, caminando hacia mí con pasos largos y con pisadas firmes. Llegó preparado para lanzarme toda la artillería pesada.

Me senté igualmente, ignorando su actitud y mala educación. Continué ignorándolo cuando se paró junto a la mesa, quedándose frente a mí. Como si no estuviera, encendí el ordenador y empecé a sacar las carpetas de trabajo, las que coloqué sobre la mesa.

Abrí la que correspondía al informe por el que me quedé el día anterior y miré la pantalla del ordenador, para teclear mi clave. Me daba igual que Rubén la viera, pensaba cambiarla en cuanto saliera de mi despacho.

—¿No vas a decir nada? —soltó con voz autoritaria y sonreí de medio lado, todavía sin mirarlo.

Me tomé un tiempo más en silencio, alterándolo a propósito, hasta que me separé un poco de la mesa, recosté la espalda en la silla y crucé las piernas, observándolo fijamente.

—Me gustaría saber por qué mierda entras en mi despacho sin haber llamado y, por supuesto, sin haberte dado paso —le dije dirigiendo la vista a mis uñas—. Cuando me des una buena explicación entonces diré algo más, como que te largues de aquí porque no te he llamado, ni te he dado permiso para que irrumpas en mi despacio de la forma en la que lo has hecho. Este es mi espacio personal y yo decido quién es bienvenido o no.

—Estás en el puñetero trabajo. Como si pudieras elegir… —apretó la mandíbula.

—Por supuesto que puedo, para algo soy la jefa. Tu jefa, que no se te olvide. En mi despacho hago lo que me da la gana, todo dentro del ámbito laboral. Este lugar es mío por orden de Ignacio y solo atiendo a quién necesita algo sobre el trabajo. Hoy no voy a soportar tus salidas de tono ni tus tonterías —me encogí de hombros.

No era verdad lo de que solo atendía temas de trabajo. Todos los trabajadores que lo necesitaban se sentaban delante de mí cuando tenían un problema. Siempre les daba mi apoyo e intentaba ayudarlos de la mejor

manera posible, y seguiría haciéndolo porque para mí era primordial preocuparme por la vida de los demás, ofreciéndoles lo mejor de mí. Pero nada de esto iba a saberlo Rubén, al menos no por mí.

—No te imaginas cómo voy a disfrutar haciéndote caer, pisoteándote continuamente —siseó inclinándose, apoyando las manos en la mesa.

—Inténtalo si quiera —busqué sus ojos—. Porque si lo haces no me quedaré con los brazos cruzados, iré a por todas y te llevaré en la caía conmigo. Tantas veces como tú me hagas daño obtendrás lo mismo de todas las formas que se me ocurran.

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy devolviendo lo que me has dado. ¿O es que tienes problemas de entendimiento? Lo mismo ha llegado el momento de que tenga una conversación con Ignacio, a ver qué le parece al jefe tu actitud y comportamiento hacia tu jefa. Sí, es una advertencia. Hasta hoy he preferido pasar de ti, aunque hayas sido peor que un dolor de muelas, pero me estás llevando al límite y estoy a nada de saltar a la mínima que le sumes.

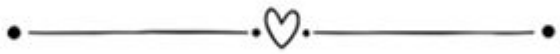
—No tienes ni puñetera idea de los problemas que tuvimos ayer aquí. Cuál fue mi sorpresa que cuando falló todo no estaba la jefa responsable —soltó una carcajada que sonó tan fría y cruel que me hizo estremecer. Por suerte controlé bien mi reacción y no se dio cuenta—. No apareciste en todo el jodido día y esto fue una mierda de caos, sin la responsable a cargo. Menuda jefa eres, ¿eh? Una incompetente —volvió a reír.

—¡Ya está bien! —alcé tanto la voz como él, golpeando la mesa con las manos— El que no tiene ni puñetera idea de lo que dices eres tú, y mucho menos tienes el derecho de hablarme de esa forma.

No iba a permitir que pasara por encima de mí, bajo ningún concepto. Fuese jefa o no, ante todo era persona. Me levanté despacio, sin apartar la

vista de la suya, ni cuando imité su postura y me quedé con las manos apoyadas en la mesa y el cuerpo inclinado hacia delante.

Capítulo 12



—Eres despreciable, Rubén —siseé—. Has colmado toda mi paciencia, no has dejado ni una gota dentro de mí para que tenga una mínima piedad contigo.

—¿Te crees que me asustas? —sonrió con malicia.

Anticipé el movimiento de su mano y le agarré con fuerza la muñeca, antes de que tirara al suelo parte de lo que había en mi mesa. Su intención había sido la de arrastrar la mano por la superficie que quedaba a su izquierda.

Apretó la mandíbula cuando no se salió con la suya y dio un tirón para librarse de mi sujeción, pero no lo consiguió. Como respuesta ejercí más presión entorno a su muñeca.

—Estás cayendo muy hondo —me amenazó.

—Yo diría que no, más bien el que te has hundido eres tú mismo.

La voz inesperada, alta, fría, seria y contundente, que vino de nuestra derecha, nos sobresaltó a Rubén y a mí. Nos pilló desprevenidos porque no nos dimos cuenta de que teníamos un espectador y… y no cualquier espectador.

Contuve la respiración con los ojos abiertos al máximo y los labios separados, sin comprender qué hacía Héctor aquí, el hermano de mi vecino Nico. Estaba apoyado en el marco de la puerta abierta de la sala que daba a mi despacho, la que solo yo utilizaba para hacer reuniones personalizadas con grupos reducidos de trabajo.

Por la posición de su cuerpo y su expresión parecía que llevaba un rato observándonos, y no le estaba gustando nada lo que había presenciado. En absoluto.

—¿Qué…? —susurré.

Héctor no me miró, mantuvo la vista en Rubén y volvió a dirigirse a él sin moverse.

—Puede que Izel no te asuste, que te sientas superior a ella, pensamientos totalmente erróneos por tu parte, pero si eres tonto no es mi problema. Hoy me siento un poquito generoso, voy a darte un sabio consejo: a mí sí tenme miedo.

—¿Quién mierda eres tú y quién te ha dado permiso para interrumpir? —le habló de malas maneras Rubén— Suéltame, zorra —siseó hacia mí.

Al escuchar el insulto mi cabeza giró hacia él tan rápido como mis dos manos lo empujaron con fuerza del pecho. En cuestión de segundos, antes de que Rubén pudiera reaccionar, mientras se tambaleaba hacia atrás, rodeé la mesa para continuar con la guerra que había iniciado.

Un brazo fuerte me rodeó por la cintura, el que frenó mi avance pegándome a la pared dura de un pecho. Por unos segundos dejé de tocar el suelo con los pies y me trasladé al rellano de mi piso, al momento en el que Héctor hizo exactamente lo mismo cuando me sujetó para que no me cayera escaleras abajo.

En esta ocasión volvió a evitar un mal mayor para mí porque se me había nublado la mente y quería hacerle pagar a Rubén lo que había dicho de mí. Eso para empezar, porque tenía una gran lista, una muy larga.

—Contrólate —me susurró al oído inclinado sobre mí y solté un pequeño jadeo—. No merece la pena. Está acabado.

Me rozó la oreja con la punta de la nariz e inhaló mi olor. Un cosquilleó demasiado agradable me recorrió de los pies a la cabeza por eso mismo, y por su proximidad, su abrazo firme y su calor. Era demasiado para este momento, ¿qué digo? En cualquier otro instante y situación me sentiría de la misma forma.

Sinceramente sería peor si estuviéramos los dos solos, por suerte aquí entre la tensión que se respiraba y el espectador que teníamos…

—¿Cómo…? —empecé a decir, pero me quedé en blanco.

Lo siguiente que sucedió me dejó aún peor, más desconcertada.

—Ignacio —el pecho de Héctor vibró en mi espalda al hablar.

Tuve otro instante de incomprensión cuando llamó a mi jefe. No lo comprendí, hasta que escuché unos pasos y vi aparecer a nuestra izquierda a mi jefe y dueño de la empresa. Moví los labios para decir algo, pero no conseguí que me salieran las palabras.

Sentí vergüenza porque su presencia indicaba que había escuchado parte del enfrentamiento entre Rubén y yo, sino todo. Si estaba con Héctor, lo que tampoco comprendía, ambos habían presenciado demasiado sin que me diera cuenta. Era tanta la rabia que nos teníamos Rubén y yo, que cada vez que nos teníamos delante todo lo demás desaparecía.

—Jefe —susurró Rubén, desconcertado también.

—Ex —le rectificó Ignacio—. Desde ya estás despedido, no formas parte de mi empresa. No quiero a personas como tú en mi plantilla de trabajadores. He visto y escuchado suficiente como para tomar esta decisión. Una lástima que haya pasado tanto tiempo hasta que me he enterado de esta forma casual de lo impresentable que eres en realidad.

Se dirigió a Rubén, pero me miró de reojo a mí por unos segundos, por no haberle contado la actitud y el comportamiento de Rubén hacia mí.

—Izel y yo solo estábamos intercambiado opiniones —dijo Rubén, en un intento de defenderse.

—No te pongas más en ridículo, chico. Ve a tu mesa y recoge, después sube al departamento laboral y firma lo que te den. En cuanto salgas de aquí daré la orden de tu despido inminente.

»Y no te molestes en luchar, perderás el dinero en abogados porque tengo testigos presenciales, empezando por mí, aparte de las grabaciones de las cámaras de las que no sabíais de su existencia, y de la grabación de voz que he hecho de lo que ha pasado en este despacho.

»Vete, bastante te has puesto en evidencia y agradece que no te saque a rastras de la empresa y te pida antes que te pongas de rodillas frente a Izel. Fuera —lo echó de forma contundente y tragué saliva.

Rubén apretó la mandíbula y los puños a los lados de su cuerpo. Su última mirada fue para mí, con la que me pegué más al pecho de Héctor. Él reaccionó apretando más el agarre de su brazo en mi cintura. No me di cuenta de que contuve la respiración hasta que cogí una gran bocanada de aire cuando Rubén se fue.

—Izel —dijo mi jefe, poniéndose frente a mí.

Héctor no me soltó, tampoco aflojó la fuerza con la que me retenía, o más bien con la que aguantaba mi peso porque una vez que se me pasó el

subidón de rabia me temblaba todo el cuerpo. Él lo estaba sintiendo tan bien como yo.

—Lo siento, Ignacio —tuve la necesidad de disculparme, al sentir que lo había fallado de alguna manera.

—¿Me estás pidiendo tú disculpas? —elevó las cejas, con una pequeña sonrisa.

Asentí, aunque era una de esas preguntas que se hacen sin esperar respuesta porque son obvias.

—El que lo siente soy yo, y no te imaginas cuanto —negó—. Si me hubieras dicho lo que te pasaba con Rubén, si hubiese sabido cuál era su comportamiento real cuando estabais solos… sabes que me importa una mierda la opinión de los demás, confío plenamente en ti y si ocupas el puesto de jefa es porque te lo has ganado con creces. Nadie te ha regalado nada.

—Gracias —susurré.

—Cuando terminéis de hablar ven a mi despacho —me pidió.

—Claro, pero…

—Héctor te aclarará las dudas que tengas —me interrumpió—. Por lo que sé, por lo que he podido presenciar —dirigió la mirada al brazo de él que seguía rodeándome en una especie de abrazo—, y por lo que he escuchado —sonrió—, os conocéis bastante bien.

—Yo no…

—Y por favor, tomaros el tiempo que necesitéis —volvió a cortarme—. No tengáis prisa para hablar, ni tú para venir a mi despacho.

—Vale —susurré.

Después de intercambiar una mirada con Héctor que me pareció muy cómplice, mi jefe salió del despacho dejándonos solos. De repente el silencio fue un poco asfixiante porque no supe qué decir, ni qué hacer. Me daba mucha rabia que siempre me pasara lo mismo con Héctor, me sentía perdida.

Conforme fueron pasando los segundos fui siendo más consciente de cómo estábamos y del tiempo que llevábamos tan juntos. Entre nosotros no había ni una pequeña separación. Intenté separarme hacia delante, pero Héctor me mantuvo en el sitio.

—¿Qué está pasando? —pregunté al fin— No entiendo nada —tragué saliva—. ¿Qué haces? —jadeé agarrándome con las manos a su antebrazo.

—Vamos a hablar —contestó, como si fuera normal que me levantara del suelo para llevarme hasta mi silla.

No eligió cualquier otra de las que había, fue directo a la cómoda. Pero todavía me quedaba otra gran sorpresa por descubrir.

Sin dudar se sentó conmigo encima, por lo que volví a jadear por la impresión.

—¿Qué estás haciendo? —me repetí.

Quise moverme para levantarme, pero me posicionó mejor sobre sus piernas, agarrándome de las caderas mientras ejercía fuerza para que no me alejara.

—Héctor… —dije su nombre advirtiéndole, con un sofoco impresionante.

—Te he dicho que vamos a hablar y esta forma es tan buena como cualquier otra. No, la verdad es que no hay punto de comparación. Y ya has oído a tu jefe, Ignacio ha dejado claro que no tenga ninguna prisa en aclarar tus preguntas.

—¿En serio?

En un movimiento involuntario giré hacia atrás la parte de arriba del cuerpo, de lo que me arrepentí enseguida porque la cara de Héctor quedó muy cerca de la mía.

Tragué saliva, oliéndolo y respirándolo, mientras veía como sus ojos se movían para mirar cada pequeña parte de la piel de mi cara, parándose más detenidamente en mis labios y después en mis ojos. Tuve la sensación de que quiso atravesarlos, por la intensidad que transmitían los suyos.

—Esto no es normal —susurré nerviosa.

—Yo me siento estupendamente —comentó y entrecerré los ojos.

—Te lo estás pasando bien a mi costa, ¿no?

—Me lo estoy pasando bien contigo, que es diferente.

—Yo no veo donde está la diversión —bufé.

—Porque no te relajas para permitirte divertirte —sonrió de medio lado, pero se puso serio de repente—. ¿Cuántas veces has tenido que enfrentarte a ese tío?

—No tantas como puede parecer —suspiré.

Di por perdida la batalla de levantarme de sus piernas, aunque, ¿a quién quería engañar? Si quería y me lo proponía tenía el camino libre, pero no me esforcé ni un poco para alejarme de él, lo que era un verdadero peligro.

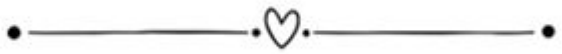
Héctor no apartó el brazo de mi cintura, aunque sí aflojó el agarre lo suficiente para que me moviera encima de él. Como ya me daba igual, me giré quedándome sentada de lado. En esa nueva posición la cercanía se hizo más grande e intensa, pero no me eché para atrás. Me enfrenté de nuevo con su mirada.

—¿Qué haces aquí, en mi empresa?

Comencé la ronda de preguntas porque necesitaba muchas respuestas. Todavía no entendía cómo era posible que Héctor estuviera en mi despacho, ni comprendía de qué conocía a Ignacio para tener la confianza que había interpretado entre los dos.

Estaba totalmente desubicada con este hombre, cada vez que lo veía, que lo tenía delante, sucedía algo que me desestabilizaba completamente.

Capítulo 13



Héctor

—¿Qué significa que no tantas veces como parece? —quise saber, ignorando su pregunta— ¿Era normal que te pelearas con ese tío? ¿Sucedía cada día, una vez por semana, dos, cada cierto tiempo…? ¿Se comportaba como hoy o peor? —fruncí el ceño.

—No era raro que chocáramos, incluso que nos peleáramos, pero tampoco era continuo —me contestó encogiéndose de hombros—. Me tocaba las narices, sabía cómo hacerlo, pero yo lo sobrellevaba muy bien. Rubén nunca me ha influido negativamente en mi trabajo —arqueé una ceja —. Bueno —carraspeó—, a veces me ponía de muy mala leche, pero por lo demás lo tenía controlado.

—¿Por qué no se lo contaste a tu jefe?

—Porque ya he dicho que lo tenía controlado y mientras lo tolerase… hoy ha llegado muy lejos, nunca me había insultado abiertamente. Al llamarme zorra… —susurró.

La agarré de la barbilla para que no bajara la cabeza.

—Olvídate de eso.

Mi voz sonó autoritaria, por lo que frunció ligeramente el ceño, pero al final asintió a mi petición.

—Ya es historia, no tendrás que volver a verlo nunca más —le coloqué un mechón detrás de la oreja y sonreí al ver como cerraba los ojos.

—¿Vas a decirme qué haces aquí? —repitió su pregunta, levantando los párpados despacio.

—Trabajar —le respondí, sorprendiéndola de nuevo.

—¿Qué narices…? ¿Cómo que trabajar? ¿Vamos a ser compañeros? ¿Seré tu jefa? ¿Y cómo es posible que, con todas las empresas que hay en la ciudad, hayas terminado en la mía? —entrecerró los ojos.

—Frena un poco —le pedí sonriendo—. Sí, estoy trabajando aquí. No, no vamos a ser compañeros, por lo tanto, queda descartado lo de que serás mi jefa. Aunque eso sería muy interesante para poder sacarle partido.

»Igualmente, como no sucederá, puedes ser muchas otras cosas, todas juntas si tú quieres —le dije con un guiño e hice una pausa, disfrutando de los cambios que fue dando su cara al escucharme—. Hay un motivo para que esté aquí y no es ninguno de los que has pensado, o los que puedes llegar a pensar.

—Lo único que se me ocurre es que por tu hermano te has enterado de que trabajo en esta empresa y te has presentado para… no lo sé. ¡No tiene sentido! Por más que le doy vueltas no consigo entender la situación. Me ha dado la sensación de que conocías a Ignacio. ¿Es eso? ¿Es por él por lo que estás aquí? No —se respondió a sí misma.

»Puedes intervenir cuando quieras, ¿eh? Serías muy amable si me lo aclararas para no calentarme tanto la cabeza. Eso o llamo a Nico, él estará encantado de contármelo todo porque seguro que lo sabe.

Se inclinó hacia la mesa, pero no llegó a rozar su móvil. La agarré de los brazos y la eché hacia atrás, pegándola de nuevo a mi cuerpo, esta vez de costado.

—Deja de hacer eso —susurró.

—¿Tantas ganas tienes de hablar con mi hermano? —le pregunté y me miró de reojo.

—Es mi amigo y siempre me ayudará.

—¿Estás segura de que solo es tu amigo?

—¿Qué tipo de pregunta es esa? —buscó mi mirada y la encontró fácilmente.

—El tipo de pregunta que se le hace a una mujer, cuando su vecino es un buen partido. En todos los sentidos —le respondí y frunció el ceño.

—Quiero a Nico como un gran amigo —repitió y noté como mi tensión aflojaba—. De todas maneras, ¿qué te importa a ti? Si fuésemos cuñados no…

—No vamos a ser cuñados, ¿lo entiendes?

La agarré de la nuca y acerqué su cara a la mía.

—Eh… yo…

—Nunca —continué.

—No es que quiera —susurró—, pero en el hipotético caso de que sucediera tendrías que aceptarlo.

—Has dicho que únicamente consideras a mi hermano un amigo.

—Y así es. No entiendo esto.

—Pues mantenlo de esa forma —le pedí, o más bien sonó a exigencia.

Frunció el ceño, pero no me importó. La mantuve a centímetros, la distancia que nos separaba era tan insignificante…

—Estás chorreando.

—¿Qué? —me miró sorprendida.

Arqueé las cejas, mientras una sonrisa se formaba lentamente en mis labios.

—¿En qué has pensado, Izel? —ladeé la cabeza.

—¿Cómo? —jadeó.

—¿Lo estás haciendo a propósito para hacerme perder la cabeza? —susurré casi rozándole los labios.

—No… no sé de lo que hablas.

—Mierda.

Me eché hacia atrás, apoyando la cabeza en el respaldo. Ella entreabrió los labios y me miró más sorprendida. ¿El motivo? Acababa de darse cuenta de la parte de mi cuerpo que había cobrado vida debajo de su trasero.

—Yo…

—Cuando te he dicho que estás chorreando me refería a tus vaqueros y a las deportivas —le aclaré, consiguiendo que el rubor de sus mejillas se intensificara—. Si no te secas un poco te pondrás mala.

—No me acordaba —tragó saliva—. Tenía la intención de ir al baño, pero ha llegado Rubén y después ha sucedido todo lo demás, y… ¿cuánto has visto y escuchado?

—Ver casi todo, oírlo, desde el principio —le contesté—. La puerta no estaba cerrada y al escucharte me he asomado. Ninguno de los dos habéis notado mi presencia, como tampoco de la de Ignacio que estaba a mi espalda. Se ha apartado a tiempo cuando le he dicho que iba a hablar, para reservarse el favor sorpresa —le expliqué.

—¿Vas a aclararme qué haces aquí y de qué conoces a Ignacio?

—Sí, pero después de que le pongas solución a lo importante.

Antes de que dijera algo me levanté, llevándome su cuerpo con el movimiento. Una vez que estuvimos de pie le pedí que me esperara. Fui a la sala para ponerme el abrigo que tapaba lo suficiente, no podía salir como estaba delante de las personas que trabajaban para ella.

Regresé junto a Izel y noté su vergüenza cuando entendió lo que había hecho.

—Vamos al baño —le hablé, agarrándole la mano.

—Puedo sola —susurró desconcertada, siguiéndome cuando tiré de ella.

—Lo imagino, después de tantos años trabajando aquí —la miré de reojo, sonriendo—. Sé valiente y admite que estás deseando que te agarre de otras formas —le abrí la puerta.

—Ya estaba tardando en salir tu verdadera personalidad —suspiró de forma dramática y solté una carcajada.

Salimos de su despacho y tomé la dirección del baño, pero no al que todo el mundo iba. Necesitaba la máxima privacidad con ella, no quería que nadie nos interrumpiera, por lo que la llevé a un baño que era individual, pero que era espacioso. Se encontraba al fondo del pasillo, a la izquierda, fuera de la zona común y lejos de los despachos.

—Has disfrutado al estar sentada en mis piernas, no te hagas la dura —le susurré inclinado hacia ella.

—En tus sueños —bufó.

—En mis sueños te tengo de muchas otras maneras, Izel. También sentada encima de mí, pero en movimiento —le hice un guiño.

—Cállate —siseó.

—Es la verdad. Soy sincero, tú no.

—Qué sabrás tú —negó.

—Más de lo que te imaginas, eres tan fácil de leer…

—¿Eso qué quiere decir? —frunció el ceño— ¿Y dónde narices vamos? El baño no está por aquí.

—Al que quiero ir sí. ¿No sabes que hay otro, aparte del grande principal?

—Eh, sí, claro, pero rara vez se utiliza.

—Pues hoy le vamos a dar uso. ¿Tienes frío?

—Un poco —susurró.

Asentí acelerando el paso, viendo de refilón como sus deportivas iban dejando un ligero rastro de agua con cada pisada. Cuando llegamos frente a la puerta del baño, la abrí y entramos. Después de asegurarme de dejar bien cerrado para que nadie entrara por sorpresa, me desabroché el abrigo.

—¿Qué haces? —me preguntó al darse cuenta, apoyándose en la encimera de mármol.

—Vas a tardar, ¿no? —caminé despacio hacia ella— Mejor que piensen que este baño no funciona o cualquier cosa que los aleje de aquí. Quítate la ropa de cintura para abajo y las deportivas —le pedí frente a ella.

—Estás bromeando —agrandó los ojos.

—No —me crucé de brazos—. Si no te quitas el pantalón tendrás que ponerte en una posición complicada para elevar las piernas hacia él, y los calcetines y las deportivas es más fácil secarlos si les da el aire caliente directamente.

—Esto es surrealista —bufó.

—¿A cuántas mujeres crees que he visto en ropa interior? —le pregunté con la cabeza un poco ladeada— No voy a sorprenderme.

—Ni lo sé, ni me importa —sacudió la cabeza—. Pero con lo poco que te conozco estoy segura de que sería imposible llevar la cuenta.

—Sí, ¿eh? —sonreí de medio lado— Empieza, sino quieres que lo haga yo.

—A contar —se rio.

—No, a desvestirte.

—No te atreverías —entrecerró los ojos.

—Ponme a prueba, falta muy poco para que lo compruebes.

—¿Puedes al menos darte la vuelta?

—Así estoy perfectamente —me apoyé en una columna y me crucé de brazos.

—Esto es increíble, joder —siseó.

Su cabreo me divirtió, pero la risa contenida quedó sustituida por la seriedad y la tensión en cuanto sus deportivas y los calcetines desaparecieron de sus pies, para desabrocharse el pantalón después. No me perdí detalle de cómo se lo bajó, de cómo le costó sacárselo al estar mojado, y de cómo se quedó gloriosamente en braga, de cintura para abajo.

Controlé todas las reacciones de mi cuerpo, todas, excepto la única que iba por libre.

—¿No decías que no te sorprenderías? Cierta parte de tu cuerpo está en desacuerdo contigo —susurró al darse cuenta, al tener el abrigo abierto.

Me separé de la columna para quitármelo. Lo dejé sobre la encimera y me puse a su espalda, muy cerca, pero sin rozar su cuerpo, mientras nos mirábamos por el espejo que teníamos delante.

—Que no me sorprenda no significa que no valore y aprecie lo que veo.

Le quité el pantalón de las manos temblorosas y le di al botón del secador. Con el aparato funcionando coloqué la prenda de ropa debajo de él,

extendida sobre la encimera, y esta vez sí, rocé su cuerpo a propósito con cada uno de mis movimientos. Sus pequeños suspiros fueron poniéndome cada vez más duro, aunque por el momento no lo notó porque mantuve esa parte de mi cuerpo lejos de su alcance.

Cuando terminé de poner bien el pantalón, puse los calcetines de forma que también les diera el calor y, por último, sujeté las deportivas cerca de la salida del aire.

—Sujétalas —le pedí y pasaron rápido a sus manos—. Pon los pies sobre mi calzado.

—¿Qué? No.

—Izel…

—No, te haré daño con mi peso —se justificó y arqueé una ceja.

—Súbete a mis pies, no puedes estar descalza. Debes tener los tuyos congelados y mojados como para que hagan contacto directo con el suelo.

—Estoy bien. De verdad. —susurró.

—No me hagas repetirlo —le pedí en un tono demasiado calmado como para que no lo tuviera en cuenta.

Ya empezaba a conocerme, por lo que me hizo caso, por fin. Subió los pies encima de mi calzado y acorté la distancia con la encimera, para que su barriga quedara apoyada en ella.

—¿El jersey no se te ha mojado?

—No —me respondió rápido.

—¿Estás segura?

—Sí —puso los ojos en blanco.

—Una pena —chasqueé la lengua.

—Para ti —bufó.

—Exactamente, hubiese podido disfrutar de un espectáculo impresionante y completo.

—Tampoco…

—¿Qué? —le pregunté al quedarse callada.

—Nada —negó.

—¿Qué? —insistí.

—Iba a decir que tampoco sería para tanto —se encogió de hombros—. Estoy segura de que estás acostumbrado a mujeres que…

—No sigas por ahí.

—Es la verdad.

—He dicho que dejes ese tema. Y no, para mí no es verdad.

Apoyé las manos en el borde de la encima, empujando su cuerpo con el mío hacia delante.

—Si te vieras con mis ojos… —le susurré al oído. Me encantó sentir como se estremecía.

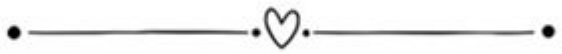
—Ves lo mismo que yo —tragó saliva.

—Por lo visto no.

Elegí justo ese instante para dejarla callada y sin respiración, de nuevo. Pegué todo mi cuerpo al de ella, dejando encajado entre sus nalgas el bulto de mi pantalón, sobre la fina tela de la braga.

—Si a ti te parece que esto no es para tanto… —le hablé rozándole la mejilla con los labios, mirándola en el espejo.

Capítulo 14



Izel

Me había vuelto loca. De remate. Absolutamente.

Era difícil pensar que lo que estaba viviendo era real, pero sí, y tanto que lo era. La prueba la tenía en la dureza encajada entre mis nalgas, en el calor del cuerpo pegado al mío y en el olor que ya era característico de Héctor. Para mi desesperación olía de maravilla, otra cosa para tenerle manía.

El cómo habíamos llegado hasta este momento parecía increíble, y lo rápido que se había dado…

—¿Qué estamos haciendo? —le pregunté susurrando.

—¿Necesitas aclaración? —habló sobre la curva de mi cuello y cerré los ojos.

—Para un momento —le pedí, pero no soné nada convincente.

—Mis manos se mueven solas.

Tal y como lo dijo las colocó en mis caderas y las subió acariciándome los costados, por dentro del jersey. El contacto me erizó la piel.

—Héctor…

—Dime todo lo que necesitas y te lo daré —me dijo mirándome en el espejo.

—Quiero respuestas, hasta esquivado mis preguntas —me mordí el labio inferior.

Dejó quieta las manos sobre mi estómago, rozando con las puntas de los dedos la parte baja de mis pechos. Me costó mantener las deportivas en la salida del aire caliente, cuando en realidad quería tirarlas y olvidarme de ellas, para girarme entre los brazos de Héctor.

¿Y después qué? Ya habíamos ido demasiado lejos, ¿o no? Tenía que huir de este hombre, era muy peligroso y el equivalente a pasarlo mal. Aparte de que era el hermano de Nico y si algo salía mal entre Héctor y yo… no, mi amigo Nico nunca me daría la espalda.

—Vine ayer por primera vez a esta empresa —empezó a decir y me olvidé de todo lo que estaba pensando, para centrarme en él. Apoyó la barbilla en mi cabeza y continuó—. Por eso insistí en saber qué te pasaba cuando nos encontramos en el rellano. Te pongo en situación.

—Sí, porque sigo sin enterarme —suspiré al notar las caricias de sus dedos sobre la piel.

Evité mirar en el espejo los bultos por dentro de mi jersey, los que correspondían a las manos de Héctor en movimiento.

—Ayer por la mañana recibí una llamada urgente de Ignacio. El sistema informático falló y no pudieron hacer nada desde aquí para solucionarlo. Sí, conozco a tu jefe, desde hace años —sonrió de medio lado.

—¿De qué? —lo miré con curiosidad.

—Casualidades de la vida que cuando esta quiere el mundo se hace pequeño. Ignacio fue durante años la pareja de mi madre.

Abrí los ojos al máximo por la sorpresa.

—¿Fue tu padrastro?

—Sí, pero nunca me ha gustado utilizar esa palabra. Me parece fría y distante, todo lo contrario, a lo que fue Ignacio para mi hermano y para mí. Para nosotros es nuestro padre, el que nunca tuvimos con anterioridad. Ejerció el papel a la perfección, nos cuidó, nos protegió y nos hizo felices. Aún lo hace todo.

»Hace cuatro años que mi madre y él se separaron, pero Nico y yo continuamos muy unidos a él. Nos llamamos y quedamos siempre que podemos. Nico e Ignacio más, al estar en la misma ciudad.

»El caso es que Ignacio conoce perfectamente a lo que me dedico y no es por ponerme en un pedestal, pero soy de los mejores en mi profesión.

—No me sorprendería que lo hicieras, teniendo en cuenta todo lo que dices sobre ti mismo… —sonrió al espejo, para mí.

—¿He dicho alguna mentira desde que nos conocemos?

—Alguna —me aclaré la voz.

—Mentirosa —amplió su sonrisa.

—Sigue contándome —le pedí para controlar mis nervios.

—Ignacio sabía que yo estaba en la ciudad, se lo dije para que supiera que nos veríamos pronto. Por eso me llamó ayer y me pidió que viniera, por las ganas que tenía de estar conmigo. Yo podría haber trabajado en el problema desde cualquier parte con mi portátil, sin tener que desplazarme.

»Cuando te vi en el rellano con tu amiga Pam yo salía para venir hasta aquí, por eso me chocó verte entrar en tu piso, cuando pensaba que estarías trabajando. Sí, sabía que esta es tu empresa, Nico me lo confirmó. Mi hermano estaba conmigo cuando recibí la llamada de Ignacio y al colgar me lo contó.

»No me lo ha dicho, pero sé que nunca te ha comentado lo que lo une a Ignacio, tu jefe, porque siempre mantiene la privacidad de su vida personal. Estoy seguro de que pensó que como no era algo que pudiera perjudicarte, todo lo contrario, era mejor quedarse callado.

—Así que tú eres el que está arreglando el sistema informático.

—Sí —me confirmó—. Ya deben estar trabajando todos con normalidad, he terminado con la fase más importante poco antes de que te escuchara llegar a tu despacho. Le pedí a Ignacio que me pusiera cerca de ti —me hizo un guiño—. Por eso lo de la sala de al lado.

—Madre mía —suspiré.

—Pero todavía no he terminado. Por así decirlo he hecho un apaño para que no frenéis por más tiempo el trabajo, ahora tengo que terminar de arreglar el daño para que funcione todo con normalidad.

—¿Durante cuántos años Ignacio estuvo con tu madre? —quise saber por curiosidad.

—Casi veinte años.

—Vaya —susurré.

—Ignacio no es mayor, ya lo sabes —asentí—. Tampoco lo es mi madre, nos tuvo a Nico y a mí bastante joven. Todavía se quieren, pero ninguno de los dos da el paso definitivo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Entonces por qué se separaron?

—Si los vieras hablar del otro, o cuando coinciden y se ven, lo tendrías tan claro como yo. Se separaron porque Ignacio viajaba mucho por trabajo, había semanas que no lo veíamos, y mi madre tenía muchas inseguridades. Los celos y la tristeza rompieron la relación, pero no el amor —se encogió de hombros.

—Es triste que, queriéndose, no estén juntos y tengan que pasarlo mal —hice una mueca.

—Sé que algún día todo volverá a su lugar, ambos lo desean en silencio. Mi madre solo ha querido a dos hombres en su vida, a mi padre biológico que falleció en un accidente cuando Nico y yo éramos muy pequeños, y a Ignacio. Y por parte de Ignacio, si presenciaras cómo recuerda a mi madre…

—Qué bonito y triste —me repetí, pero es que lo era—. Héctor…

—¿Sí?

—¿Qué significa esto?

—¿El qué, exactamente?

—Oh, vamos, ya los sabes —bufé dejando las deportivas sobre la encimera.

—¿Ya están secas?

—Es imposible que se sequen bien. Están empapadas, todavía les queda mucho, pero ahora quiero que me contestes sin rodeos —me giré entre sus brazos y levanté la cabeza, para encontrarme con su mirada—. Esto, tú y yo, ¿qué significa? Este encuentro es muy diferente a los que hemos tenido

hasta hoy, y yo… joder, me estoy volviendo un poco loca de tanto pensar —suspiré.

Con mi movimiento perdí el contacto y el calor de sus manos, pero lo que no me esperé fue que me agarrara de las nalgas por encima de la braga y que me las apretara acercándome a él.

—¿A ti qué te parece? —susurró mirándome fijamente.

—Que me estás tocando mucho.

Soltó una carcajada, antes de apoyar su frente en la mía.

—Sí y me sabe a poco, Izel. Necesito mucho más.

—¿Quieres…?

—Quiero descubrirte, llegar a conocer todo de ti. De tu cuerpo y de tu vida, y ahora mismo solo puedo pensar en lo primero.

—Es una locura —susurré.

—Lo sé, más que nada porque nunca he querido y necesitado algo con tanta intensidad.

Su confesión me dejó sin respiración. Acababa de darle voz a cómo me sentía yo hacia él.

—Solo voy a decirlo una vez y prometo ser bueno, portarme bien.

—¿De qué hablas? —apoyé las manos sobre su jersey, a la altura de su pecho.

—Si quieres que deje de tocarte y que mantenga las distancias contigo, este es el momento para decírmelo —hizo una pausa—. Si no lo haces, si te quedas callada, lo interpretaré como que tú quieres tanto como yo que suceda lo que tira de nosotros. Y no tendré final, Izel. ¿Lo entiendes?

—Eres un mujeriego.

—Porque nunca he querido comprometerme en una relación.

—¿Estás hablando de…?

—Tendremos que descubrirlo los dos.

—Y eres un creído.

—Mmm… me gusta ponerte nerviosa.

—No quiero que me hagas daño —negué.

Me agarró de la mandíbula, para acercarme a su cara.

—Dame una oportunidad para demostrarte que esto es lo que quiero. No hay nada más.

—Hasta que te canses de mí y quieras estar con cualquier otra, o con varias —tragué saliva.

—Dudo que alguna vez tenga suficiente de ti. No voy a cansarme nunca de perseguirte, de acorralarte, de alterarte y de tener muchas recompensas solo para mí, en las que disfrutaremos los dos.

—Demuéstrame que estoy equivocada, que puedo confiar en esta oportunidad que estoy dándote —le pedí.

A la mierda con todo lo demás, me lancé al vacío porque era demasiado como para resistirse a lo que mi cuerpo me pedía y a lo que mi interior sentía. Locura o no, estaba dispuesta a ver cómo iba.

—Joder, sí —gruñó Héctor.

Sus labios chocaron con los míos y ambos gemimos ante el contacto y el asalto de su lengua. El beso fue demoledor, con Héctor presionando mi cuerpo contra la encimera del baño, mientras sus manos me acariciaban moviéndose por todas partes, al igual que las mías, tocándolo por primera vez.

Se propuso dejarme excitada, temblorosa, caliente y sin respiración, y lo consiguió consumiéndome con la fuerza que desprendía. Héctor me dejó claro que era puro fuego, cálido y acogedor al inicio, irresistible a la hora de mirarlo y de disfrutar de la sensación, pero que se transformaba rápido en llamas ardientes que lamían todo a su paso, apoderándose de ello.

Podía sacar matrícula de honor en cuanto a besos se refiere, sus labios eran suaves, pero al mismo tiempo exigentes y duros. Se habían apoderado de los míos al primer toque, al igual que su lengua buscaba sin descanso a la mía, húmeda, caliente y demasiado excitante.

—No tienes ni idea de cuántas veces me he imaginado este momento desde que te conocí, en el que te besaba por primera vez —susurró sobre mis labios—. Me repetía una y otra vez que no iba a suceder, pero Nico tuvo razón.

—¿En qué? —susurré igual que él.

—En que no podría resistirme a ti y que contigo sería diferente —apretó la mandíbula, apoyando su frente en la mía—. Y ha sucedido, jodidamente ha pasado.

—Lo dices como si fuese algo malo —giré la cabeza e intenté alejarme de él.

No lo conseguí, me retuvo contra la encimera, pegándose aún más a mí.

—Eh, no hagas eso —me pidió y lo miré de reojo.

—¿El qué?

—Huir —soltó el aire despacio—. Si algo no te gusta dímelo, pero no te vayas privándome de tu contacto, de tu compañía.

Solté un pequeño grito cuando me subió de repente a la encimera. Me quedé sentada frente a él y me abrió las piernas, para ponerse entre ellas.

—No lo he dicho como si fuese algo malo, lo que me adelantó mi hermano.

—Pues ha sonado de esa forma —entreabrí los labios al sentir las caricias de sus manos en los muslos.

—No era mi intención, en mi cabeza sonaba como sorpresa, incredulidad —me dio un mordisco pequeño en el labio inferior y tiró de él, sin apartar los ojos de los míos—. Te follaría aquí mismo —gemí—, pero no he venido preparado —me lamió el labio, calmando la pequeña punzada de dolor que me provocó antes de soltármelo—. Llegará el momento, muy pronto, pero por ahora solo puedo darme un anticipo.

Se me quedó atascado en la garganta un sí gritado. Lo único que salió de mis labios fueron varios jadeos cuando me empujó por los hombros contra el cristal. Me quedé apoyada con ellos y la cabeza, mientras que Héctor tiraba de mis piernas hacia él, abriéndomelas más.

—Esto precisamente quería encontrar —habló con la voz ronca y sensual.

Volví a gemir al sentir varios de sus dedos deslizarse por mi zona íntima, de arriba abajo, varias veces, por encima de la fina tela de la braga.

—Estás mojada —apretó la mandíbula.

Bajó la vista, al mismo tiempo que colaba los dedos por el borde de la braga y la apartaba. Mis puls

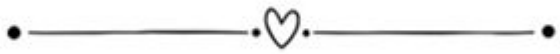
—Izel, Izel… —tuvo que aclararse la voz, por lo ronca que le salió.

—¿Qué? —arqueé la espalda, necesitando mucho más.

—Definitivamente no voy a tener suficiente de ti —buscó mis ojos y contuve la respiración, por la intensidad que transmitían los suyos—. Creo que nunca.

Esas fueron sus últimas palabras antes de lanzarse sobre mí. Gemí con fuerza, elevando la espalda, cuando la boca de Héctor me succionó y se adueñó de mi sexo, por completo, con su lengua lamiendo cada rincón y pliegue, también entrando y saliendo de mi interior, en pequeñas embestidas que terminaron por volverme loca.

Capítulo 15



Todavía me sentía ruborizada y sofocada.

Sonreía tontamente mirándome en el espejo del baño, sintiéndome muy saciada y como flotando.

Me encontraba sola, hacía unos minutos que Héctor se fue, no sin antes lanzarme una amenaza muy interesante y excitante. Desde que la escuché estaba deseando que la llevara a cabo. Salió del baño ocultando con el abrigo su gran dureza.

Me había dado dos orgasmos intensos con la boca, la lengua y los dedos, los que terminaron por relajarme del todo, mientras que a mí no me dejó ponerle las manos encima, más concretamente en su pantalón y en lo que escondía debajo de él. Héctor me dejó claro que si lo hacía le importaría una mierda no tener protección, que me follaría como deseaba y necesitaba. Palabras suyas, las mismas que me derritieron y me excitaron, a partes iguales.

Dirigí la vista a las deportivas. Volvía a tenerlas en la salida del aire caliente del secamanos. El pantalón ya lo había dejado más o menos bien, los calcetines sería lo último.

No calculé el tiempo, pero me llevó bastante terminar con todo, y, aun así, cuando me vestí y me calcé, noté el frío y la humedad, sobre todo en las

deportivas. No me quedaba otra que aguantar, así que salí del baño para regresar a mi despacho.

Conforme me acercaba me pregunté si Héctor estaría en la sala de al lado. Se había ido antes para continuar con su trabajo y para controlar que todo seguía funcionando bien. Cada vez que me paraba a pensar en cómo habíamos terminado en este punto me costaba creerlo. Y la relación que tenía Ignacio con él y con Nico…

—Eh, Izel.

Me paré al escuchar a Mateo y me giré hacia él, sonriente.

—Hola.

—Hola. ¿Estás bien? Se han escuchado tus gritos y los de Rubén, y por cómo ha salido sabía que había terminado muy mal.

—¿Ha sonado muy alto? —hice una mueca.

—Sí, pero tranquila, todos hicimos apuestas a tu favor —me dijo con un guiño, haciéndome reír.

—Rubén tiene lo que se ha buscado —me encogí de hombros.

—Eso lo sabemos todos, pero estábamos preocupados por ti. Cuando has salido quería acercarme, pero ibas acompañada por el informático que está trabajando en la avería y no he querido molestar.

—Es más que un informático —dije, pero no me referí solo a nosotros dos, sino también a su profesión.

—Quiero una buena explicación sobre eso, pero sea lo que sea, igualmente vamos a ponerlo en un pedestal. Ya funciona todo con

normalidad.

—Créeme, estará encantado de escuchar cómo lo subes a ese pedestal —sonreí, negando.

—Pues se lo haré saber. ¿Puedes bajar a la hora de siempre a desayunar? Como has estado liada…

—Da igual que siga dando vueltas desde que he llegado, el momento del desayuno es sagrado.

—Vale, pues te espero. Katia está en una reunión, antes de irse me ha dicho que bajará directa cuando salga. En este paseíto no nos mojaremos, por ahora ha dejado de llover.

—Estupendo porque vengo de secarme —me reí y sonrió—. Dame unos minutos.

Asintió sonriéndome y me giré dándole la espalda, para ir a mi despacho. Al volverme vi a Héctor. Mi mirada se encontró con la suya, ya que él estaba observándome de antes. Parecía serio, algo poco habitual en él. Tenía las manos en los bolsillos del pantalón y no llevaba el abrigo porque todo en él volvía a estar en su sitio. Todo menos su humor, por lo visto.

Sin hacerme ningún gesto apartó la mirada de mí y empezó a caminar. Solté un suspiro y lo seguí con la vista, iba en la dirección del despacho de Ignacio.

—Vaya…

—¿Qué? —me giré hacia Mateo.

No me había dado cuenta de que mi compañero y amigo continuaba junto a mí, hasta hace poco a mi espalda.

—Que si ese tío, el informático, hubiese tenido algún tipo de poder, yo ahora mismo estaría desintegrado a tus pies —dijo frunciendo los labios.

—¿Qué dices? —me reí por la tontería que…— ¿En serio? —elevé las cejas.

—¿Os conocéis? —me preguntó y asentí— ¿Habéis tenido algún tipo de acercamiento? —volví a asentir— Entonces es normal que haya querido hacerme desaparecer, por lo bueno que estoy.

—Eres idiota —le di un golpe en el brazo y terminamos riéndonos.

—En algunos momentos sí, pero no en este caso —arqueó una ceja—. Lo has puesto celoso y algo me dice que lo sabrás por él muy pronto. Te espero para bajar a la cafetería, tienes que contarme muchas cosas. Para que veas lo buen amigo que soy que no me importa que mi vida siga corriendo peligro.

Riendo, de esa forma me alejé de él. Cuando entré en mi despacho tenía una gran sonrisa en los labios que no se me borró durante un rato.

Por fin pude sentarme en mi silla. Hice muy poco, solo organizar el trabajo para cuando volviera de desayunar. Me quedaba un día bastante intenso de trabajo. Cuando terminé dirigí la vista a la puerta abierta de la sala. Héctor no la había cerrado y podía ver el interior desde mi posición.

Tenía dos portátiles abiertos sobre la mesa ovalada. Su abrigo estaba echado en el respaldo de una de las sillas. Solté un suspiro, me hubiese gustado verlo antes de ir con mis compañeros y amigos a la cafetería, pero estaba muy ocupado. Bastante tiempo le había quitado desde que llegué.

Me incorporé para ir al armario, donde me puse el abrigo y cogí el bolso. Caminando hacia la puerta me acordé de que al llegar no saqué el móvil y

lo hice en ese instante. No tenía nada importante, por lo que les envié unos mensajes a mis amigos, empezando por Pam.

Izel: *Hola, cariño. ¿Cómo te encuentras? ¿Has llevado mejor esta mañana? Imagino que si mi teléfono no ha sonado es porque hoy te has levantado mejor y tienes controlados los vómitos. Más tarde hablamos, bajo ahora a desayunar con Katia y Mateo, pero te adelanto que tengo varias novedades que contarte. Prepárate.*

Sonriendo porque cuando lo leyera iba a ponerse nerviosa, salí de la conversación para entrar en la de Adrián.

Izel: *Buenos días, mi queridísimo amigo desaparecido* —le puse una cara haciendo un guiño—. *Me encanta que estés disfrutando. Cuando tengas un momento para mí y puedas hablar con calma, llámame. Tengo que ponerte al día de las últimas novedades, algunas son muy importantes. Pero puede esperar. ¿Cómo te va con Ally? Vaya pregunta, ¿eh? ¿Os acordáis de que tenéis que comer comida para sobrevivir? Te quiero.*

No me dio tiempo a bloquear el teléfono cuando recibí su respuesta. Pam tardaría todavía un rato en ver mi mensaje si estaba trabajando. Esperaba que sí porque eso era una buena señal.

Adrián: *Buenos días, mi queridísima amiga dramática. Sé que mi felicidad es la tuya. Eh, ¿qué quieres decir con lo de las novedades importantes? Son para que salga corriendo hasta ahí, como para que te cambien la vida, o de esas que se quedan en nada porque le das más importancia de la que tiene.*

Izel: *Te estás perdiendo muchas cosas de mi vida. Sí, imagíname en modo dramática total. Ja, ja, ja… no te preocupes que como he dicho nuestra conversación puede esperar.*

Adrián: *Respondiendo a tus preguntas… Ally y yo estamos genial, satisfechos, saciados y con las necesidades de hambre y sed cubiertas.*

¿Tranquila, ya? Yo también te quiero y te echo de menos.

Izel: *¿Hablamos más tarde? Es la hora de ir con Mateo y Katia al desayuno.*

Adrián: *Claro, cariño. Perdona, no me he dado cuenta de la hora que es. Yo también voy a hacer un descanso, llevo un buen rato trabajando. Que aproveche y saluda a Mateo y a Katia de mi parte.*

Le envié el mensaje de despedida fuera de mi despacho. Cuando bloqueé el móvil y me guardé, levanté la vista localizando a Mateo hablando con Inés, otra compañera. Fui hasta ellos y después de intercambiar unas palabras con ella, Mateo y yo fuimos hacia el ascensor.

El desayuno fue genial, de la misma forma en la que me sentó por el hambre que tenía. Me comí un bocadillo pequeño con un zumo de naranja natural, y para terminar me bebí también un café con leche. Les expliqué a Katia y a Mateo todo lo que había sucedido con Rubén y el desenlace que tuvo, por lo que se alegraron y hasta aplaudieron silbando porque ya no íbamos a verlo más.

También les hablé de Héctor, para que tuvieran claro que no solo era el informático que Ignacio había contratado.

—Con razón —comentó Mateo, con diversión.

—No, te has equivocado antes —me reí negando.

—¿De qué habláis? —quiso saber Katia.

—Hace un rato Héctor nos ha visto hablar a Mateo y a mí, y según nuestro amigo —señalé a Mateo—, Héctor se ha puesto celoso. La verdad es que estaba serio, pero puede ser por tantas cosas… —me encogí de hombros—. Te aseguro que no tiene nada que ver con los celos.

—Ya… —sonrió de medio lado, acercándose la taza a los labios— Veremos a ver quién tiene la razón. Y por si no has caído, te recuerdo que soy hombre —elevó las cejas.

—¿Qué narices significa eso? —le pregunté riendo.

—Que entre ellos se entienden, se detectan, saben lo que piensan… esas cosas —me aclaró Katia y por lo visto acertó porque Mateo asintió a todo —. Lo que quiere decir que Mateo está en lo correcto y tú equivocada. Héctor se ha puesto celoso al veros juntos. Joder —suspiró—, con lo tremendo que está y el favor que le haría encantadísima… contigo ya está perdido.

—¡Katia! —le lancé uno de los picos del bocadillo que no me había comido.

Era la parte que menos me gustaba y dependiendo de cómo estuvieran los quitaba antes de comenzar a comer. Mi amiga soltó una carcajada esquivándolo, por suerte no le dio a nadie antes de caer al suelo.

—Eso es lo que piensan la mayoría de las mujeres que se cruzan con él —comenté doblando la servilleta, centrada en hacerlo para no mirarlos a la cara.

—Me he perdido —dijo Katia.

—Lo de que está tremendo y el favor que le harías —negué.

—¿Ahora quién está celosa? —me preguntó Mateo.

—Con Héctor es complicado no sentir celos y sabéis que yo no lo soy —hice una mueca, mientras que ellos confirmaban que no era celosa—. Tengo

la sensación de que no tengo ni idea de en qué me he metido —sacudí la cabeza—. Quiero confiar en todo lo que me ha dicho Héctor, pero…

—Hazlo —me interrumpió Mateo.

—¿Qué? —busqué su mirada.

—Que confíes en él —me respondió Katia.

—Exacto —continuó Mateo. Apoyó los brazos en la mesa para acercarse un poco más—. Te ha pedido que confíes en él, pues hazlo. Tal cual. No pienses y no juzgues por lo que era su vida antes de ti, todos nos encontramos en algún momento en un punto de inflexión que nos hace cambiar y ver las cosas de diferente manera.

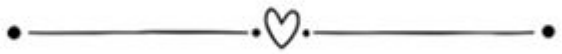
»Y, por supuesto, si estás en esa relación, aunque lleves menos de una hora en ella, no te calientes la cabeza con pensamientos que no te llevan a nada bueno. Le has dado una oportunidad a él para que te demuestre lo que necesitáis saber los dos, pues adelante. Si sale mal, si te falla, Héctor se lo perderá. Para ti será un aprendizaje más, pero no tiene por qué ocurrir nada malo.

—¿Quieres que nos encerremos en el baño para echar un polvo rápido? —le soltó de golpe Katia a Mateo, con un suspiro profundo— Cada día me pones más cachonda.

Mateo y yo estallamos en carcajadas, a las que se unió Katia, pero sin echarse para atrás en lo que había dicho. Con lo libre que era ella bien que tendría sexo con Mateo y después sería como si nada hubiera pasado. Pero él no traspasaría esa línea.

La verdad era que nunca se sabía, pero al menos yo sí que podía confirmar que en lo que menos pensaba ahora Mateo era en ese tipo de cosas. Aunque no lo expresara mucho estaba bastante afectado por la ruptura de Paola, aún le quedaba un tiempo para recuperarse.

Capítulo 16



—Tienes nueva compañía —me dijo Mateo, al cabo de un rato.

Estábamos alargando un poco el tiempo en la cafetería, el día y todo lo que había sucedido hasta ahora bien lo merecía. Total, ya no iba de diez minutos arriba o abajo.

—¿Cómo? —le pregunté.

Seguí la dirección en la que me señaló con la cabeza y me giré en la silla para encontrar a Héctor parado frente a la barra. Llevaba el abrigo puesto, lo que era normal al salir del edificio, pero los dos maletines que colgaban de sus hombros me dejaron claro que se iba y que había venido a buscarme para despedirse.

El estómago me dio una voltereta.

—Ve y olvídate de pagar. Hoy me toca a mí —me habló Katia, con una gran sonrisa.

—Gracias.

Me levanté de la silla, me puse el abrigo y caminé hacia Héctor colgándome el bolso.

—Hola —le dije parada frente a él.

—Hola —me correspondió y miró detrás de mí—. ¿Quiénes son? —me preguntó.

Mierda, pues iba a ser verdad la teoría de Mateo…

—Buenos amigos y compañeros desde hace años, se llaman Katia y Mateo. Eh… —llamé su atención, para que me mirara a mí— ¿Pasa algo? Estás muy serio. ¿Se te ha complicado el trabajo?

—Ya he terminado desde aquí, lo que me falta lo haré desde el piso de mi hermano. Al final de la tarde habré terminado del todo y el sistema informático de la empresa funcionará sin ningún fallo, como si no hubiera pasado nada.

—Vale. Estupendo —le sonreí—. ¿Entonces?

—Entonces ¿qué? —ladeó un poco la cabeza.

—¿Por qué estás así?

—Porque no estoy acostumbrado a sentir lo que siento.

—¿Cómo?

No me dio una respuesta, pero si algo que también quería mucho. Me agarró de la nuca y me acercó a él.

—Me voy ya, que tengas un buen día de trabajo —susurró sobre mis labios.

—Gracias. Tú también, aunque no estés aquí.

—Avísame cuando llegues a tu piso, para ir —me pidió.

—Lo haré —le confirmé, sintiendo los nervios de lo que significaba.

Cerré los ojos y me perdí en el beso que me dio. No fue suave, ni rápido, a pesar de que estábamos rodeados de personas y en un lugar público. Héctor me besó como debía estar prohibido, a no ser que se pudiera dar rienda suelta a la necesidad que creaban sus labios y su lengua.

Cuando terminamos de besarnos me di cuenta de que estaba mirando de reojo hacia la izquierda. Mateo pasó hablando con Katia y Héctor no lo perdió de vista.

—Es verdad —dije un poco alucinada.

No me esperaba para nada que Héctor fuera celoso, y menos teniendo en cuenta su apariencia y lo que provocaba con su sola presencia.

—¿El qué? —me preguntó con una ceja arqueada, masajeándome el cuello porque todavía me mantenía cerca con la mano.

—¿Te has puesto celoso por Mateo? —bajé el tono de voz.

—Joder, que sí —apretó la mandíbula.

Escucharlo de él realmente me dejó sorprendida.

—Por eso me largo —añadió.

—¿Qué quieres decir?

—Que estoy sintiendo demasiadas cosas nuevas y todas me alteran de diferentes maneras —se puso recto—. Las sensaciones son intensas y ya he

dicho que no estoy acostumbrado a sentir lo que siento. Necesito hacerme a la idea de ciertas cosas.

No se apartó más, pero fue suficiente para que notara la falta de su cuerpo y el calor que desprendía.

—Héctor…

—Tú no tienes la culpa de nada, soy yo y…

—¿Qué?

—Y esta puñetera posesividad hacia ti que no sabía que podía sentir y me tiene agobiado —se encogió de hombros, dejándome sin palabras—. No te asustes, no es nada grave, pero es nuevo para mí y necesito gestionarlo.

—Les he contado a Mateo y a Katia que estamos juntos —susurré.

—Lo has hecho, ¿eh? —sonrió de medio lado y asentí.

—Nos lo contamos todo. Mateo me ha dicho algo bonito al respecto y Katia le ha propuesto ir al baño a echar un polvo rápido y satisfactorio, porque la ha puesto cachonda —elevó las dos cejas—. Así son ellos, naturales, sin dobleces, increíbles, buenas personas y mejores amigos —sonreí.

»Mateo lo está pasando mal, hace pocos días que rompió su relación de años porque la convivencia se había vuelto insoportable y entre ellos iban de mal en peor. Es un buen hombre, Héctor, y me verás reírme con él, hacer bromas, abrazarnos porque yo cuando quiero, sea de la forma que sea, siempre lo demuestro.

»Todo lo que veas entre nosotros se basará en la amistad y el cariño, al igual que con tu hermano y con Adrián. Este último es mi persona especial, mira si quiero a todos los demás, incluida a Pam, pero Adrián siempre estará en cabeza. Va en ambas direcciones.

»Ah, y para que lo sepas, antes de que le hablara de ti a Mateo, me ha dicho que te había puesto en un pedestal por tu trabajo. Te digo todo esto porque…

—Lo he pillado, gracias —me sonrió, colocándome el pelo detrás de las orejas—. Ya me gusta un poco más ese Mateo —fruncí los labios—. Me encantará conocer a todas las personas importantes de tu vida, sobre todo a Adrián, aunque no puedo prometerte que no me comportaré como un idiota en según qué momentos o situaciones, siempre que tú estés de por medio —me acarició las mejillas con los pulgares—. Espero que algún día yo también esté por arriba de tu lista.

—Tú puesto no lo podrá ocupar nadie. Tendrás la exclusividad porque será único y especial, totalmente diferente del resto —susurré.

—Me gusta —se inclinó hacia mí, para susurrármelo cerca de los labios.

Nos dimos otro beso, el de despedida. Este fue más calmado y cuando nos separamos, se tomó su tiempo para abrocharme el abrigo y para levantarme bien el cuello, cubriéndomelo lo máximo posible.

Me parecía increíble estar descubriendo a este Héctor, al atento, al cercano, al cariñoso, al celoso y al posesivo. Incluso al que me producía ternura porque lo veía desubicado por lo que estaba sintiendo por mí. Lo entendía perfectamente porque a mí me sucedía lo mismo y todo había sido tan rápido entre nosotros…

Salimos a la calle y me acompañó hasta la entrada del edificio, donde volvimos a besarnos antes de separarnos.

De vuelta en la planta en la que trabajaba, antes de ir a mi despacho me dirigí al de Ignacio. Golpeé su puerta y enseguida me dio paso.

—Izel —dijo sonriéndome.

—Hola, jefe —le hablé animada—. Primero de todo quiero disculparme porque tendrías que haber estado al corriente del comportamiento de Rubén conmigo. No quise preocuparte y para mí, si no hablaba de ello, era quitarle importancia.

»En ningún momento me sentí atacada por él, lo único que conseguía era cabrearme algunos días, en otros me reía —me encogí de hombros—. Tampoco era continuo, a veces pasaba semanas sin verlo. Lo siento, Ignacio, no quiero que pienses que no confío en ti para sincerarme. Yo…

—Tranquila, Izel —me interrumpió señalando una silla.

Me senté en ella, abriéndome el abrigo.

—No tienes que justificarte conmigo, te conozco muy bien y sé cómo eres, tanto en lo personal como en lo profesional. Sí que lamento no haberlo sabido antes para quitarte un problema de encima, pero tú decidiste la forma de hacerlo y lo acepto. Por suerte aparecí y tomé el control en el momento justo.

—Sí —le sonreí.

—No sabes cómo me alegro.

—Bueno, pues voy a ver si empiezo a trabajar hoy —dije levantándome.

—Lo de Rubén no ha sido la única sorpresa que me he llevado —carraspeó y sonrió—. Ha sido todo un descubrimiento que conocieras a Héctor y también saber que eres vecina de Nico, y la relación que os une. Héctor me ha puesto al corriente de todo, mis chicos no podrían tener mejor compañía que contigo —me hizo un guiño.

—Oh, gracias —dije ruborizada—. Yo también me he quedado asombrada al saber de vuestra relación. Tantos años…

—Sí —sacudió la cabeza.

—Voy a… —señalé la puerta.

—Ve tranquila —asintió.

Salí de su despacho con la sensación de que todo estaba bien, en su sitio. Todavía no me había hecho a la idea de que Rubén no aparecería para tocarme las narices, pero igualmente sentía mucha paz.

Llegué a mi despacho dispuesta a encerrarme en él, para que me cundiera el trabajo. Cuando saqué el móvil del bolso y fui a mi silla, me di cuenta de que Pam me había contestado al mensaje. Con tantas cosas como habían pasado me había olvidado completamente de que le escribí.

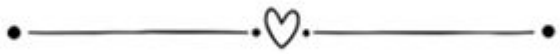
Pam: *Hola, preciosa. Desde que me he levantado tengo el estómago revuelto, pero por ahora no he vomitado. Me siento rara, pero comparado con ayer hoy estoy genial. ¿Qué novedades? ¿Por qué me lo sueltas y me dejas con la intriga? ¿Te pasas por mi piso cuando salgas del trabajo?*

Izel: *¡Cómo me alegro! ¿Cómo llevas los nervios? Claro que me paso por tu piso cuando salga del trabajo, porque como entre en el mío me da que no voy a salir. Ja, ja, ja… Te doy unos adelantos y después me pongo a trabajar, que aún no he hecho nada. Atenta. Mi jefe ha despedido a Rubén porque se ha sobrepasado conmigo, no te asustes. Héctor, el hermano de Nico, estaba aquí, en mi empresa. Me he llegado una fuerte impresión al verlo, y más cuando me ha defendido porque ha presenciado en mi despacho la discusión con Rubén. Después está la bomba de que Héctor e Ignacio, mi jefe, se conocen de años e incluso fueron familia. ¿Cómo te quedas? Yo loca. Ja, ja, ja… Y bueno, el remate ha sido que hoy me he besado muchas veces con Héctor, hasta hace poco que se ha ido. También han pasado otras cositas muy interesantes y placenteras entre nosotros, mientras estábamos encerrados en un baño individual que está apartado. Ahí me he quitado bastante ropa para poder secarla en el secador de*

manos, he llegado al trabajo empapada de rodillas para abajo, por lo que llovía. El caso es que Héctor y yo hemos empezado algo y no sé cómo saldrá. Al final de esta tarde continuaremos en mi piso, ya se ha ido y me ha dicho que lo avise cuando llegue a casa.

Terminé con varias caras de guiños y ella me envió gifs desmayándose y otros corriendo de un lado al otro. Me reí durante un rato, tuve que decirle que más tarde hablábamos, que le había dado mucho material para que lo fuera digiriendo hasta que nos viéramos. En cuanto dejé el móvil a un lado me centré en el trabajo, por fin.

Capítulo 17



Sonreí girándome en mi cama, recordando todo lo que había compartido con Héctor desde el día anterior.

Cuando salí del trabajo, ayer a las cuatro, me dirigí directamente al piso de Pam, tal y como quedamos. Ella ya se encontraba allí, terminaba de trabajar una hora antes que yo. Como las dos habíamos comido, nos acomodamos en el sofá a hablar.

Estuve con mi amiga hasta las seis y media de la tarde, le conté tranquilamente como me fue en el trabajo y las sorpresas que fui llevándome. Se quedó igual que yo, alucinada, pero terminó chillando emocionada porque me lie con Héctor. Me repitió varias veces que había elegido al hermano correcto, como si hubiera existido la posibilidad de estar con Nico… en fin, cosas de ella.

Hablamos de su embarazo, de cómo se sentía y de si sus pensamientos habían cambiado. La vi bien, animada y con buen aspecto, así que no me preocupé. Tenía muchas dudas y miedos, pero dentro de lo normal dada su situación. Al despedirnos en la puerta le recordé que el viernes por la tarde la acompañaría al médico.

El trayecto hasta mi edificio fue rápido, así que en menos de diez minutos estaba estacionando en mi plaza de aparcamiento. Subiendo las escaleras, a la mitad, me encontré con Gonzalo, el vecino cirujano que vivía en la tercera planta. Intercambiamos pocas palabras porque tenía prisa, lo habían

llamado del hospital por una emergencia, pero nos dio tiempo a comentar que ya tocaba quedar un día de estos.

De vez en cuando lo hacíamos, nos reuníamos en su piso porque duplicaba el tamaño del de los demás. Fermín y Norma siempre se apuntaban, al igual que Nico cuando no estaba viajando con el camión. Lo único que teníamos que esperar era a que Gonzalo nos avisara del día, era él el que solía marcarlos por las dificultades que tenía a la hora de tener tiempo libre.

Al entrar en mi piso fui directa a mi habitación. Me di una ducha rápida, con el agua bien caliente, y me puse cómoda con un pijama abrigadito. Héctor ya me había visto de esta forma y, de todas maneras, era lo que más necesitaba y lo hice. Después de comenzar el día muy pasada por agua, por el frío que pasé y por todo lo que vino a continuación en cadena, ducharme con agua bien caliente y el pijama de pelito fue el paraíso.

Completé mi conjunto con unos calcetines gordos para andar por el suelo y salí de la habitación decidida, para ir al piso de Nico a avisar a Héctor. No tuve que ir muy lejos porque al abrir la puerta me encontré con Héctor de frente. Apoyó una mano en el marco de la puerta, mientras su mirada me recorría de la cabeza a los pies. Por su sonrisa supe que le gustó lo que vio.

Él también vestía ropa cómoda, llevaba un pantalón largo de deporte, el tejido se apreciaba muy cómodo, y en la parte de arriba una camiseta de manga larga que tenía remangada. Me hizo gracia ver que en los pies se había puesto unos calcetines del estilo de los míos.

—¿Ibas a alguna parte? —me preguntó.

—Sí, a avisarte —le sonreí—. No suelo salir a la calle así —me señalé.

—Es una pena, crearías tendencia.

—No me lo digas dos veces que me lanzo, ¿eh? —me reí.

—Esperaba que llegaras más pronto.

—Al salir del trabajo he ido directa al piso de mi amiga Pam, para asegurarme de que se encontraba bien. Por suerte hoy no ha vomitado.

—¿Ya está recuperada del todo?

—Mmm… por ahora sí. ¿No vas a entrar?

—¿En serio me lo preguntas? —arqueó una ceja.

Me aparté suspirando por ese hombre, porque daba igual cómo fuera vestido, era un espectáculo para la vista, incluso cada uno de los movimientos que hacía al andar.

Héctor se quedó a cenar conmigo, pasamos el resto de la tarde en el sofá, hablando, acercándonos, besándonos, acariciándonos, descubriéndonos… y cuando tuvimos hambre preparamos juntos la comida y nos la comimos en la mesa de la cocina.

No hablamos de pasar la noche juntos, en ningún momento sacamos el tema, pero cuando llegó la hora se dio de una forma muy natural. Héctor me agarró de la mano y me llevó hasta mi habitación, y así, sin más, terminamos tumbados en mi cama, tapados con el nórdico.

Fue el cierre perfecto, al igual de perfecto que sentí su cuerpo sobre el mío, presionándome, calentándome, mientras se introducía despacio en mi interior, hasta alcanzar un ritmo frenético en cada una de sus embestidas. Nuestra primera vez fue para el recuerdo, cálida, excitante, ardiente y de locura. Nos dormimos abrazados, yo enseguida caí en un sueño profundo al calor del cuerpo de Héctor.

Habíamos estado juntos hasta hacía poco. Normalmente me despertaba con mucha facilidad, por eso lo escuché moverse por la habitación a las seis de la mañana, a pesar de que no hizo casi ruido. Me pidió que siguiera durmiendo porque todavía me quedaba una hora y media para que me sonara el despertador para ir a trabajar.

Se despidió de mí con un beso en la frente, susurrándome que iba al piso de su hermano a prepararse para salir a correr, como hacía cada mañana. Cuando regresaba se daba una ducha y empezaba a trabajar desde su portátil.

Me estiré en la cama, sintiéndome genial. La alarma del móvil sonó y la apagué levantándome. Me abrigué con una chaqueta de lana gorda para ir al baño y después fui a la cocina, donde me preparé el primer café del día. Me lo bebí frente a la corredera del balcón, sonriendo al ver el día tan bonito que hacía.

Estaba soleado, el mal tiempo del día anterior había desaparecido por completo, aunque si continuara nublado y lloviendo hoy, yo lo seguiría viendo todo precioso. Era por mi estado de ánimo, pero ojo, que no era que no me gustaran los días lluviosos. Al contrario, me encantaban al mismo nivel que los soleados, cada uno tenía su encanto, sus momentos perfectos para hacer según que cosas, o simplemente para no hacer nada.

Cuando me terminé el café dejé en el fregadero la taza y volví a la habitación para arreglarme. Frente al armario elegí un pantalón vaquero, de un estilo diferente al del día anterior, un jersey de canalé que quedaba ajustado al cuerpo y un chaleco que conjuntaba estupendamente. Me vestí con todo ello y me calcé los botines.

En el baño me lavé la cara, me eché la crema, y me puse un poco de colorete y brillo de labios. Eso fue todo, aparte de perfumarme y cepillarme el pelo. Decidí dejármelo suelto, a excepción de un par de mechones que sujeté a cada lado con horquillas, para tener despejada la cara.

Por último, me coloqué el abrigo y la bufanda, y cogí el bolso en el que metí el móvil, asegurándome también de llevarlo todo. Salí del piso y bajé las escaleras con calma porque iba muy bien de tiempo. A la mitad de ellas le escribí a Mateo para decirle que ya iba en camino, y recorriendo el aparcamiento hacia mi plaza, me llegó su contestación.

Me envió un mensaje de voz diciéndome que él ya estaba cerca de la empresa, que le quedaban pocos minutos para llegar y estacionar en su plaza. Se despidió comentándome que me esperaba en la cafetería y que iba a hablar con Katia, para ver cómo lo llevaba ella.

A medio camino conduciendo, el sonido de una llamada llenó el interior del vehículo y sonreí al ver en la pantalla digital de quién se trataba.

—Hola, mamá.

—Hola, hija. ¿Qué tal va la semana? Quise llamarte ayer, pero entre unas cosas y otras…

—Dejas a tu hija para lo último —comenté con humor.

—No puedo creerme que hayas dicho eso —jadeó.

—Es broma —negué.

—Lo sé —rio y me contagió las risas—. ¿Vas para el trabajo, cariño?

—Sí, me queda poco para llegar. ¿Cómo estáis? ¿Papá ya se ha recuperado del todo del resfriado tan fuerte que cogió? A mí también se me ha ido de la cabeza llamaros antes —suspiré.

—No te preocupes, si no es un día es otro, hablamos y nos vemos a menudo. Estamos bien, metidos en las rutinas de la mitad de la semana. Tu padre se ha recuperado, ya hace vida normal, aunque le ha quedado bastante

tos. Tiene que ir al médico porque el jarabe que le mandaron lo terminó hace varios días y yo no noto que haya mejorado.

—Que se lo miren bien, que no lo deje porque un resfriado mal curado puede complicarse cuando menos lo esperas.

—Sí. ¿Vendrás a comer con nosotros este fin de semana?

—Claro, pero que sea el sábado.

—Ya sé que los domingos son intocables para ti —sonó animada—. Pues el sábado nos vemos.

—Perfecto. Me viene genial que me hayas llamado, mamá.

—¿Y eso?

—Tengo algo que contaros, quería decíroslo en persona y este sábado sería genial, pero estamos a miércoles y hasta que llegue… no quiero que alguien que conoce a papá, a ti, y a mí, me vea por la calle, o en cualquier sitio, y dé la casualidad de que coincide con vosotros y os lo cuenta.

—¿De qué hablas? ¿Qué te ha pasado?

—Nada malo, tranquila. Para empezar Adrián se ha echado novia. ¿Qué te parece? —sonreí.

—Ay, ¿Adri ya no es libre? ¿Cuándo ha sucedido eso? —me preguntó sorprendida— Pero si estaba de viaje y…

—Precisamente ha conocido a Ally durante su último viaje de trabajo —me reí—. Regresó no queriendo nada con ella y queriéndolo todo, así que, como era normal, cuando ella volvió fue a buscarla al aeropuerto y pasó lo

que tenía que pasar. Están juntos desde el viernes pasado, es reciente, pero es de las historias que pintan estupendamente. Ya te lo contaré mejor.

—Como me alegro, hija. A ver si lo vemos pronto y se lo decimos en persona, porque tu padre también se podrá muy contento.

—Lo sé.

Así era, para ellos Adrián era como otro hijo más. A Pam también la adoraban. Sobre ella no hablé, preferí esperar al viernes para que el médico le confirmara a mi amiga que el embarazo iba bien, y entonces el sábado les daría la noticia a mis padres. Con ellos nuestros secretos estaban a salvo, siempre, y podían ser de gran ayuda para Pam.

—¿Y qué es lo que tienes que contarnos sobre ti?

—Acabo de estacionar en el aparcamiento del trabajo —le avisé quitando la llave del contacto.

—¿Vas a dejarme con la intriga? Habla rápido —me pidió impaciente y me reí.

—He conocido a un chico.

—¿Dónde? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Cuántos años tiene? ¿Cómo se llama? ¿Es separado, divorciado, soltero…? ¿Rubio, moreno, pelirrojo…? ¿Risueño o serio? Oh, hija, ya sabes que los serios son los mejores. Ahí tienes a tu padre que es capaz de hacerme temblar con una sola mirada. En él, el contraste de una sonrisa o una risa es… —suspiró.

Habló de carrerilla y no pude parar de reírme. Estaba enamorada de la relación de mis padres, me parecía tan mágico que ella continuara derritiéndose con tanta intensidad, con una sola mirada de él como acababa

de decir. Y que a mi padre se le fueran los ojos detrás de mi madre, cada vez que ella estaba revoloteando cerca.

—Ahora en serio, con que me digas que estás bien, feliz, es todo lo que necesito oír por el momento.

—Lo estoy y lo soy, mamá —le confirmé sonriendo, mientras salía del coche—. Es muy, muy reciente, se llama Héctor. El sábado tendremos muchos temas de conversación.

—Ya verás cuando se lo cuente a tu padre, va a querer encerrar a su niña con llave —soltó una carcajada y fruncí los labios—. Bueno, cariño, no te entretengo más. Que vaya bien el día.

—Gracias, mamá. Estoy caminando hacia la cafetería de al lado del trabajo, para tomarme el café de cada mañana con mis amigos, Mateo y Katia.

—Estupendo, pues disfruta del café y de la compañía. Te quiero, hija.

—Yo también os quiero. Besos para los dos y encárgate de controlar que papá no venga a mi piso por lo que te he dicho —dije con humor.

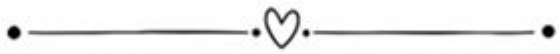
—Tranquila, con el tiempo he aprendido a hacerle placajes. Ya soy una experta.

—Sabes que es lo que te hace creer papá, ¿verdad? Él se deja y se queda quieto para que lo manosees.

Soltamos una carcajada, de esa forma nos despedimos y llegué frente a la puerta de la cafetería. Al entrar agradecí el cambio de temperatura al instante, a pesar de hacer un buen día de sol la temperatura era fría.

Busqué a mis amigos y encontré a Mateo sentado a una mesa de al lado del ventanal. Levantó la mano hacia mí y me dirigí hacia él. Katia todavía no había llegado.

Capítulo 18



Desvié la vista hacia la hora que marcaba la esquina de la pantalla del ordenador. Solté un suspiro al ver que ya eran las dos y media, faltaba media hora para ser libre hasta el día siguiente.

La mañana de trabajo me había cundido, por lo que estaba contenta al haber adelantado bastante. A excepción de la hora del desayuno, no había salido en ningún otro momento del despacho.

Bajé la mirada al único informe que me quedaba para terminar y comencé a leerlo, antes de ponerme a trabajar con él desde el ordenador. No llevaba ni la mitad de la primera hoja cuando unos golpes en la puerta me hicieron levantar la cabeza.

—Adelante —di paso—. ¡Adrián! —dije con un pequeño grito, levantándome de un salto de la silla.

Rodeé la mesa y corrí hasta él. Mi amigo, que había cerrado la puerta al entrar, abrió los brazos para recibirme. Me subí encima de él riendo, me impulsé con tanto ímpetu que tuvo que dar un paso inestable hacia atrás.

—Joder, voy a tener que irme más veces —dijo y nos reímos.

—Hola —le sonreí.

—Hola, preciosa.

Me dio un beso en la frente y me abracé a él con fuerza. Adrián caminó hacia mi mesa cargando conmigo y cuando llegó frente a ella me bajé. Me senté en el borde, mirándolo como si hiciera una eternidad que no lo veía.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —me preguntó por ese mismo motivo.

—Sí, es solo que desde que te fuiste con Ally han pasado muchas cosas y no estoy acostumbrada a que no seas el primero al que se lo cuento —negué sonriendo—. Ya te dije que tenía novedades importantes que contarte.

—Por eso estoy aquí —me hizo un guiño—. He aprovechado para pasarme por mi empresa, me han liado un poco allí, pero ya soy todo tuyo.

—¿Te quedas o vuelves a la casa de Ally?

—Vuelvo, pero vendremos el viernes y yo ya no me iré. No voy a saltarme nuestra salida de cañas y tapas.

—Guay, estoy deseando conocerla —di una palmada—. Aunque si te la saltaras este viernes por ella te lo perdono porque estáis empezando.

Adrián se rio sacudiendo la cabeza, dejándome claro que no iba a perderse el viernes noche con Pam y conmigo. Rodeé la mesa y ocupé mi silla, para recoger el poco trabajo que me quedaba pendiente y apagar el ordenador.

Todavía no era la hora de salir, aunque faltaba poco, pero no iba a esperar teniendo aquí a mi amigo.

—Te invito a comer —me dijo.

—Claro, lo daba por hecho —le hice un guiño abriendo el armario.

—Vas a aprovecharte de mí durante mucho tiempo, ¿no?

—Me encanta que me conozcas tan bien —le respondí con humor y nos reímos de nuevo.

Me puse el abrigo y la bufanda, y me colgué el bolso, en el que metí el móvil que cogí de la mesa.

—¿A qué restaurante quieres ir? —le pregunté yendo hacia la puerta.

—Tú decides, me da igual.

Dejé cerrado con llave el despacho y nos dirigimos a la zona amplia de trabajo. Fui despidiéndome de mis compañeros, desviándome hacia la mesa de Katia. Mi amiga estaba recogiendo, al igual que Mateo, por lo que vi desde lejos. Sus mesas estaban alejadas.

—Vaya, Adrián, te haces caro de ver, ¿eh? —le dijo Katia.

—Hola, preciosa —la saludó él.

Se dieron dos besos y Mateo se nos unió. Se saludaron también.

—Me alegro de verte —comentó Mateo, dándole una palmada en la espalda.

—Gracias, igualmente —asintió Adrián, sonriente.

—Tenemos que organizar una salida, ir a cenar estaría genial —lanzó la idea Katia.

—¿Te apuntarías? —le pregunté a Mateo.

—Claro, me sentaría bien —me hizo un guiño.

—Pues cuando digáis —comenté.

—Mejor habla con tu amorcito, no vaya a ser que él tenga otros planes para el día que digamos y venga a quitarnos de en medio a Adrián y a mí —frunció los labios Mateo.

—¡Eres tonto! —le di un pequeño empujón, riendo.

El único que no se rio fue Adrián, quien me observaba con las cejas elevadas, esperando una aclaración.

—Es una de las cosas que tengo que contarte —suspiré.

—Joder, ¿me alejo unos días y el mundo se gira totalmente? —habló sorprendido— Vámonos ya, tienes muchísimo que explicarme —me agarró del brazo y tiró de mí.

—Lo siento, me he adelantado —se disculpó Mateo.

—No pasa nada. Tiene lo que se merece por dejarme sola —le quité importancia porque no la tenía, en absoluto, pero aproveché para picar a Adrián.

Al salir corriendo me libré de la colleja de mi gran amigo y desde lejos me despedí de Katia y Mateo, hasta la mañana siguiente en la cafetería antes de entrar a trabajar. Adrián no tardó en ponerse a mi lado y me agarré de su brazo. De esa forma nos montamos en el ascensor y salimos del edificio, con Adrián mirándome todo el rato.

—¿Cómo lo hacemos? ¿Vamos en dos coches o me acompañas a dejar el mío en mi plaza para ir en el tuyo? —le pregunté.

—¿No vas a decirme a qué ha venido lo de arriba?

—Por supuesto, pero cuando no tengamos que separarnos para poder explicártelo todo de seguido —le contesté sonriente—. No quiero hacerlo por partes.

—De acuerdo. Te sigo hasta tu piso y vamos en el mío.

—Vale.

Le di un beso en la mejilla y me alejé de él, yendo a por mi coche. Montada y antes de arrancar, le envíe un mensaje de voz a Pam para saber cómo se había levantado. Esperaba que continuara con la racha buena del día anterior. Su respuesta me llegó casi al instante en un mensaje de texto.

Pam: *Hola, cariño. Te escribo porque tengo a compañeros muy cerca y no quiero que me escuchen. Esta mañana he tenido que ir rápido al baño al poco de poner los pies en el suelo, pero por suerte me he recompuesto con tiempo suficiente para arreglarme y salir para el trabajo. Por lo demás como siempre. ¿Cuándo empezaré a notarme diferente?*

Izel: *Bueno, ha sido poquito y controlado. Me alegro de que estés bien. No sé responderte a eso y no busques información porque entiendo que cada caso y mujer es diferente. El médico te aclarará el viernes todas las dudas que tienes, anótatelas para que no se te olvide nada de lo que quieres saber. Estoy fuera del trabajo, acabo de salir porque Adrián ha venido y vamos a comer. Regresará a la casa de Ally, pero el viernes estará de vuelta con ella, para nuestras cañas y tapas. Ah, las tuyas sin alcohol. ¿Cómo lo tienes para que vayamos a por ti ahora?*

Pam: *Jo, qué rabia. Todavía me quedan dos horas para poder irme. Estoy recuperando poco a poco el tiempo que perdí. Pasadlo muy bien y dale un abrazo a Adri de mi parte.*

Izel: *Lo haré en cuanto volvamos a estar juntos. Ahora estoy en mi coche, voy a dejarlo en mi plaza y entonces iremos al restaurante. Ánimo y acuérdate de comer, a ver si no vas a parar por adelantar.*

Pam: *Vale, mamá. Oye, puedes decirle lo de mi embarazo.*

Izel: *Ya me lo dijiste, pero ¿seguro que no quieres hacerlo tú?*

Pam: *De verdad, prefiero que me allanes el camino.*

Izel: *De acuerdo, porque no tardará en preguntarme por ti. Te llamo al final de la tarde, voy a arrancar el coche porque como tarde más tendré a Adrián golpeando la ventanilla, para saber qué me pasa. Ja, ja, ja…*

Pam: *Ja, ja, ja… Hasta luego.*

Nos enviamos los últimos mensajes con corazones y lancé el móvil al interior del bolso. Arranqué y salí del estacionamiento de la empresa. Mi amigo ya me esperaba preparado, por lo que se incorporó a la circulación detrás de mí.

Me libré de mi coche a los pocos minutos y fuimos con el suyo a uno de los restaurantes que más nos gustaba. Sentados a la mesa, uno frente al otro, con las copas llenas de vino, llegó la conversación que Adrián no retrasó más.

—¿Qué es lo de tu amorcito que ha dicho Mateo? —me preguntó con una ceja arqueada.

—Estoy con Héctor —le solté acercándome la copa a los labios—. A él se ha referido —bebí un sorbo.

—¿Y quién narices es ese? —frunció el ceño.

—Vale, ahí voy con el resumen. Héctor es el hombre que me encontré en la escalera de mi planta, con el que choqué y al mismo tiempo me salvó de una caída segura, cuando iba a encontrarme con vosotros en el bar el viernes pasado —elevó las dos cejas—. El caso es que cuando lo vi iba al piso de Nico, mi vecino. Son hermanos.

—¿En serio? ¿Nico tiene un hermano?

—Así me quedé yo cuando me enteré por sorpresa —levanté las manos en el aire—. El sábado que pasamos juntos tú y yo, te encontraste con Nico cuando te fuiste.

—Sí, había regresado del trabajo con el tráiler. Coincidimos en la entrada del edificio, yo salía y él entraba —dijo y asentí.

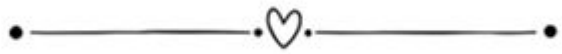
—Pues cuando él subió yo todavía estaba en el rellano, hablando con Fermín. Después del reencuentro, de las risas y de la ilusión, fuimos a su piso para hablar. Y habríamos cenado juntos, pero los planes cambiaron cuando llegamos a su cocina y me encontré con el hombre de la escalera.

»Ahí fue cuando supe que Héctor y Nico son hermanos —giré la copa, sonriendo—. No empezamos muy bien, pero… —carraspeé— Ahora estamos juntos y anoche fue nuestra primera noche —suspiré.

—Joder...

—Ya, ha sido todo muy rápido y totalmente inesperado —me reí nerviosa —. Pero todavía hay más.

Capítulo 19



Le conté a Adrián cómo me quedé cuando me encontré a Héctor en mi empresa, más concretamente apoyado en la puerta de la sala que daba a mi despacho. Llegar hasta ahí me llevó a explicarle mi discusión con Rubén y cómo se desarrolló con Héctor defendiéndome, para terminar con Rubén despedido cuando apareció Ignacio.

Después de que brindáramos porque Rubén ya no sería un calentamiento de cabeza para mí, lo puse al corriente de la historia que tenía mi jefe con los hermanos, Héctor y Nico. Mi amigo se asombró por todo, como es lógico. Fue de sorpresa en sorpresa porque las coincidencias a veces parecen bromas.

Continué hablándole de Héctor y de todo lo relacionado con mi empresa. Sí, incluido el momento íntimo que tuvimos en el baño, al que fuimos para secarme. Sin entrar en detalles le expliqué cómo fue, cómo Héctor provocó que termináramos enredados y cómo una cosa nos llevó a la otra, que fue el inicio de nuestra relación porque queríamos intentarlo por la atracción que sentíamos.

Mi amigo Adrián fue interpretándolo todo perfectamente, llegando al fondo de cada una de mis palabras. Me leía como nadie, por mis gestos, mis muecas, mis suspiros, el significado oculto de algunas palabras… supo ver las dudas y la ansiedad que me provocaba que lo mío con Héctor saliera mal, pero se mantuvo callado por el momento.

Cuando terminé pasé a decirle lo de Mateo, que no estaba bien porque había roto definitivamente con Paola. De esa forma dejé el plato fuerte para el final, el de nuestra amiga Pam.

—¿Con Ally todo bien? —le pregunté para ganar un poco de tiempo, aunque ya lo sabía de las veces que habíamos hablado.

—Sí —volvió a confirmármelo sonriendo—. Es genial y nos compenetramos muy bien.

—Te has equivocado —fruncí los labios.

—¿En qué? —elevó las cejas.

—En que no os compenetráis, es penetráis —solté una carcajada al ver su expresión los primeros segundos—. Se te pone cara de tontito cada vez que hablamos de ella —me reí de nuevo.

—Hoy estás fatal —se quejó divertido, lanzándome su servilleta.

La cogí al vuelo, sin poder parar de reír. Así me encontró el camarero que vino a traernos la comida. Me tranquilicé mientras el hombre colocaba los platos en la mesa. Pedimos nada más entrar al restaurante y todo tenía una pinta estupenda. Me entró más hambre de repente.

—Estoy deseando reírme cuando te vea con Héctor. Oh, porque será muy pronto, me voy a encargar personalmente de ello —sonrió con malicia—. Aún me parece mentira, joder —sacudió la cabeza.

—Lo mismo Héctor no lo permite, es muy serio cuando se lo propone —le saqué la lengua.

—Ya lo veremos —arqueó una ceja, bebiendo un sorbo de vino.

—Adri…

—¿Qué pasa? —frunció el ceño al ver el cambio que di.

—Pam está embarazada —solté de golpe, con un suspiro.

Al principio Adrián no varió la expresión, estuvo callado como si no me hubiera escuchado, hasta que poco a poco lo asimiló y abrió los ojos al máximo.

—¿Cómo que está embarazada? —me preguntó— Qué mierda…

—¿En serio necesitas explicación sobre el cómo? —arque una ceja— Porque tú lo has practicado mucho desde que conociste a Ally. Se enteró el sábado de que está embarazada y va a continuar adelante, sola.

—Pero… joder, no me digas que el padre es el imbécil de su trabajo. Ese tío se tira todo lo que se mueve —apretó la mandíbula.

—No es Quique —negué respondiendo rápido porque Adrián era muy capaz de levantarse en este mismo instante e ir a buscarlo.

—¿Entonces?

Le conté la historia de Pam con el amigo de su cuñado, lo que sucedió entre ellos en la celebración del cumpleaños de la hermana de nuestra amiga. Lo hice con mucha calma para que él se tranquilizara un poco.

—David le ha dejado claro que si sigue adelante él la ayudará en lo que necesite, pero que no quiere participar como padre.

—No entiendo como alguien puede decir eso —se frotó la cara.

—Otra cosa será lo que pase en realidad, porque las palabras sabes donde terminan en muchas ocasiones…

—Ya —negó—. ¿Cómo está?

—Con muchas dudas y asustada, aunque no lo dice —hice una mueca—. Los únicos que lo sabemos somos David, tú y yo, por ahora no quiere contárselo a nadie más. Supongo que está esperando ir al médico, será como terminar de creérselo para que sea realidad, y entonces hablará con su familia. El otro día tuve que ir a por ella a su trabajo, Pam le pidió a una compañera con la que se lleva muy bien que me llamara. Vomitó mucho, la encontré en el baño.

—Mierda… y yo no estaba —se pasó una mano por el pelo.

—¿Y qué? Yo sí —le sonreí—. Tú estabas disfrutando con Ally.

—Pero lo que os pase a vosotras no es negociable —bufó.

—Adri, Pam está bien —le agarré una mano por encima de la mesa—. Nadie podemos llegar a todo, lo importante es que no estuvo sola. Cuando nos fuimos de su empresa la llevé a mi piso y mientras yo trabajaba desde el portátil, ella descansó en el sofá haciéndome compañía.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—¿Para qué? Era una tontería hacerlo.

—¿Sigue vomitando?

—Ayer no, pero hoy sí —le informé—. Cogió cita para el médico el viernes por la tarde. Iré con ella y cuando le cuente todos los síntomas que tiene, seguro que la ayuda con vitaminas o algo más específico.

—Yo también iré.

—Pero…

—He dicho que os llevaré. Estaré con vosotras, no voy a dejaros solas —insistió—. Si cuando terminemos es tarde recogeré a Ally por mi piso para ir directamente al bar. Y si es pronto todavía, pues nosotros tres descansaremos un poco antes de volvernos a ver.

—Vale, pero relájate —le pedí dándole su copa—. Pam nos necesita apoyándola muy tranquilos.

—Lo sé, joder, y lo estaré, pero es que… —se pasó la mano por el pelo— No puedo irme tanto tiempo, ¿eh? Cambiáis vuestra vida en un parpadeo.

—Anda, y lo dices tú que te fuiste soltero a un viaje de trabajo y regresaste con pareja —solté una carcajada.

—No es del todo cierto —negó sonriendo—. Cuando volví continuaba soltero.

—Eso en tu cabeza, porque tu corazón ya lo había atrapado Ally y lo había encadenado —le saqué la lengua.

—Cuando tienes razón, la tienes —me dijo con un guiño y nos reímos, levantando las copas.

Brindamos, bebimos y comenzamos a comer que ya tocaba. La comida estaba deliciosa, los platos principales habían perdido el calor, pero nos dio igual.

—Volveré mañana —me dijo—. Y esta tarde llamaré a Pam —asentí.

—¿Ally vendrá contigo o llegará el viernes?

—Vendremos los dos, ya lo hablamos.

—Estupendo —sonreí y bajé la vista a la mesa—. Es Héctor.

Mi sonrisa se amplió al ver su nombre en la pantalla iluminada de mi móvil. Acababa de llegarme un mensaje.

—Oye, dámelo —le pedí a Adrián, entre risas.

Se movió rápido para coger mi teléfono, de la misma forma que se echó para atrás en su silla. Se alejó del alcance de mis manos, por más que intenté recuperarlo sin llamar mucho la atención, no pude.

—A ver a ver… —dijo y comenzó a leer el mensaje de Héctor. Adrián sabía mi contraseña, al igual que yo la suya— Hola, preciosa. ¿Hoy también vas a ver a Pam al salir del trabajo? No sé si has llegado al piso, yo no estoy en el de mi hermano. He estado haciendo gestiones durante toda la mañana y he terminado hasta las narices de ir de un sitio para el otro.

»He acabado justo a la hora perfecta para comer y he entrado a un restaurante. Aquí continúo, tomándomelo con calma. No me apetecía ponerme a cocinar al llegar, Nico no aparecerá hasta dentro de un rato. Quedó con unos amigos para comer.

»Cuando estés en tu piso avísame para repetir lo de ayer. Lo estoy deseando. No sé qué mierda me has hecho, pero no puedo dejar de pensar en ti.

—Idiota —insulté a Adrián, cuando por fin le quité de las manos mi móvil.

—Déjame contestarle a mí como si fueras tú —mi pidió conteniéndose para no reír.

—Si hombre —me reí negando.

—Pues entonces escribiré como tu amigo, para presentarme. Estoy seguro de que Héctor tiene tantas ganas de conocerme como yo a él. Por qué le has hablado de mí, ¿no? —arqueó una ceja.

—Pues claro —puse los ojos en blanco—. Y sí que tiene ganas, pero te advierto de que está descubriendo que es posesivo y celoso, así que no tiene muy por la mano el control sobre ello. Me lo ha dicho varias veces, según él no le había sucedido nunca —me encogí de hombros.

—¿Por qué te haces la indiferente cuando estás gritando y saltando de felicidad por dentro? —me preguntó con la sonrisa tirando de sus labios— Te encanta que esté así por ti. Te pone, te excita y te emociona, porque sus reacciones hablan por sí mismas y estoy seguro de que la solución para relajarlo es muy, pero que muy placentera —me hizo un guiño.

—Cuando tienes razón, la tienes —repetí sus palabras y terminamos riendo.

—¿Quieres postre?

—¿Pedimos uno y lo compartimos? —le propuse— Me apetece algo dulce, pero estoy bastante llena.

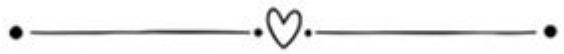
—Hecho. Voy al baño y aprovecho para pedírselo al camarero —me dijo y asentí.

Adrián me dejó sola y entré de nuevo en la conversación. Leí el mensaje yo y le contesté.

Izel: *Hola. Hoy no voy a ver a Pam, ya he hablado con ella. Pero todavía no he llegado al piso, Adrián ha aparecido por sorpresa en mi despacho y hemos ido a comer. A lo mejor damos una vuelta cuando salgamos, no*

tardaremos en hacerlo, pero no llegaré muy tarde. Yo también estoy deseando repetir lo de ayer. Cuando esté en el piso te aviso.

Capítulo 20



—Eh, preciosa —me dijo Nico, al abrirme la puerta de su piso—. Ahora no sé si ilusionarme, ¿vienes por mí o por mi hermano? —me preguntó con picardía.

—Por tu hermano —le contesté riendo.

—Auch —se frotó el pecho—. Igualmente te dejo pasar —me hizo un guiño.

Se apartó para que entrara y me paré en el salón.

—¿Héctor está?

—Claro —me sonrió.

—Es que quedamos en que le avisaría cuando estuviera en el piso y ya hace un rato que le escribí un mensaje y le llamé. No me ha respondido a ninguna de las dos cosas —negué.

—No se lo tengas en cuenta, le ocurre cuando está concentrado.

—Oh, ¿está trabajando?

—Sí, en su habitación —señaló con la cabeza hacia el pasillo—. Pero eres la distracción perfecta que necesita. Seguramente ha dejado el móvil a un lado y se ha olvidado de él, estará escuchando música con los auriculares y con lo metido que estará en el trabajo…

—Mejor le dices cuando acabe que venga a mi piso, no quiero molestarle. Tal vez vea antes mi llamada perdida y el mensaje.

—Hazme caso, Izel, necesita que lo desconectes. Lleva horas encerrado en su habitación, cuando he llegado ya estaba ahí.

—Tenía la intención de llegar más pronto, pero he comido con Adrián y después hemos dado una vuelta por la zona peatonal.

—Habéis hecho bien. A ver si quedamos antes de que tenga que volver a la carretera.

—Claro. ¿Sabes ya cuando tienes que irte?

—No, pero calculo que para la semana que viene.

—Qué poco te dura el descanso, para los días tan largos que estás fuera —hice una mueca.

—He hecho mis cálculos y creo que con cuatro viajes más lo podré dejar.

—¿En serio?

—Sí —asintió sonriendo.

—Me alegro —lo abracé y me correspondió apretándome a él.

—Gracias, preciosa. Y no solo por alegrarte por mis logros, sé que siempre lo has hecho.

—¿Entonces? —busqué su mirada sin soltarnos.

—Gracias, por cómo veo a mi hermano. Está diferente, para bien. Hacía mucho tiempo que no estaba tan relajado, que no le veía esa chispa tan necesaria y vital. Y lo hiciste desde que os conocisteis.

—Mmm… de nada —susurré ruborizada, sin saber qué más decir—. ¿Por qué nunca había venido antes?

—Tiene llaves de este piso desde poco después que yo, pero hasta hace una semana no ha parado de viajar. Su profesión le quita muchas horas delante del ordenador, pero también lo hacía pasar días completos metido en empresas por las que tenía que viajar constantemente.

»Esto último ya ha cambiado, si no te lo ha dicho lo hará en cualquier momento. Sabes que mi familia vive a unos kilómetros de aquí —asentí—. Héctor también, por lo que desplazarse para verme le suponía un tiempo que no tenía.

»Siempre hemos estado muy unidos y nada cambió eso, pero no sabes cómo me alegro de que haya aflojado —sacudió la cabeza—. Héctor me contó todo lo que sucedió en tu empresa, ya sabes la relación que tenemos con tu jefe, Ignacio. ¿Te molestó no enterarte por mí, después de tantos años?

—No —negué—. Me quedé un poco loca por la sorpresa, pero porque fueron varias de golpe —sonreí.

—Sí, estoy al tanto —asintió—. Ve y tira a mi hermano de la silla si hace falta —me pidió con un guiño.

Me reí, le di un beso en la mejilla, y caminé hacia el pasillo. Fui silenciosa porque volvía a llevar calcetines gruesos en los pies. Parada frente a la puerta la golpeé varias veces y esperé a escuchar la voz de Héctor. La segunda vez que lo repetí…

—Entra directamente, no te escucha —me pidió Nico, alzando la voz desde la cocina.

—Vale —lo imité.

Giré el pomo y sonreí como una tonta en cuanto vi a Héctor. Entré y cerré tras de mí. Él no se enteró de nada, como me había dicho Nico tenía unos auriculares puestos y estaba sentado frente al portátil, tecleando concentrado, dándome la espalda.

Caminé hasta ponerme detrás de él y me incliné hacia delante, manteniendo la distancia para no delatarme. La música que escuchaba estaba tan fuerte que podía oírla perfectamente.

Cuando estaba a punto de sorprenderlo, de separar una de las almohadillas redondas de su oreja para decirle hola, la sorprendida fui yo. Solté un pequeño grito cuando giró de repente la silla hacia mí y me agarró de la cintura, tirándome encima de él. Terminé sentada de lado sobre sus piernas, con la cara de Héctor enterrada en la curva de mi cuello.

—Pensaba que no sabías que estaba aquí —le di un golpe en el hombro.

Cuando levantó la cabeza estaba sonriendo.

—Y no lo sabía, me he dado cuenta en el último momento, por un ligero reflejo —señaló la pantalla del portátil.

—¿Eso me ha boicoteado la sorpresa?

—Ajá —dijo con un guiño.

—¿Qué haces trabajando a esta hora? ¿Tienes mucho que hacer? Tu hermano me ha dicho que llevas horas encerrado aquí.

—He empezado para distraerme, mientras te esperaba —arqueó una ceja.

—Al final he ido a dar un paseo con Adrián.

—Ya —ladeó la cabeza—. ¿Os lo habéis pasado bien? —me susurró al oído.

—Sí —suspiré—. ¿Terminas de trabajar y vamos a mi piso?

—Sí y no.

—¿No quieres ir?

—Iremos, pero todavía no.

—Claro, termina tranquilo —miré la pantalla del ordenador.

En ella había muchos datos, no entendí nada de los números y símbolos que ocupaban casi toda la pantalla. Todo me sonó como a otro idioma diferente al mío.

Héctor deslizó la silla hacia delante, para acercarse de nuevo, y con un brazo rodeándome la cintura y con el otro apoyado en el escritorio, empezó a utilizar el ratón y a teclear. Introdujo más información de la que había, imaginaba que era eso porque yo no entendía.

Me entretuve entre lo que hacía y en mirar el perfil de su cara, memorizando todas las mini expresiones que ponía cuando se concentraba, o algo no le salía como quería, o cuando se emocionaba porque conseguía avanzar. Mientras trabajaba metió la mano por debajo de la parte de arriba de mi pijama y comenzó a acariciarme el costado.

No llevaba sujetador. Salí del piso sin él porque pensaba que tardaría muy poco en regresar, el tiempo justo de avisar a Héctor para que viniera, ya que no respondía al móvil. Cada vez que subía la mano y movía los dedos con caricias, me rozaba el contorno del pecho de forma tentativa. Muy poco a poco fue ganando terreno, al contrario de mí que fui acelerándome enseguida.

Tenía la piel erizada y me sentía sensible por la anticipación de cómo terminaríamos en mi piso. Me sorprendió porque acabó demasiado pronto de trabajar, pero no iba a quejarme. Apagó el ordenador y bajó la tapa.

—¿Qué vas a querer cenar? —le pregunté pensando ya en estar en mi piso.

Era la hora perfecta, pero Héctor tenía otros planes diferentes a los míos.

—Para empezar, a ti.

No me dio tiempo a girar la cabeza hacia él, me llevó de los hombros hacia abajo y me quedé semi tumbada sobre él en la silla.

Solté un jadeo al sentir sus labios apresarme un pezón y succionar de él. Me levantó la camiseta del pijama de golpe y su boca fue directa a mis pechos, lamiendo, succionando, mordisqueando… las pulsaciones se me aceleraron y la respiración se me descompasó con pequeños jadeos de placer. De uno pasó al otro, como si no tuviera suficiente, repitiendo varias veces.

Le agarré del pelo y le ofrecí más, mi espalda se curvó notando como la humedad entre mis piernas aumentaba.

—Cuando he dicho que no nos íbamos a tu piso por ahora, era por esto, no por el puñetero trabajo —dijo y gemí. Tuve que morderme el labio inferior para controlar el sonido—. Primero voy a follarte aquí —giró la

lengua en círculos y le dio un toque a la punta dura, antes de tirar de ella con los dientes. Apreté las piernas por la necesidad que sentí.

—Héctor… Nico está… —cerré los ojos con todo el cuerpo palpitante.

—Mi hermano no va a entrar, te lo aseguro —susurró levantando la cabeza—. Quiero follarte en la cama, en el escritorio, en esta puñetera silla —temblé al escucharlo—. Necesito tener recuerdos en cada rincón, en cada superficie, para cuando no esté contigo acodarme de ti con las piernas abiertas, gloriosamente desnuda, y de mí empujando dentro de ti, con fuerza y hasta enterrarme en lo más hondo.

—Dios… —jadeé.

—Iremos poco a poco, o quizás mañana hagamos un maratón —succionó la punta dura de uno de los pezones y gemí estremeciéndome—. Abre las piernas.

Su voz sonó exigente, autoritaria y ronca. Le di lo que me pedía, abrí las piernas para él, mientras Héctor metía la mano por dentro del pantalón de mi pijama y de la braga.

—Joder, Izel… —siseó— Estás tan caliente, empapada y jugosa…

No me dio tiempo a decir nada, se levantó de la silla cogiéndome en brazos y me llevó hasta la cama. Estuve de pie unos segundos, los suficientes para que me sacara por la cabeza la parte de arriba del pijama y me bajara el pantalón y la braga de un tirón, liberándome de toda la ropa, incluido los calcetines gordos.

Completamente desnuda ante él, me tumbó bocarriba en la cama y empezó a desnudarse. Se alborotó el pelo al quitarse la sudadera, lo que lo hizo parecer más atractivo y apetecible. Lo siguiente fue el pantalón deportivo y me mordí el labio al ver que no llevaba bóxer. Su miembro

erecto dio una sacudida al sentirse libre y verlo apretárselo con la mano, moviéndola con fuerza varias veces, mientras sus ojos recorrían mi cuerpo, me excitó más y me dejó temblorosa.

Tuve a Héctor con la cabeza entre mis piernas en un parpadeo, sacándome los primeros gemidos intensos. Me tapé la boca con la almohada, por la vergüenza de que Nico me escuchara, pero no pude hacer nada para contenerme. Me corrí diciendo su nombre, mientras su lengua y sus labios terminaban de devorarme alargando mi placer.

Cuando se quedó satisfecho se tumbó sobre mí para besarme. Me probé en su boca y jadeé por la profundidad e intensidad que le dio al beso. Al separarnos estábamos jadeantes, yo todavía no me había recuperado del orgasmo, pero Héctor no me dio tregua.

Se incorporó y me llevó a mí con él, para girarme y dejarme en la cama con las manos y las rodillas apoyadas en ella. Me moví inquieta, mirándolo por encima del hombro. Fue hacia la mesita de noche, de donde cogió la protección que se puso rápido, igual de rápido que volvió a estar detrás de mí y tiró de mis caderas hacia atrás.

Gemimos al unísono cuando me embistió con fuerza, entrando con un movimiento duro y certero hasta el fondo. Ya me dio lo mismo si Nico me escuchaba, las sensaciones eran demasiado intensas como para poder pensar con coherencia. Lo único que quería mi cuerpo era continuar, sentir y volver a caer por el precipicio, llevándome a Héctor conmigo.

Me separó las nalgas y vi por encima del hombro como su mirada se había oscurecido, mientras observaba cómo entraba y salía de mi interior, teniendo un primer plano de la unión de nuestros sexos. Jadeé cuando me pellizcó el clítoris, al mismo tiempo que sus embestidas se hacían más constantes y duras.

Me agarré del nórdico para no irme hacia delante, con Héctor empujando dentro de mí sin descanso, a un ritmo frenético. Sin respiración, con los

labios entreabiertos intentando coger aire, gemí desesperada cuando me agarró del pelo y me levantó la cabeza, tirando de mí.

Ese fue mi final, me corrí sin control, gritando su nombre en un orgasmo intenso y demoledor. Héctor continuó hasta alcanzar el suyo, durante no sé cuánto tiempo siguió embistiéndome, provocando que poco a poco mi sexo volviera a activarse por él. Antes de dejarse llevar, me hizo correrme de nuevo, acariciándome el clítoris. Cuando volví a perderme en todas las sensaciones, él también se liberó con fuertes sacudidas.

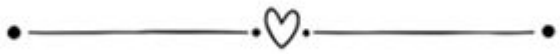
—Deliciosa —susurró sobre mi espalda y jadeé al notar su lengua deslizarse desde el final hasta arriba—. Primer recuerdo, quedan muchos más —me mordisqueó una nalga y gemí.

Se apartó despacio, haciéndome notar la perdida de la tensión de su miembro en mi cuerpo y su calor. En cuanto se quitó el preservativo se tumbó a mi lado y me arrastró hasta que me quedé con la mitad del cuerpo sobre el suyo. Nos tapó con el nórdico y suspiré, sintiéndome en la gloria. No había paraíso más bueno que este.

—Ahora sí, cuando quieras podemos irnos a tu piso para continuar. Aunque antes te dejaré comer para coger fuerzas —susurró sobre mi cabeza —. No puedo tener suficiente de ti, Izel.

—No quiero que tengas suficiente —murmuré sobre su pecho.

Capítulo 21



Levanté la cuchara hacia la boca, con la mirada fija en el sofá.

Estaba comiendo en la cocina de mi piso y desde la puerta abierta se veía la parte del salón del sofá, la mesa baja y la pared de enfrente donde estaba el armario y el televisor. Eran las dos y media de la tarde del viernes. Por fin había terminado la semana de trabajo.

Adrián regresó a su piso el día anterior, el jueves. Ally se instaló con él para unos días. Eso me dijo mi amigo, pero algo me decía que lo alargarían hasta que se dieran cuenta de que no querían separarse más. Para mí estaba claro porque desde que volvieron del viaje y se reencontraron, no se habían alejado. Por suerte la casa de Ally y la zona por la que se movía para trabajar no quedaba muy apartada de donde vivíamos Adri, Pam y yo. En menos de media hora lo tenía todo al alcance con un paseo en el coche.

Mi amiga Pam, conforme fueron pasando los días de la semana, fue poniéndose cada vez más nerviosa. Esta tarde a las seis tenía la visita con el médico para lo del embarazo, así que estaba que se subía por las paredes. Héctor habló con ella el mismo día que me sorprendió en mi despacho para ir a comer juntos, le dio todo su apoyo y la tranquilizó cuando ella se puso a llorar por los nervios y la incertidumbre que sentía.

Me llené la boca con otra cucharada de sopa, era lo único que me había apetecido para prepararme de comer. Hoy había pasado bastante frío, aunque la calefacción del trabajo funcionó como siempre. Me sentía un

poco destemplada, pero estaba bien. Solo era la sensación y que, por más que me abrigaba, porque lo había hecho nada más llegar al piso con varias capas de ropa encima, no conseguía entrar en calor.

La sopa estaba ayudando y esperaba que fuera el remedio perfecto.

Héctor no se encontraba en el piso de al lado, hoy se había tomado el día libre de trabajo y salió con su hermano por la mañana. Estaban disfrutando del día juntos, en el último mensaje que me envió me dijo que acababa de comprarse un par de pantalones en una tienda conocida. A esta hora también debían estar comiendo y no solos, porque al mediodía los acompañaba un amigo que tenían en común.

Me terminé la sopa y recogí la mesa, llevándolo todo a la cocina. Fregué lo poco que había ensuciado y fui al salón, para acomodarme en el sofá. Puse la alarma en el móvil, para despertarme con tiempo para ducharme y arreglarme, y me tumbé tapándome con la manta. Era justo lo que necesitaba, lo que me pedía el cuerpo. Solté un suspiro y me relajé, apretándome la manta al cuello.

Me quedé dormida enseguida, ni siquiera me di cuenta de que se me cerraron los ojos. Entré en un sueño tan profundo que cuando tuve que abrir los ojos y espabilarme me costó mucho. La alarma sonó y me quejé, así fue varias veces, hasta que me incorporé quedándome sentada en el sofá, resignada a activarme.

No me apetecía moverme del piso, pero Pam me necesitaba con ella. Fue lo único que me impulsó a moverme, por suerte sin frío. Mi temperatura se había estabilizado en la siesta.

Me di una ducha caliente que terminó por arreglarme el día. Fuera, después de secarme el pelo, saqué del armario un pantalón de pana y un jersey de lana, de cuello alto. Me vestí y volví al baño, para cepillarme el pelo y recogérmelo en un moño alto y despeinado. No me apeteció maquillarme un poco, aunque seguramente ya no regresaría al piso.

Cuando saliéramos de la consulta del médico me quedaría con Pam, mientras Adrián iba a buscar a su piso a Ally. Nos reuniríamos de nuevo en el bar de Roberto, al que íbamos cada viernes para cerrar la semana y dar la bienvenida al fin de semana. Esta noche tocaban cañas y tapas, y conocer por fin a Ally, la mujer que le había robado el corazón a mi mejor amigo.

Esperaba y deseaba que congeniáramos bien y que nos lleváramos bien, para mí era muy importante, por lo que significaba Adrián para mí.

Miré la hora en el móvil, antes de guardarlo en el bolso. Faltaban unos minutos para que mi amigo llegase con el coche, así que me puse el abrigo y me colgué el bolso. Iba a la mitad del recorrido de las escaleras, cuando me paré en la segunda planta para picar en el piso de Maca, la presidenta de la comunidad.

—Izel, qué sorpresa —me dijo sonriente, al abrir la puerta.

—Hola, Maca —le devolví el gesto—. Perdona que te moleste, pero ¿sabes cuándo arreglarán el ascensor? No es por mí, pero Fermín y Norma, que son los más mayores que tienen que llegar hasta la última planta, llevan subiendo y bajando las escaleras durante demasiado tiempo.

—Lo sé —bufó—. Estoy haciendo lo que puedo, de verdad. Hace dos días hasta me peleé con la gestoría que administra la comunidad —negó enfadada—. Cuando hay problemas serios nadie responde —suspiró.

—Pero ¿Por qué no contratamos a otra empresa por nuestra cuenta? A la mierda todos los demás, sino nos movemos nosotros no lo hará nadie. A la vista está. El ascensor no puede estar mucho más tiempo sin funcionar —sacudí la cabeza—. ¿Te ayudo a buscar una empresa, pidiendo presupuestos?

—Te lo agradecería mucho, Izel —se llevó una mano al pecho—. Yo ya no sé qué más hacer. busqué por mi cuenta, pero no se me dio bien. Los

precios que me dieron eran una barbaridad.

—Pues cuenta con ello. Localizaré las empresas y pediré presupuesto, a ver si no hace falta que vengan a ver cuál es la avería y los hacen rápido.

—Gracias, bonita —me sonrió agarrándome de las manos.

—No hay de qué —le hice un guiño—. Estamos para ayudarnos y sinceramente, como tenga que estar mucho más tiempo subiendo y bajando las escaleras, puedo cargarme a alguien —puse los ojos en blanco y nos reímos.

Me despedí de ella quedando en que la mantendría informada. Cuando salí a la calle Adrián ya me esperaba dentro de su coche, en doble fila. Caminé rápido hasta él.

—Hola —lo saludé, lanzándome a darle dos besos.

—Hola —me correspondió, devolviéndomelos.

—Conduce que tengo trabajo. Quiero quitármelo de encima rápido —le dije.

Me abroché el cinturón y saqué el móvil del bolso.

—¿Y eso? —me preguntó extrañado.

—No es de mi empresa —le aclaré mientras se incorporaba a la carretera para ir a buscar a Pam. Nuestra amiga era la que vivía más apartada de nosotros. No mucho, pero lo suficiente para que siempre fuese la última a la que íbamos a recoger—. Bajando me he parado a picarle a Maca, la presidenta de la comunidad.

»Es que no es normal que el ascensor siga sin funcionar después de tanto tiempo, es un cachondeo la que tienen liada —bufé—. Fermín y Norma

suben y las bajan las escaleras demasiadas veces, y en algunas de esas van cargados. Tienen que moverse para sus paseos y necesidades, y es una mierda que tengan que esforzarse tanto para llegar a su piso —negué.

»Le he dicho a Maca si quería que la ayudara y como me ha dicho que le haría un gran favor, pues voy a buscar empresas para pedir presupuestos. Ojalá dé con alguna que nos solucione el problema a buen precio —suspiré.

—Olvídate —me quitó el móvil de las manos.

—Eh, ¿qué haces? ¿Por qué?

—Soy tu solución —dijo sonriendo de medio lado—. Si es que no puedes vivir sin mí —se rio.

—¿Qué dices? ¿No me digas que conoces a alguien que trabaja en una empresa de mantenimiento de ascensores? —jadeé.

—Efectivamente, gracias a mi trabajo sabes que conozco a mucha gente de una gran variedad de sectores. Y para tu información el tío en el que estoy pensando me debe varios favores, así que… —me miró haciéndome un guiño.

—Dios, ¡te amo! —grité abrazándole del cuello, provocando que soltara una carcajada sin perder de vista la carretera—. Joder, podrías habérmelo ofrecido antes —suspiré.

—No soy adivino —arqueó una ceja—. Las pocas veces que hemos hablado del tema me has dicho que estaban solucionándolo, no tenía por qué meterme por medio —se encogió de hombros—. Pensaba que todo iba bien, yo qué sé. Tampoco es que hayamos hablado mucho de ello.

—Tienes razón. Da igual, te amo de todas formas —le dije muy animada, provocando que volviera a reírse.

—Te he salvado de una buena, ¿eh? —me miró de reojo, sonriendo de medio lado.

—Ya te digo —suspiré—. Voy a enviarle un mensaje a Maca diciéndole que pinta bien y que pronto le diré más.

Asintió y lo hice. Por la contestación de la mujer me la imaginé con ganas de llorar. La verdad era que debía ser desesperante cuando te mareaban tanto, bailando entre la rabia y la impotencia por no tener la solución al alcance.

Cuando llegamos frente al edificio de Pam ella ya nos esperaba apoyada en la fachada. Solo con la forma de caminar supe que no se encontraba bien.

—Hola —nos saludó al entrar en los asientos traseros.

Adrián y yo nos las apañamos para girarnos, para aceptar el abrazo que nos dio. Sobre todo, Adrián, porque el suyo fue más largo por los días que había estado alejado de nosotras.

—Hola, cariño —le sonreí—. ¿Quieres ponerte aquí? —me referí al asiento del copiloto.

—No, estoy bien —negó.

—Pues no lo parece —soltó Adrián, que no se le pasaba una—. ¿Te encuentras mal?

—Rara. Me duele la barriga y me siento cansada.

—¿Has vomitado mucho hoy? —me preocupé.

—Solo una vez, antes de salir para trabajar, con el primer sorbo de café de la mañana —se encogió de hombros.

—Te noto muy decaída —fruncí ligeramente el ceño.

—Es por lo que os he dicho. No hay nada más.

—¿Seguro? —insistió Adrián.

—De verdad —nos sonrió—. Ponte en marcha, no quiero llegar justa de tiempo —le pidió a él.

Adrián y yo nos colocamos bien en los asientos y nos miramos de reojo. Se incorporó a la carretera e hicimos el trayecto conmigo intentando sacarle conversación a Pam.

—Esta noche olvídate de salir —dijo Adrián, maniobrando para terminar de estacionar.

Acabábamos de llegar y habíamos tenido suerte de encontrar un coche que salía de un estacionamiento.

—Se anula lo del bar de Roberto —continuó él—. Ya comeremos las tapas y nos tomaremos las cañas el sábado por la noche, si te encuentras mejor. Si no, será para otro fin de semana. Tienes que descansar.

—Me quedaré contigo en tu piso —le dije girada hacia atrás.

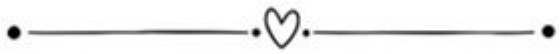
—No preocuparos por mí —nos sonrió con cariño—. Se me pasará.

—Pues cuando se te pase, hablamos —dijo Adrián, dando la conversación por finalizada.

No lo íbamos a hacer cambiar de opinión, así de mal veíamos a Pam. Yo lo apoyé en la decisión.

«Tardaré un poco más en conocer a Ally», me dije saliendo del coche.

Capítulo 22



En la calle, le ofrecí el brazo a mi amiga. Pam se agarró a mí con fuerza y comenzamos a caminar por la acera, yendo hacia el edificio en el que estaba la consulta privada de su ginecólogo de confianza.

Una vez llegamos subimos hasta la segunda planta, donde nos sentamos en la sala de espera. En el instante en el que una mujer apareció diciendo en alto el nombre de Pam, los tres nos pusimos en pie. Pam quería que entráramos con ella y fue lo que hicimos, así se lo hizo saber a su ginecólogo porque el hombre se sorprendió al ver a tanta gente dentro de la consulta.

Nuestra amiga le explicó porque había venido y su médico pensó que Adrián era el futuro padre. Pam enseguida lo sacó de ese error, diciéndole que los tres éramos grandes amigos desde hacía muchos años y que solo nosotros dos sabíamos de su estado, por el momento. No mencionó que el padre biológico también estaba al corriente y lo vi bien, porque como se había apartado él mismo, lo mejor era dejarlo al margen y en el olvido.

—Pues vamos a ver cómo va —dijo el ginecólogo, levantándose de su silla.

Hizo una llamada y a los pocos segundos una enfermera entró en la consulta. Ayudó a Pam y la fue guiando en todo lo que tenía que hacer. Después de que le hiciera unas comprobaciones rutinarias, llegó el turno de la intervención del médico.

Adrián y yo nos colocamos a cada lado de la camilla donde Pam estaba tumbada, mientras ella se agarraba a nuestras manos como si fuéramos sus salvavidas.

—Relájate —le pidió su médico, sonriéndole para tranquilizarla.

—Sí —dejó salir el aire de golpe.

—Me has dicho que hoy, aparte de los vómitos habituales, te encuentras rara —el hombre le habló preparándose para realizarle una ecografía vaginal.

Pam se lo confirmó y le explicó bien las sensaciones que sentía.

—De acuerdo. Nada de lo que me has dicho tiene que ser preocupante, podría ser normal, siempre y cuando todo esté bien —asintió él, sentándose en un taburete.

Pam nos apretó más las manos y Adrián y yo le correspondimos de la misma forma. Durante los siguientes minutos la consulta se quedó en silencio, a excepción por los ruidos que hacía el médico al moverse. En todo momento su cara fue de concentración, hasta que fue evidente que algo no le cuadraba.

—Tenemos un problema, Pamela.

Con esas palabras y por cómo la miró, supe que algo estaba muy mal.

—¿Cuál? —le preguntó Pam, con un hilo de voz— ¿Hay bebé? ¿Se ve bien?

—Con tan pocas semanas no se puede considerar bebé, pero sí, estás embarazada.

—Entonces, ¿cuál es el problema, doctor? —quiso saber Adrián.

Yo me había quedado pegada a mi amiga, helada.

—Lo lamento, tengo que interrumpir el embarazo.

—¿Qué? —gritó Pam y la agarré de los hombros, cuando quiso sentarse.

—Tranquilízate, déjale que se explique —le pedí tan nerviosa como ella. Y preocupada, mucho por mi amiga.

—Tu vida correrá peligro si no lo hago —continuó el médico, con la calma que le daba la experiencia de haber vivido la misma situación demasiadas veces, por desgracia—. Tienes un embarazo ectópico, Pamela. Estás muy nerviosa, te lo voy a explicar de una forma sencilla —los tres asentimos.

»En un embarazo normal el óvulo fecundado se implanta y se desarrolla en el útero, pero en los embarazos ectópicos, el óvulo se fija en una ubicación diferente, anómala, una de las más comunes es en las trompas de Falopio, como es tu caso.

»Esto se debe a que el óvulo fecundado tiene que desplazarse por las trompas hasta llegar al útero, pero no puede hacerlo lo bastante deprisa y se detiene antes de llegar. Hay otros sitios donde puede implantarse, pero la gravedad es la misma.

»Lo hemos cogido a tiempo, si hubiese crecido más habrías estado en un gran problema y como he dicho, peligrando tu vida. Es algo grave para tener muy en cuenta, podrías tener hemorragias severas y rápidas. Tenemos suerte de que estás de las semanas suficientes para detectarlo, y a la vez en las que favorecen el proceso sencillo, ya que con una inyección estaría solucionado.

»En un principio no tienes que pasar por quirófano si evoluciona bien. Lógicamente, una vez que te ponga la inyección, te haré un seguimiento para asegurarnos de que tu cuerpo poco a poco vuelve a la normalidad.

Tenemos que actuar rápido, los síntomas que tienes hoy, esos que me has dicho por los que te notas rara, son el comienzo de la gravedad.

—Yo… —tragó saliva Pam y le rodeé los hombros con el brazo, pegándome a ella. Estaba temblando— No tendré un bebé —susurró.

—Lo lamento, pero en esta ocasión no —aseguró el médico—. Pero podrás tenerlo. Esta experiencia no determina tus próximos embarazos. Solo deberemos tenerlo en cuenta y estar atentos, pero nada más.

—¿De qué se trata esa inyección? —le preguntó Adrián.

—Pamela cumple con los requisitos para podérsela administrar. Se trata de una simple inyección, a simple vista. Un pinchazo que salva vidas, pero que solo se puede administrar cuando no han pasado muchas semanas de embarazo, y siempre que el paciente esté bien de salud.

»Como es el caso de Pamela. Lo que provoca la inyección ya es otro tema. No voy a entrar en detalles porque te pondrás peor —le presionó una rodilla a Pam—, solo tenéis que saber que detiene el proceso y lo disuelve de una forma natural, sin ser intrusivo como una intervención quirúrgica.

»Cuando te la ponga, como te he dicho, te controlaré. Necesitaré hacerte analíticas para seguir la evolución y determinar si el tratamiento fue efectivo. La hormona del embarazo irá desapareciendo, hasta que no quede rastro de ella.

»En algunos casos, pocos, pero se han dado, las inyecciones fallan y entonces se requiere operación.

—¿Le dolerá? —le pregunté.

—Cada cuerpo es un mundo, por lo que en cada caso varía. Dolor en sí, no sentirá, lo que sí puede notar son molestias. Pamela, no te asustes si tienes más náuseas, dolores leves abdominales, si notas calambres, o si te da diarrea. Solo tienes que estar pendiente de que los síntomas son los normales y nada excesivos. En caso contrario llámame a cualquier hora, tienes mi número —Pam asintió. No podía hablar.

—Os dejo solos un momento, mientras lo preparo todo —nos informó.

—Gracias —le dijo Adrián.

—Ojalá la noticia hubiera sido otra —miró a Pam—. Eres joven y fuerte, estás sana. Volverás a quedarte embarazada y no tiene por qué ocurrirte lo mismo. La experiencia no es agradable, no puedo ponerme en tu situación porque están en juego muchos sentimientos, pero tienes que pensar que estás sobreviviendo.

—Gracias —le susurró Pam.

El médico asintió y se fue de la consulta, dejándonos solos.

—Cariño, todo va a estar bien —le dije hablándole muy bajo, apoyando la frente en su sien.

—No voy a tener un bebé —se rompió, sollozando.

—Pam… —le acarició el pelo Adrián.

—Voy a matarlo —negó.

—Eh, no digas eso —tragué saliva con dificultad—. Es tu vida, no se puede hacer otra cosa. Los tres sabemos que si hubiera una mínima posibilidad de llevar adelante el embarazo lo harías. Pero en este caso no hay opción, ya has oído al médico.

—Duele —escondió la cara en mi pecho y cerré los ojos con fuerza.

—Lo sé, imagino el dolor por las ilusiones rotas, y… y por todo.

—Estamos contigo —le dijo Adrián, antes de darle un beso en la cabeza.

—No quiero que nadie se entere —habló entrecortadamente—. Nadie sabrá que me quedé embarazada. Le contaré a David lo que ha pasado y se acabó, él guardará el secreto.

—Será como tú quieras —le confirmó Adrián.

—Sí —afirmé.

—Quiero irme a casa, que termine todo ya —habló llorando desconsoladamente.

De esa manera la encontró su ginecólogo cuando regresó con una bandeja. No dijo nada, respetó el dolor de Pam, y esperó el tiempo necesario hasta que ella tuvo la fuerza suficiente para dejarse pinchar. El médico le puso la inyección y ya está, se terminó de esa forma tan simple.

Tragué saliva y abracé con fuerza a mi amiga, cuando se aferró a mi cuerpo con desesperación. El momento fue desgarrador, de llegar ilusionados, contentos, a encontrarnos con una noticia devastadora y la única solución que había para salvarle la vida a Pam.

Nos despedimos del médico quince minutos más tarde, los que dejó a Pam tumbada en la camilla, mientras se tranquilizaba. Salimos de la consulta con una extracción de sangre programada y con una visita de control. En la calle, tanto Adrián como yo, no soltamos en ningún momento a Pam. Se dejó abrazar y guiar por nosotros, sin fuerzas.

Adrián nos llevó hasta la entrada del edificio de Pam y paró en doble fila.

—¿Quieres que te traiga el pijama u otra cosa? —me preguntó, girando hacia atrás.

Me había sentado con mi amiga en los asientos traseros.

—No, Pam me dejará un pijama suyo y no necesito nada urgente —le contesté.

—De acuerdo. En veinte minutos estoy aquí.

—¿Y Ally? —susurró Pam.

—Ella está bien, tú no.

—Solo necesito descansar.

—Y una mierda.

A pesar de lo tajante que fue, su voz sonó suave.

—Voy a pasar la noche con vosotras, no puedo quedarme tranquilo estando en mi piso, por si la inyección te da alguna reacción —nos dejó claro a las dos.

—Te diría que vinieras con Ally, pero no es el mejor momento —sonrió sin ganas.

—No voy a hacer eso —negó Adri—. Dejad de preocuparos por Ally. Ella lo entenderá enseguida y me apoyará para venir con vosotras. Y si no es el caso, dos problemas tendrá: entenderlo o entenderlo.

Nos quedamos calladas porque la reacción de Pam y la mía con respeto a cualquiera de nosotros, sería la exactamente la misma.

Me bajé del coche y le ofrecí la mano a Pam, quien me la agarró para no perder el punto de apoyo que la mantenía en pie. Subimos a su piso en el ascensor y lo primero que hicimos al entrar fue dirigirnos a su habitación. Nos quitamos la ropa y nos pusimos los pijamas, para estar cómodas.

La dejé tumbada en la cama, tapada con el nórdico, y fui a encender la calefacción. En el pasillo, antes de volver junto a ella, me apoyé en la pared y cerré los ojos con fuerza, al escucharla llorar. Cogí varias bocanadas de aire y fui con ella.

—Cariño —le susurré, metiéndome en la cama.

—Quiero estar dormida muchos días —hipó.

—Pasará —le retiré el pelo de la cara.

—Era mi bebé —dijo temblando—. Hacía poco que me había enterado del embarazo, pero, pero…

—Shhh… lo sé. No importa el tiempo, solo importan los sentimientos y tú ya te habías hecho a la idea de ser madre.

—Sí —me miró y le retiré las lágrimas con los dedos.

—No tenía que ser, cariño —le sonreí con tristeza por verla de esta forma —. Estabas en peligro, era tu vida. No había elección posible.

—¿Por qué ha tenido que ser así? —apretó los labios — No pensaba en embarazos, nunca me lo he planteado, pero una vez que me quedé, yo…

—Algún día serás una madre increíble —le coloqué detrás de la oreja un mechón se le resbalaba.

Me acomodé de lado frente a ella y la abracé. Pam se acurrucó contra mi cuerpo y continuó llorando, pero con un llanto más calmado. Teníamos por delante una noche muy larga, a la que pronto se uniría Adrián.

Me acordé de Héctor, pero no quise moverme porque Pam se relajó poco a poco. Fue adormeciéndose entre mis brazos y esperé hasta que se durmió del todo. Cuando estuve segura de que no se despertaría me aparté con cuidado y salí de la cama.

Cogí mi móvil del bolso, para desbloquearlo y escribirle primero a Adrián, y, por último, a Héctor.

Izel: *Adri, no piques al timbre. Acaba de quedarse dormida, avísame por mensaje cuando llegues y te abro.*

Su respuesta no se hizo esperar.

Adrián: *Vale, te escribiré. Salgo ya para allí, nos vemos en unos minutos.*

Izel: *¿Qué tal con Ally?*

Adrián: *Genial, ya lo sabía. Me ha pedido que me vaya rápido para que esté con vosotras.*

Izel: *Dile que me encanta, que la adoro, y todavía no la conozco en persona.*

Adrián: *Ahora se lo digo. Oye, ¿te apetece cenar japonés? Puedo pedir de camino y así lo prepararán mientras voy.*

Izel: *Una idea perfecta.*

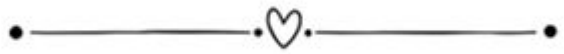
Adrián: *De acuerdo, a Pam también le gustará. Pues hasta ahora.*

Salí de la conversación con mi amigo y entré en la de Héctor.

Izel: *Hola. Hoy no podemos vernos ni un rato, antes de salir con mis amigos, como hablamos. Lo hemos anulado, mañana te lo contaré con calma. Pam nos necesita y estoy en su piso, Adrián viene de camino. Me quedo a dormir aquí, mañana nos vemos. Recuerda que tengo comida en la casa de mis padres. Vamos hablando, que tengas una buena noche.*

Le envié varios besos y esperé por si se ponía en línea, pero no vio mis mensajes y terminé bloqueando el teléfono. Le quité el volumen y lo dejé solo con la vibración, antes de guardármelo en el bolsillo central que tenía la camiseta del pijama. Fui a asomarme a la habitación de mi amiga y al comprobar que continuaba dormida y tranquila, me dirigí al sofá, donde me senté con los pies en el asiento, rodeándome las piernas con los brazos.

Capítulo 23



—Eh, ¿qué tal? —le preguntó Adri a Pam.

Ella acababa de entrar en la cocina, Adrián y yo llevábamos un rato tomándonos un café.

—¿Cómo te encuentras? —quise saber, sin darle tiempo a que respondiera.

—Relajaros, estoy bien —nos sonrió, pero fue una sonrisa desganada—. Lo único que noto son unas pequeñas punzadas, pero es una de las cosas que dijo mi ginecólogo. Las siento de tanto en tanto —se encogió de hombros.

—Te hago el café —le dije levantándome de la silla.

—Quédate ahí, no estoy impedida —me pidió mirándome por encima del hombro, haciéndome un guiño.

—Vale —suspiré.

Cuando terminó vino con su taza a la mesa y se sentó con nosotros.

—He dormido bien —nos dijo—. Sin despertarme.

—Bien —asintió Adrián.

—Hoy vas a comer con tus padres —me dijo.

—Ese era el plan, pero voy a anularlo.

—No lo hagas —me pidió—. No por mí. Quiero que vayas, y tú que vuelvas con Ally —miró a Adrián—. Únicamente necesito descansar, me moveré del sofá a la cama. Anoche sobró comida japonesa y será lo que coma al mediodía, incluso por la noche porque quedó bastante —se encogió de hombros.

—¿Estás segura? —fruncí ligeramente el ceño.

—Claro. Además, siempre puedo llamaros y os tendré rápido aquí.

—Eso no lo dudes —le confirmó Adrián y ambas le sonreímos.

—Dúchate antes de irte —me pidió.

—No, ya lo haré cuando llegue al piso. Me duché para acompañarte al ginecólogo y he tenido más tiempo puesto tu pijama que la ropa de calle. Estoy bien, si necesitara una ducha y ropa limpia para cambiarme iría un momento a mi piso.

—Vale —suspiró—. Creo que hoy voy a hacerme un maratón de las cuatro temporadas de la serie que he ido retrasando para ver.

—Es un plan genial —le hice un guiño—. Puedo unirme más tarde.

—Ah, ni hablar —me señaló—. Después de estar con tus padres tienes que compensar a Héctor.

—¿Compensar? —me reí— Ni que hubiera hecho algo malo —sacudí la cabeza—. Ya veremos —me llevé la taza a los labios y di el último sorbo.

—Anoche salió, ¿no? —me preguntó Adrián.

—Sí, con su hermano, y volvieron a quedar con el mismo amigo del mediodía.

—No me quedo muy tranquilo dejándote sola —le dijo Adrián a Pam.

—Estaré perfectamente. Mañana os dejo que vengáis a desayunar conmigo. Si sigo como ahora podemos bajar a la cafetería.

La cafetería en cuestión se encontraba a unos metros del portal de su edificio.

—Me gusta la idea —asentí sonriendo.

—A mí también —estuvo de acuerdo Adrián—. Dependiendo de cómo pases el día hoy y de cómo te levantes mañana, ya me dirás si quieres que venga con Ally o solo. ¿Vale?

—Ven con ella, estamos deseando conocerla —le pidió Pam.

—Bueno, mañana te llamaré a ver cómo estás.

—Valeee… —negó ella.

Esperé a que se terminaran los cafés y después de fregar las tazas, me puse el abrigo y me colgué el bolso, comprobando que tenía el móvil dentro. Era la una del mediodía, sí, tarde para tomar café, o no, según le apetezca a cada uno. Pero es que habíamos dormido muy poco y cuando conseguimos coger el sueño profundo ya muy de madrugada, por lo que nos habíamos despertado a las doce.

Adrián también se preparó para irse. Nos despedimos de Pam haciéndole prometer que nos llamaría por cualquier cosa, aunque le pareciese una tontería. A mí me dijo que, si quería desahogarme con mis padres, contarles lo que le había pasado, que lo hiciera sin dudar porque no le importaba que precisamente ellos lo supieran. Eran de las pocas excepciones que Pam quería hacer.

—Y a Héctor también —añadió—. Si te pregunta y das muchos rodeos para contestarle, para evitar decirle el motivo real por el que no te has separado de mí en horas, se enfadará al pensar que le ocultas algo. Adri se lo ha contado a Ally, Héctor también debe saberlo.

—Vale, como quieras —la abracé—. Cuídate, ¿sí? —le pedí con un beso en la mejilla— Te iré escribiendo.

—Yo también —habló Adrián.

—Qué, sí, pesados —nos sonrió.

Volvimos a despedirnos por última vez y nos fuimos de su piso. Adrián me llevó directamente hasta la casa de mis padres, porque cuando quisiera irme a mi piso me llevaría mi padre en su coche. Frente a la puerta de la casa nos abrazamos y nos dimos dos besos.

—Diles que otro día entro.

—Tranquilo, ha sido una noche muy larga —le acaricié el brazo.

—Sí —se pasó una mano por el pelo.

Le di un último beso en la mejilla y me bajé del coche, quedando en que iríamos hablando y que estaríamos pendientes de Pam. Esperé a ver el

coche de mi amigo desaparecer y entonces cogí el móvil para enviarle un mensaje a Héctor.

Sin moverme de la acera, le escribí que acababa de llegar a la casa de mis padres y que tenía muchas ganas de verlo.

Héctor: *Yo también tengo muchas ganas de verte, ni te lo imaginas. Disfruta de tus padres y de la compañía.*

Sonreí al leerlo y solté un suspiro. ¿A qué velocidad puede enamorarse una persona? Lo mío con Héctor era preocupante, cada vez tenía más necesidad de él. Era una locura, por el poco tiempo que hacía que nos conocíamos.

Guardé el teléfono y caminé hasta la entrada de la casa de mis padres, donde piqué al timbre. Fue mi madre la que me abrió, sonriente y radiante.

—Hija, hola —me saludó abrazándome con fuerza.

—Hola, mamá —le di un beso en la mejilla.

Entramos al salón, donde me quité la ropa de abrigo y me olvidé del bolso. No tardé en seguir el rastro del olor de la comida, este me llevó hasta la cocina, donde estaba mi padre con el delantal cortando verdura.

—Pequeña —dijo al verme.

—Hola, papá —fui hasta él.

Se limpió las manos y nos abrazamos. Durante toda mi vida los brazos más reconfortantes para mí habían sido los de mi padre, después los de mi madre, seguidos de cerca por los de Adrián. Aspiré su aroma a casa, a hogar, a protección y seguridad.

—¿Qué hay para comer? —pregunté cogiendo una tira de verdura, para llevármela a la boca.

—El estofado que tan delicioso le sale a tu padre y una crema de champiñones.

—Mmm… ya me ha entrado hambre —cogí otro trozo de verdura.

—Esa mano —se quejó mi padre, con diversión, dándome un golpecito para que la alejara.

—Es que no he desayunado —bufé.

—¿Por qué? Es sábado —se extrañó mi madre—. ¿Quieres? —me ofreció un refresco desde la nevera y asentí.

Sacó dos, uno para ella y otro para mí. Mi padre estaba bebiendo de un botellín de cerveza.

—Tengo que poneros al día de algo que no os imagináis —dije con una mueca, abriendo la lata.

Fui interrumpida por el timbre, lo que no me sorprendió porque era muy normal en la casa de mis padres. Si no se trataba de un vecino, era otro, pero todos tenían como un imán con respeto a mis padres.

—Cariño —me dijo mi madre y me giré, con los labios en la lata.

Agrandé los ojos al ver quién estaba a su lado, con una sonrisa pícara, observándome fijamente.

—Me ha dicho que te conoce —continuó mi madre.

—Eh…—carraspeé— ¿Qué haces aquí? ¿Cómo sabías dónde…?

—Mi hermano —me hizo un guiño.

Noté mucho calor en las mejillas, sabía que las tenía al rojo vivo. No estaba preparada para esto, no porque no lo quisiera, sino porque no me había mentalizado. Una cosa era contarles a mis padres que había conocido a un chico con el que había empezado una relación, cosa que no me había dado tiempo a hacer en persona, solo le di un pequeño adelanto a mi madre por teléfono. Y otra cosa bastante diferente era presentarles a Héctor.

Cuando él apartó la vista de mí y la dirigió a mi padre, al sentirse muy observado, entonces me acordé de mi queridísimo progenitor, protector a más no poder con su única hija. Mi padre y Héctor se mantuvieron la mirada, como si estuvieran desafiándose.

«Madre mía, y eso que todavía no los he presentado», me dije.

Pero daba igual porque lo que desprendía Héctor estaba claro, tanto como para que mi madre intuyera algo y mi padre supiera descifrarlo a la perfección.

No era mi intención ocultar a Héctor, no quería, así como tampoco nuestra relación, pero me hubiese encantado poder disponer de más tiempo para hablarles de él con calma, que lo conocieran bien por mí, antes de dar este paso. Ya no había remedio y sinceramente, ver a Héctor en la casa en la que me crie y crecí, darme cuenta de que estaba aquí únicamente por mí, seguramente porque no nos vimos el día anterior, me calentó por dentro y sentí una sensación de satisfacción increíble.

Pero tenía que cortar la batalla silenciosa de los dos titanes. Mi madre fue pasando de la sorpresa al entendimiento, mientras los observaba. Terminó por encajar todas las piezas y una gran sonrisa apareció en sus labios cuando nuestras miradas se cruzaron.

—Papá —me giré hacia él—. Mamá. Él es Héctor, el hermano de Nico, mi vecino, y el hombre con el que he empezado una relación.

Dejé la lata en la encimera y hablé mientras caminaba hasta Héctor. Cuando me puse a su lado me agarró de la mano, pero no perdió el contacto visual con mi padre.

—Cariño —dijo cantarina mi madre, pero no dirigiéndose a mí, sino a su marido—. Amor, que la niña acaba de presentarnos a nuestro yerno —continuó hablando animada.

Intentó hacerlo con disimulo, pero ni a mi padre, ni a Héctor, ni a mí, se nos pasó por alto la forma en la que le acarició el brazo a mi padre para llegar a la mano con la que sujetaba el cuchillo de cortar las verduras. Ella se lo quitó y lo alejó de él, sin borrar la expresión divertida de la cara. Me dieron ganas de reír. Mi madre me hizo un guiño, frotándole la espalda a mi padre.

Cuando él por fin dejó de observar a Héctor, bajó la vista hacia mi madre, encontrando otro objetivo. Pero ella era uno mucho más gratificante que el anterior.

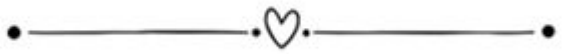
—Yerno —repitió mi padre.

—Claro, y ya mismo serás abuelo —soltó una carcajada y me uní a ella, para aflojar la tensión que sentía y que se había extendido por toda la cocina.

Los labios de Héctor se curvaron hacia un lado, mientras que mi padre continuó mirando fijamente a mi madre. No supe si estaba devorándola con la vista para darse un festín con ella después, o… sí, eso precisamente estaba ocurriendo. No tuve duda cuando le rodeó la cintura y pegó su cuerpo al suyo, para inclinarse y hablarle al oído a mi madre.

Ella se ruborizó un poco y sonreí porque así había crecido, nada había variado. Mis padres eran el vivo reflejo de la felicidad, del amor y de la pasión más cruda y real.

Capítulo 24



—Así que el hermano de Nico. ¡Qué sorpresa! —comentó mi madre.

—Sí —confirmó Héctor—. Es un placer conocerlos, a los dos.

Lo último lo dijo volviendo a mirar a los ojos a mi padre.

—El placer es nuestro, Héctor —le sonrió con cariño ella, caminando hacia nosotros—. Mi marido se llama Álvaro y yo Marina.

Le dio un abrazo y tuve que apretar los labios para no soltar una carcajada, al escuchar el gruñido de mi padre. Mi madre no se cortó, no se contuvo para nada, le encantaban las muestras de posesión de mi padre. Se rio con ganas.

—¿Cómo os conocisteis? —nos preguntó mi padre.

Di un pequeño respingo porque recuperó el cuchillo y lo lanzó hacia abajo con fuerza, destrozando una parte del pobre pimiento que no tenía la culpa de nada.

Fue Héctor el que, sin ponerse nervioso en ningún momento y mostrándose muy tranquilo, quiso contar nuestra breve historia. Durante todo el tiempo que habló lo observé embobada. Les explicó a mis padres cómo fue nuestro primer encuentro en las escaleras del edificio donde yo

vivía, tal y como se dio. Y así fue detallándoles todas las ocasiones que nos vimos, hasta que no pudimos resistirnos a la atracción y decidimos ponerle remedio. El resultado fue nuestra relación.

Lo de la atracción lo dijo con la vista fija en mi padre, el que frunció el ceño al escucharlo. Mi madre estaba encantada con todo lo que oía y nos lo hizo saber con pequeños comentarios de aprobación. Cuando Héctor terminó de hablar todo quedó claro, incluso lo que me pasó en mi despacho con Rubén: el enfrentamiento que hubo y el despido posterior.

Mis padres quedaron encantados con eso y tuve que contenerme otra vez para no reírme, cuando mi padre me preguntó si sabía dónde vivía Rubén, o por dónde se movía. Después de varias bromas de mi madre sobre ello, se dirigió a Héctor.

—¿Te apetece un refresco? O prefieres una cerveza —le preguntó.

—Una cerveza —le contestó.

Ella la sacó de la cocina y se la dejó en la encimera de la isla central, justo enfrente de mi padre. Nos acercamos para que la cogiera y yo aproveché para recuperar mi lata de refresco. Di varios sorbos, sonriéndole a mi padre. Había buscado mi mirada para asegurarse de que estaba feliz y lo vio rápido porque terminó soltando un suspiro.

—Encantado, Héctor —le dijo, ofreciéndole la mano.

—Igualmente, Álvaro —le correspondió él, con cara de satisfacción por haberse salido con la suya.

Mi padre lo detectó enseguida, pero volvió a mirarme y sacudió la cabeza. Con eso supe que lo peor ya había pasado, ahora solo le quedaba asimilar que su hija tenía una relación con un hombre que podía competir

perfectamente con él. Y ya os digo que nunca había sucedido anteriormente con las pocas relaciones de mi pasado.

Muy pocas personas podían ponerse a la altura de mi padre y seguirle el ritmo. Lo normal era que intimidara y asustara, pero a Héctor no le había hecho ese efecto, todo lo contrario, se había puesto a su nivel.

Estuvimos unos veinte minutos en la cocina teniendo una conversación fluida y relajada, mientras mis padres terminaban de preparar la comida.

—Tengo algo que decirte —me susurró Héctor al oído.

—Ven —lo agarré de la mano.

—La puerta abierta —soltó mi padre, sin mirarnos, cuando salimos de la cocina.

—¡Álvaro! —mi madre dijo su nombre a modo de queja, riéndose.

—¿Qué? Esta es mi casa —se justificó él.

—No le hagáis caso, haced lo que queráis —nos animó mi madre—. Yo lo contengo —dijo haciéndome un guiño y no lo dudé ni por una milésima de segundo.

Seguramente serían ellos los que tendrían que contenerse más de la cuenta porque visualicé perfectamente a mi madre aprisionada entre la encimera y el cuerpo de mi padre, mientras él… mmm… nada, fuera esos pensamientos. Que sí, que cuando regresáramos Héctor y yo, tendríamos que hacer mucho ruido desde el pasillo para que nos escucharan y fuera como un aviso.

Llevé a Héctor hasta la que fue mi habitación, la que continuaba tal y como la dejé cuando me fui para independizarme. Yo también necesitaba

estar un rato a solas con él. Pensé que primero hablaríamos, ya que me había dicho que tenía algo que decirme, pero en cuanto cerré la puerta me agarró del brazo y me atrapó contra la pared, a escasos centímetros de la puerta.

Jadeé al sentir su muslo presionando mi zona íntima. Me abrió las piernas para colar la suya. Nuestras bocas chocaron en un beso muy caliente y húmedo, agresivo por querer más del otro, sin conseguirlo. Nuestras lenguas se buscaron con ansias y mientras nos devorábamos, nuestras manos palparon y acariciaron el cuerpo del otro. Gemí en su boca al notar más presión de su muslo, justo donde lo necesitaba.

—A mi padre le daría algo si supiera… —me mordí el labio inferior.

—Lo lamento, pero me importa una mierda —me lamió los labios, apretándome a la pared—. Te necesito —me acarició la oreja al hablar—. Ahora.

—¿Aquí?

—Oh, sí. Han pasado muchas horas —dijo con un pequeño gruñido.

Creí que no lo decía del todo enserio, pero despejó mis dudas cuando me desabrochó el pantalón y me lo bajó de golpe, junto a la braga. Me liberó de la ropa, sacándomela por los pies, después de quitarme el calzado. Desnuda de cintura para abajo, me subí a su cuerpo, rodeándole el cuello con los brazos y la cintura con las piernas, con fuerza.

—Hazme tuya —le pedí susurrando sobre sus labios—. Me tienes abierta y muy excitada. Te quiero dentro, embistiéndome con fuerza y hasta lo más hondo —le mordí el labio inferior.

Soltó otro gruñido, esta vez un poco más alto, al hacer lo que le pedí. Entró en mi interior con una embestida dura y profunda. Gemimos al

unísono ante las sensaciones.

—Joder… —siseó— Me vuelves loco.

Con esas palabras se apoderó de todo mi cuerpo y de mi cordura. Sus labios atraparon a los míos, mientras movía mi cuerpo a su antojo, llenándome a un ritmo de locura. Nuestros gemidos de placer cuando nos liberamos quedaron amortiguados en la boca del otro.

Cuando la calma llegó, se quedó dentro de mí, con la frente apoyada en la mía.

—No he utilizado protección —susurró.

No vi remordimiento ni preocupación en él, ni una pizca.

—No pasará nada —me mordí el labio inferior.

—¿Y si pasa? —se separó un poco, para ver bien mi cara.

—No adelantemos nada, no tiene porque…

—Izel, ten claro que no voy a irme, ni siquiera en las peores épocas.

—Héctor… —murmuré.

—Lo que quiere decir, que, si te dejo embarazada, será un motivo de felicidad. Solo quería que lo supieras porque te puedo asegurar que ahora que te he probado piel con piel, ya no voy a poder parar.

—Dame tiempo para ir al médico a que me recete un anticonceptivo.

—¿Cuánto? —apretó la mandíbula y contuve la respiración cuando rotó la cadera, moviéndose en mi interior.

—¿Dos semanas? ¿Un mes?

—Es mucho —gruñó.

—Comparado con toda la vida no es nada —le di un beso rápido en los labios.

Mis palabras le agradaron, muchísimo, porque volvió a moverse en mi interior, solo por el gusto de sentir el placer, porque no fuimos a más. Simplemente disfrutamos de nuevo de las sensaciones que nos provocábamos.

Nos recompusimos en el baño de mi habitación, nos aseamos y nos vestimos bien entre besos robados. Al volver a la habitación nos sentamos en el borde de la cama y le respondí a todas las preguntas que me hizo sobre mi infancia y adolescencia. Héctor le puso mucho interés a saber todas las cosas sobre mí y me encantó como me hizo sentir.

Un rato más tarde salimos para reencontrarnos con mis padres. Antes de hacerlo, le pedí a Héctor que cuando estuviera en el pasillo se riera. Al principio me miró extrañado sin entender mi petición, hasta que comprendió el motivo detrás de hacer ruido. Me hizo un guiño y en el pasillo, agarrados de la mano, nos reímos con ganas, caminando a pasos muy lentos para dar más tiempo.

Mis padres continuaban en la cocina, con la comida casi hecha. Fruncí los labios al ver ladeado el delantal de él, y la blusa de ella con algunos botones desabrochados, a lo que le puso solución rápido, con una sonrisilla que se sumó a las pruebas evidentes.

—Ya mismo comemos —dijo mi madre—. Contamos contigo, Héctor. No te lo hemos preguntado, pero damos por hecho que te quedas a comer con nosotros.

—Por supuesto. Es un placer —asintió él, confirmándolo.

—Maravilloso —dijo con entusiasmo, dándole con la cadera a mi padre.

Él la miró con diversión y sacudió la cabeza.

—¿Qué tal Adrián? —me preguntó mi padre— Tu madre me dijo que está con una chica. Por lo visto os habéis puesto de acuerdo en hacer que todo sea muy rápido —me miró de reojo y me reí.

—Lo normal, Adri y tu hija siempre han hecho las cosas de la mano, hasta las trastadas —comentó mi madre, risueña.

—Le va genial con Ally. Está feliz —le respondí.

—Me alegro —asintió él—. A ver si lo vemos pronto.

—Me ha traído hasta aquí, pero la próxima vez os verá sin falta. Eso me ha dicho que os diga —acaricié la lata—. Es que hemos pasado una mala noche y un despertar regular, ha sido duro.

Los tres dejaron de hacer lo que hacían para mirarme fijamente. Héctor se quedó con el botellín de cerveza a medio camino de la boca, el que al final bajó sin apartar los ojos de los míos. Mi madre mostraba preocupación y mi padre se había tensado, esperando a que continuara.

—Es sobre lo que nos has dicho antes de que llegara Héctor, lo de que tenías que ponernos al día de algo que no nos imaginábamos —quiso saber mi padre y asentí.

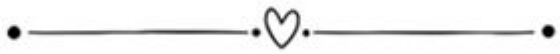
—Es Pam —susurré y cogí una bocanada de aire.

Les expliqué todo lo que le había ocurrido a mi amiga. La sorpresa de su embarazo días atrás, la ilusión con la que lo aceptó, aunque también las dudas y los miedos. Los vómitos matutinos, y la cita con el ginecólogo la tarde anterior, a la que Adrián y yo la acompañamos. Les conté entre lágrimas lo que descubrimos en la consulta y la inyección que le pusieron. Héctor me abrazó pegándome a su cuerpo, dándome su apoyo mientras hablaba.

Mis padres conocían a Pam como a otra hija más, por lo que les provocó mucho dolor saber por lo que estaba pasando. Les dije que ella había elegido a pocas personas para que lo supieran y entre ellas estaban mis padres y Héctor. Para los demás quería que continuara siendo un secreto, como si nunca hubiera pasado para que no le preguntaran y así no tener que recordar. Ni siquiera tenía pensado decírselo a su familia.

«Quizá algún día, cuando quede lejano y no le duele tanto», me dije.

Capítulo 25



Me desperté con el olor a café recién hecho y sonreí con los ojos todavía cerrados.

Era domingo, ni idea de la hora, pero Héctor estaba preparando el desayuno.

Retiré el nórdico y me levanté de la cama, para ponerme la bata. La calefacción estaba puesta, pero necesitaba adaptarme al cambio de temperatura. Entré en el baño y después de lavarme la cara, me dirigí al pasillo para encontrarme con Héctor.

Sonreí apoyándome en el marco de la puerta de la cocina, cruzando los brazos. Héctor se movía de un lado al otro, haciendo tostadas, preparando los cafés y sacando las bandejas de embutido de la nevera. Cuando paró y se puso frente al exprimidor para hacer zumo de naranja natural, giró la cabeza hacia mí.

—Buenos días —me dijo y amplié la sonrisa.

—Buenos días. Has madrugado.

—Son las ocho —elevó las cejas.

—Pues eso, como es domingo has madrugado —me reí yendo hacia él—. Me encanta verte en mi cocina —susurré poniéndome de puntillas, para darle un beso rápido en los labios.

—Puedo conseguir que tengas unos momentos inolvidables aquí —me atrapó por la cintura antes de que me alejara.

—No lo dudo —le acaricié el pecho por encima de la camiseta.

Estaba vestido de calle, preparado para irse en cualquier momento. Yo no tardaría mucho en hacerlo porque Héctor me llevaría en coche al piso de Pam, para desayunar con ella y con Adrián en la cafetería. Mi amiga se encontraba bien, cansada y con algunos calambres, pero nada que no pudiera soportar, como me dijo la noche anterior.

Héctor no se quedaría con nosotros, Nico le había pedido que lo acompañara a ayudar a un amigo que tenía que hacer una mudanza. Iría con su hermano y seguramente comería con él en algún restaurante, dependiendo de la hora a la que terminaran.

—Me encanta —le dije mirando lo que había preparado—. Pero es mucha comida, te recuerdo que he quedado con mis amigos para desayunar.

—El desayuno más importante es nada más levantarse —elevó las dos cejas—. Ya que me has privado de dármelo con tu cuerpo, vamos a comernos lo que he hecho. Con tus amigos te tomas un café y algo ligero —me hizo un guiño y me reí, aunque ya me tenía temblorosa.

Cuando terminó de preparar el zumo lo repartió en dos vasos y nos sentamos a la mesa pequeña de la cocina

—¿Os llevará mucho tiempo? ¿Es una mudanza grande? —le pregunté.

—Un poco, pero con tantas manos como seremos espero estar libre para el mediodía. Comeré con Nico y quien quiera apuntarse, después vendré directo hasta aquí para echar la siesta juntos —sonrió de medio lado.

—Siesta —carraspeé.

—Claro, pero una vez que la necesitemos al quedarnos agotados.

—A ver si te da tiempo —suspiré, queriendo que llegara ya.

—Haré lo posible para que sea así, pero no está del todo en mis manos —sacudió la cabeza.

—Lo sé. Yo cuando terminé de comer te escribo y ya me dices si estás de camino o no.

—De acuerdo —sonrió—. Empieza —señaló la comida—, así gastas menos en la cafetería —me reí.

—¡Si nos va a invitar Adrián! Anoche se lo hizo prometer Pam —dije divertida.

—Dame el gusto de ver cómo te llenas la boca otra vez, como esta madrugada —carraspeó para aclararse la voz, mirándome con intensidad.

Crucé las piernas por la mención de eso. Mi cuerpo se activó y la necesidad en mi zona íntima se disparó al recordar el momento en el que, por una vez, me dio tiempo a tomar la iniciativa durante madrugada. Era complicado anticiparse a Héctor, sobre todo cuando estábamos descansando en la cama porque a mí me costaba despertarme por mí misma.

En esta madrugada me desvelé y quise devolverle todas las veces que me despertaba en la misma situación, con su cabeza entre mis piernas. Me llené la boca con su miembro caliente, mis labios lo acogieron y presionaron,

duro, largo y suave, y mi lengua lo lamió juguetona, mojándolo y enloqueciéndolo. No hace falta que diga que se despertó al instante.

—Compórtate —jadeé haciéndome la indignada.

—Hazme callar repitiéndolo —me retó, antes de darle un mordisco a su tostada—. Ya sabes que nunca voy a tener suficiente de ti.

Me mordí el labio inferior mientras me levantaba de la silla. Los ojos de Héctor se oscurecieron al ver la decisión en los míos. Él había pensado que solo estábamos jugando con las palabras y la imaginación, pero yo quería ir más allá y hacer el juego real.

Me puse frente a él y me arrodillé, con las manos apoyadas en sus muslos. No apartó la vista de cada uno de mis movimientos. Le agarré de la cinturilla del pantalón deportivo y tiré hacia abajo, lo justo para liberar su miembro que ya estaba duro para mí. Me ayudó levantado el trasero de la silla, en la que le hice apoyar bien la espalda, separándolo de mí con una mano.

—Voy a estar todo el puñetero día cachondo con esta imagen —gruñó.

—Yo también —me lamí los labios, los suyos se entreabrieron al verme.

Agarré la base de su miembro y bajé la cabeza, dirigiéndolo a mi boca, todo sin apartar los ojos de los suyos. Héctor apretó la mandíbula con la primera pasada de la punta de mi lengua por el glande suave y mojado, en el que arrastré sus gotas de placer. Me agarró del pelo con una mano, recogiéndomelo, y embistió mi boca varias veces, tomando el control.

—Así… —jadeó— solo un poco más y te dejo a ti. Mierda —siseó—. Ten claro que el día que me encargue yo no seré suave, te follaré la boca hasta enterrarme por completo en tu calor —gruñó.

Sus palabras, su tono de voz y lo que me hacía, exactamente llevando a cabo su amenaza con la misma intensidad como si entrara en otra parte de mi cuerpo, estuvieron a punto de hacerme explotar en un orgasmo demoledor, sin la necesidad de que me tocara más.

Gemí y esa fue la señal para que Héctor se quedara quieto y me cediera el control, después de que me diera las últimas embestidas fuertes.

Se dejó hacer por mí y me encantó ver cada pequeño cambio en su cuerpo y en su expresión, conforme lo iba llevándome más al límite. Cuando se corrió no me aparté, lo quise todo, mientras nos manteníamos la mirada. La de Héctor oscurecida por completo al verme tragar y lamerme los labios al acabar.

—Dime porque tenemos que irnos —me pidió con la voz ronca y profunda.

Solté una carcajada porque yo tampoco lo recordaba en este momento. Me ayudó a ponerme en pie, me besó con la misma pasión que siempre me dejaba desarmada y nos pusimos a desayunar uno frente al otro, con sonrisas tontas en los labios.

Al terminar Héctor me dijo que fuera a vestirme mientras él recogía la cocina y así lo hice. Me puse un pantalón vaquero, un jersey de lana y unas deportivas de piel. Bien cómoda, fui al baño para peinarme y recogerme el pelo en una coleta alta. Me pinté los labios con un poco de brillo de tono rosado y fui al salón con el abrigo, la bufanda y el bolso, los que dejé sobre la mesa del salón.

—Voy a calzarme y nos vamos —me dijo al pasar por mi lado.

Me dio una palmada en la nalga y sonreí, siguiéndolo con la vista.

Cuando desapareció en mi habitación me abrigué y me colgué el bolso. Esperando a Héctor les escribí un mensaje a mis amigos para decirles que salía en unos minutos. Pam se moría de ganas por volver a ver a Héctor, palabras suyas. Adrián estaba deseando conocerlo. Hoy no sería el día, por lo que me puse a pensar en celebrar algo para reunirnos todos, incluida Ally.

—¿Qué te parece si el fin de semana que viene organizo una cena? —le pregunté cuando llegó al salón, poniéndose su chaqueta acolchada—. Puede ser el viernes o el sábado, tengo ganas de presentarte bien a mis amigos y que pasemos tiempo con ellos. Tu hermano también está invitado, si quiere traer acompañante…

—Me parece genial, pero no sé si mi hermano podrá ir. Recuerda que está pendiente de la fecha del siguiente viaje, el que cree que será para la semana que viene.

—Es verdad —hice una pequeña mueca.

—Te ayudaré con la preparación.

—Vale —dije animada.

Salimos de mi piso y bajamos a la calle, yendo directos hacia donde Héctor tenía estacionado el coche. Tardamos poco en llegar, en menos de diez minutos paró en doble fila frente al edifico de Pam. Al ser domingo y tan temprano, nos encontramos con muy pocos vehículos circulando.

—Pásatelo bien —me pidió colocándome el pelo detrás de la oreja.

—Gracias. Tú también, aunque vas a cansarte.

Me pegué a él para darle un beso en los labios, movimiento que aprovechó para agarrarme de la nuca para que no me alejara. Me recorrió los labios con la lengua y solté un suspiro tembloroso.

—Te iré informando —susurró y asentí.

Como despedida inició él el siguiente beso y no tuvo nada que ver con el mío. Me dejó alterada en la acera, con muchas ganas de más y queriendo meterme en su coche de nuevo para que me llevara donde quisiera.

En cambio, me despedí por última vez de él con la mano, mientras rodeaba el vehículo. Esperé a que se incorporara a la carretera y fue entonces cuando caminé directa hacia el portal del edificio de mi amiga, en el piqué a su piso.

Pam bajó enseguida y me encantó ver el color tan bonito que tenía de cara.

—Estás guapísima —le dije con un abrazo.

—Pues yo no he encontrado mi guapura por ningún lado frente al espejo —se rio agarrándome del brazo, para empezar a caminar.

—Como que no, si estás hasta rosadita.

—¿Qué dices? —me miró divertida— Amiga, me estás preocupando, a ti los polvos y la actividad sexual no te sientan bien.

Lo dijo tan seria, que, sumado al significado de sus palabras, acabamos riéndonos.

—¿Cómo has pasado la noche? —me preocupé.

—Estupendamente, la verdad —nos paramos en la puerta de la cafetería —. No me he despertado y he dormido muchas horas —se encogió.

—¿Notas algo más, aparte de la ligera presión en el abdomen y los pequeños calambres?

—No, Izel. Deja de preocuparte, ya ves que estoy bien. Que esté de pie es buena señal.

—Vale —suspiré—. Es que…

—Lo sé —me frotó la espalda—. Yo estaría igual si fueras tú la que está en mi lugar.

Me dio un beso en la mejilla y entramos. En cuanto vimos la mesa libre del fondo, la que estaba pegada a la cristalera y resguardada por un arco decorativo muy bonito, nos dirigimos a ella a buen ritmo. Nada más ocuparla se acercó una camarera a atendernos y le pedimos dos cafés con leche para empezar, hasta que llegaran Adri y Ally. Entonces pediríamos los desayunos.

Una vez la chica nos trajo los cafés, el primer sorbo lo dimos después de brindar con las tazas. Brindamos por todos los comienzos, por los inicios inesperados, fueran del tipo que fueran.

—Confiemos en el proceso, cariño —le pedí a Pam, sonriéndole con cariño—. Todo tiene una razón de ser, aunque no sepamos ver cuál es. Hay cosas más grandes que nosotros, yo creo en ello.

—Lo sé. Yo también —asintió—. No sé qué haría sin Adri y sin ti —apretó los labios.

—Eso lo tenemos claro los tres: nada —me reí.

—Tonta, has estropeado un momentazo —se unió a mis risas, lanzándome una bola de servilleta.

—Yo diría que he terminado de mejorarlo —le hice un guiño, refiriéndome a que estaba relajada y riendo. Pam suspiró.

—Oh, Izel, es perfecta para nuestro Adrián —dijo de repente, mirando detrás de mí.

—¿Ya han llegado? —le pregunté con ganas de girarme.

—Sí —asintió varias veces, levantándose de la silla.

La imité, me incorporé volviéndome hacia ellos para ver venir a la pareja. Después de intercambiar una mirada con mi amigo, busqué encontrarme con la de Ally.

Era una mujer preciosa, tenía una apariencia dulce por sus facciones, pero no solo transmitía dulzura. Su sonrisa era sincera y real, y se movía con una gracia natural. Entendí perfectamente porque Adrián se había enamorado de ella, de una forma tan fulminante.

—Hola —Ally fue la primera en hablar, sonriente.

—Hola —le correspondimos Pam y yo.

—Qué ilusión conoceros al fin, chicas. Adri me ha hablado mucho de vosotras.

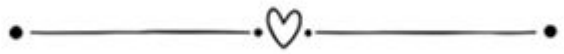
—Por lo pesadas que son —dijo con humor él.

—Míralo, hoy se ha levantado bromista —arqueé una ceja.

—Prepárate, solo es el principio —dijo en modo amenaza y nos reímos.

Una vez pasado el primer contacto, que mejor no pudo ir, nos besamos y nos abrazamos con una confianza que nació de forma natural.

Capítulo 26



—¿Tenéis planes para el fin de semana? —les pregunté a Mateo y a Katia.

Cogí mi copa y me la llevé a los labios. Estábamos en el restaurante al que habíamos venido a comer, volvía a ser viernes y este era el cierre perfecto de la semana de trabajo. Hacía un rato que terminamos, ahora solo alargábamos el momento de separarnos y de despedirnos hasta el lunes.

—No —me respondieron al mismo tiempo, sincronizados, y los miré divertida.

De Mateo lo esperaba porque todavía no le apetecía mucho, por lo que cuando finalizaba la semana en lo único en lo que pensaba era en refugiarse en su piso. Pero en el caso de Katia me extrañó, la verdad.

—¿Y eso? —me dirigí a ella— No me puedo creer que no tengas ningún plan, o dos, o tres —sonreí con picardía.

—Me estoy tirando a Mateo y eso es lo que voy a hacer, a poder ser, todo el fin de semana —soltó de golpe, sin prepararme ni nada.

La boca se me abrió al punto de que casi se me desencaja la mandíbula, al igual que los ojos se me agrandaron al máximo.

—Si ya sabía yo que no podías aguantar —habló Mateo, muy tranquilo.

Él tenía la espalda recostada en la silla y un brazo apoyado en la mesa, mientras miraba a Katia con una expresión entre divertida y resignada. Sacudió la cabeza y se frotó la cara, antes de dirigir la vista hacia mí.

—Lo siento, no queríamos ocultártelo, solo esperar un poco para ver por dónde salía lo que habíamos empezado, y así hablarte de nosotros con calma. Pero… —me dijo Mateo.

Chasqueó los dedos delante de mi cara, apretando los labios en un esfuerzo para no reírse porque yo no conseguía reaccionar.

—Joder —fue lo que conseguí decir al final.

Cogí mi copa y me bebí de golpe el vino que quedaba, sin dejar de mirarlos asombrada.

—Mateo ha ganado la apuesta —suspiró Katia.

—¿Habéis apostado? —me sorprendí de nuevo.

—Sí —me confirmó él—. Tenía muy claro que no podría contenerse —sonrió de medio lado.

—Es una mierda que te conozcan tan bien, ¿verdad? —se dirigió a mí ella.

—Buenooo… según para qué —carraspeó, sonriendo.

—Jo, yo también sabía que no aguantaría —miró a Mateo, haciéndole un puchero. Él se rio—. Soy un desastre para guardaros un secreto de mi vida personal —continuó, suspirando dramáticamente—. Siempre os lo cuento todo —puso los ojos en blanco.

—Madre mía… ¿desde cuándo? —quise saber.

—Tú, tú… —le pidió Katia a Mateo.

—A partir del viernes pasado, hace justo una semana —me contestó él—. Al salir del trabajo la llevé a su casa, para que se ahorrara el esperar el transporte público, y cuando llegamos me ofreció subir con ella para comer juntos. No tenía nada pensado ni preparado en mi piso, así que me animé y pedimos comida a domicilio.

—Y una cosa llevó a la otra, por lo terminamos desnudos en mi sofá, follando como locos, como si fuera a terminarse el mundo —añadió Katia, con cara de satisfacción—. Nos fue tan bien que estuvimos todo el fin de semana repitiendo. Me fui a su casa y no salí hasta el domingo por la noche, y durante esta semana hemos continuado —bebió un sorbo de vino, mirando a Mateo.

—No me lo esperaba, para nada —negué, sonriendo—. Qué fuerte —me reí, emocionada y feliz por los dos.

—A partir de hoy, hasta el domingo, me he propuesto convencer a Mateo de que se quede conmigo.

—¿Cómo es eso? —le preguntó él, con una ceja arqueada y mostrando mucho interés.

—Quiero hacerte olvidar el daño que te han hecho, poner una tirita en cada una de tus heridas y cicatrices, en forma de besos y caricias, para que entiendas que quiero curarte y cuidarte.

—Joder, Katia… —susurré— Me has enamorado hasta a mí —dirigí la vista a Mateo.

Él la observaba con mucha intensidad, comiéndosela con los ojos.

—Sabéis tan bien como yo mi historial con los hombres —bajó el tono de voz, jugando con su servilleta—. Yo… era libre, no tenía ningún compromiso y disfrutaba. Pero eso no significa que no sepa enamorarme y…

—¿Qué has dicho? —la interrumpió Mateo.

—¿Eh? —parpadeó rápido ella.

Los miré emocionada, por lo que estaba presenciando. Tenía ganas de saltar de la silla y gritar de la emoción. La tensión que se había creado entre ellos en segundos era impresionante, me parecía tan increíble después de tantos años de amistad, de vernos a diario, de compartir infinidad de horas y recuerdos… de la amistad y el cariño habían saltado a la atracción, el deseo y… un inicio de enamoramiento.

—Has hablado de enamorarte —le recordó Mateo, echándose hacia delante para apoyar los brazos en la mesa.

—No… no te asustes —le pidió ruborizada—. No te estoy pidiendo nada, solo que me dejes estar contigo y descubrir juntos a donde nos lleva… te prometo que si no nos sale bien continuaré siendo la misma Katia de siempre, no permitiré que nada afecte a nuestra relación de amistad. Acabas de salir una relación de años y…

—Para —le pidió él y ella lo hizo al instante—. Cuando he dicho que has hablado de enamorarte, era para que me dijeras si lo estás o no. Aunque solo estés en el inicio.

—No lo sé —se movió inquieta Katia—. Como le diríais vosotros a dormirme pensando en ti, a que cuando me doy cuenta te tengo en la cabeza y estoy sonriendo, o suspirando, a que me emociono cada vez que hablas y

oírte me relaja, y que no puedo evitar mirarte como una tonta cuando nadie está pendiente de mí.

»Sí, disimulo muy bien porque ninguno de los dos os habéis dado cuenta —se encogió de hombros—. Yo no he estado enamorada nunca, no he permitido que lleguen tanto a mí, excepto tú, porque fuiste metiéndote en mi interior poco a poco, día a día, risas a risa, entre abrazos de amigos y de cariño —se mordió el labio inferior—. ¿Estoy enamorada? —nos preguntó.

—Rebosas enamoramiento, cariño —le confirmé, sonriéndole.

—Ah… —susurró y miró a Mateo—. Te he asustado —afirmó.

Mateo no le respondió, pero hizo algo mucho mejor. La agarró del brazo y tiró de ella, por lo que Katia tuvo que levantarse de la silla. Sin soltarla, la empujó hacia él, hasta que la dejó sentada de lado sobre sus piernas. Me entraron ganas de llorar al verlos, incluso mientras se besaban porque Mateo atrapó su boca con un beso ardiente, para dejarle claro lo que sentía y pensaba.

—Vamos a continuar con terminar este día, para seguir con el fin de semana —le susurró él, retirándole el pelo detrás de la oreja—. No tenemos fecha límite, vamos a dejarnos llevar como hasta ahora —Katia asintió, emocionada.

Cuando me miraron soltamos una carcajada los tres, mientras yo me limpiaba las lágrimas. Mateo nos invitó a comer, pagó la cuenta que nos trajo el camarero y disfrutamos unos minutos más en el restaurante, hasta que decidimos irnos.

En la calle, caminamos por la acera agarrados los tres, como tantas veces hacíamos.

—No vais a creeros de lo que me he enterado de Rubén —comentó Mateo, al cabo de un rato.

A él le llegaba información porque tenían a conocidos en común, pero no porque entre ellos fueran cercanos, ni mucho menos.

—¿Se ha mudado a otro continente? —le pregunté con diversión.

—Tan lejos no, pero sí que se larga de aquí —sonrió de medio lado.

—Me encanta la noticia —suspiré—. No es que lo fuera a ver, pero cuanto más lejos mejor —me encogí de hombros.

—El fin de semana pasado lo detuvieron —continuó Mateo.

—¿Qué dices? —se adelantó Katia a preguntar, por la sorpresa.

Nos habíamos quedado igual.

—Sí, por conducir muy borracho. Faltó poco para que atropellara a una mujer, por suerte ella se salvó, pero no se libró del susto. Y también provocó un accidente en la huida.

—Joder —dije alucinada.

—Por eso se larga, lo decidió cuando lo dejaron en libertad. No pudieron retenerlo porque solo provocó daños materiales, deberá pagar una multa y se acabó. Aparte de que le han quitado por un buen tiempo el carné de conducir. Según me dijeron, hoy es el día en el que desaparece de aquí.

—Vaya tela, está descontrolado del todo —dijo Katia.

Continuamos hablando de tema durante un rato más, hasta que decidimos pasar a otro más interesante porque para nosotros Rubén dejó de existir en el momento en el que nuestro jefe lo despidió.

Me despedí de mis amigos junto a mi coche, deseándoles que tuvieran un fin de semana increíble, tanto como se merecían los dos.

—No tengas miedo a sentir de nuevo, aunque tengas la sensación de que es precipitado —le susurré al oído a Mateo, mientras nos abrazábamos—. Creo que esta vez, sí. Es nuestra Katia.

Al separarme le hice un guiño y me sonrió, asintiendo. Abracé a Katia y le di un beso sonoro en la mejilla, antes de montarme en el coche para ir a mi piso. Estaba deseando ponerme cómoda con el pijama y taparme con la manta en el sofá. Héctor me avisó el día anterior de que hoy estaría liado por el trabajo, hasta bastante tarde. No se encontraba en el piso de su hermano, se había desplazado a una empresa.

No sabía en qué momento lo vería, para dormir seguro, porque pasaba todas las noches conmigo. Nico hacía dos días que se fue de viaje con el tráiler, así que teníamos pisos donde elegir, aunque siempre terminábamos en el mío.

Cuando estacioné en mi plaza de parquin del edificio salí del coche sonriendo, dirigiéndome hacia el ascensor. Por fin funcionaba y todo gracias a la intervención de mi amigo Adrián. Estaba claro que tener contactos en todas partes te facilitaba mucho las cosas, lo que era una verdadera pena porque si no los tenías, todo eran problemas.

Subí hasta mi planta y en el momento en el que las puertas se abrieron, sonreí al ver al otro lado a Fermín y a Norma.

—¿A dar un paseo? —les dije después de saludarnos, impidiendo que las puertas se cerraran.

—Sí, ahora toca el corto —me contestó Fermín.

—Muy bien. Disfrutadlo igual.

Les di un beso a cada uno y nos despedimos con abrazos. Ellos se montaron en el ascensor y yo me dirigí a mi piso.

—Ay, Izel —me llamó Norma.

—¿Sí? —dejé la llave en la cerradura, para girarme.

—Pásate más tarde, te he preparado un recipiente con el guiso que tanto te gusta.

—Hace poco que terminé de comer y ya me ha entrado otra vez hambre —me toqué la barriga—. Claro que me pasaré. Sois los mejores —les sonreí —. Te amo, Norma —hablé exagerando mi reacción, provocando que ambos se rieran.

Al entrar en mi piso fui directa a mi habitación, parándome solo unos segundos para encender la calefacción. Me deshice de la ropa de abrigo y del bolso, para coger de la cómoda un pijama, una braga y unos calcetines para andar por el suelo. En el baño, encendí el calefactor y esperé unos minutos para desnudarme. Me di una ducha caliente, la que me sentó de lujo.

Como tenía el pelo limpio terminé rápido, para estar vestida cómoda y calentita. Salí de la habitación con el móvil y el libro electrónico, los que dejé en la mesa de delante del sofá. Me tumbé tapándome con la manta, lo siguiente que tocaba era echarme una siesta.

Todavía notaba la pesadez en los ojos de después de comer, ni siquiera la ducha me había espabilado. No me puse alarma, aunque me pareciera raro, esta noche sería una de las pocas de los viernes que no había quedado con mis amigos.

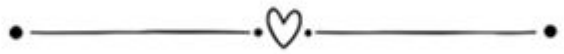
No importaba, al día siguiente vendrían como invitados a cenar a mi piso. Adrián llegaría acompañado por Ally y también estarían Mateo y Katia. Una lástima que Nico se perdiera la cena, pero habría más cuando regresara.

Cerré los ojos con una sonrisa, porque llevaba unos días sintiendo que todo estaba bien, en armonía. Pam, después de lo que le había sucedido, definitivamente se había olvidado de Quique, su compañero de trabajo. Ni siquiera pensaba en él y cuando se cruzaban en la oficina, pasaba de ese hombre que iba detrás de todas.

Mi amiga se había recuperado genial, aún sentía tristeza por el bebé que perdió, pero lo veía de forma diferente y, aunque todavía tenía bajones porque era normal, lo llevaba bien. En las últimas analíticas que le programó su ginecólogo ya no quedaba rastro de la hormona del embarazo, pero igualmente el médico quiso asegurarse haciéndole una ecografía vaginal, para comprobar que todo estaba donde debía estar. Y así fue.

Adrián seguía feliz con Ally. Tenía gracia que cuando regresó del viaje de trabajo en el que la conoció, él rechazara querer algo serio con ella. Y Héctor y yo funcionábamos de maravilla juntos, era el hombre perfecto para mí: cariñoso, protector, risueño, también muy serio en según qué ocasiones y circunstancias, y apasionado.

Capítulo 27



Me estiré en la cama, para después apretarme el nórdico al cuello.

Acababa de despertarme, pero necesitaba tomarme unos minutos más sin moverme.

No tenía ninguna prisa, era sábado y hasta el final de la tarde no llegarían mis amigos para la cena. El piso estaba limpio, me encargué de ello la tarde de ayer. Como me encontraba sola y sin planes, después de espabilarme de la siesta, fui al piso de Norma y Fermín a por el recipiente del guiso y decidí quitarme de encima la limpieza. Así fue como acabé dándome otra ducha y poniéndome otra ropa limpia.

Cené una pizza en el sofá, mientras leía, lo que continué haciendo durante un buen rato más. Estuve muy pendiente del móvil, esperando tener noticias de Héctor, pero conforme fueron pasando las horas fui desanimándome. Cuando recibí su mensaje a las diez y media de la noche ya sabía lo que me encontraría al leerlo.

Me dijo que no contara con él. Me explicó que no podía parar con el trabajo, que si lo hacía perdía todo lo que había avanzado. Le dije que no se preocupara, pero que se acordara de que en algún momento tenía que dormir, aunque fuese un rato.

Podría haber ido al piso de Nico para estar al lado de Héctor, él trabajando en su escritorio y yo leyendo en la cama, o quizá se hubiera

puesto más cerca. Solo nos separaban unas cuantas paredes, regresó de la empresa sobre las siete de la tarde, pero estar juntos en un mismo espacio suponía que se despistara y no quería eso.

Así que, sola y sin planes, me fui a mi habitación y me metí en la cama. Seguí leyendo hasta que los párpados empezaron a pesarme.

Olvidándome del repaso del día anterior, giré la cabeza hacia el lado de la cama en el que Héctor siempre dormía. Acaricié la almohada, si él estuviera conmigo le estaría tocando el pelo. Me encantaba ver cómo, sin abrir los ojos, aparecía en sus labios una sonrisa de satisfacción cuando lo hacía.

Solté un suspiro y me obligué a salir de la cama. Me puse enseguida la chaqueta de lana y pasé un momento por el baño, antes de mirar el móvil. Sonreí al ver un mensaje de Héctor.

Héctor: *Buenas noches o buenos días, preciosa. Lo dejo a tu elección. Por fin he terminado, acabo de meterme en la cama. Si a las doce del mediodía no sabes nada de mí, ven y despiértame. Es muy probable que apague la alarma cuando suene. Te echo de menos, estoy deseando tenerte. Esta noche me esforzaré por echar pronto a tus invitados, te prometo ser muy sutil, tanto que no se darán cuenta qué hacen en el rellano. Nos vemos en unas horas.*

El mensaje era de las seis y media de la mañana, se había pasado toda la noche despierto. Negué porque debía estar agotado, y también estuve sonriendo mientras leía.

Más animada al saber de él me dirigí a la cocina para prepárame un café. Me lo tomé haciendo una pequeña lista de la compra, quería salir cuanto antes al supermercado para no encontrarme con muchas personas, así terminaría más pronto. Me faltaban unos pequeños detalles de última hora en los que pensé anoche.

Con el café bebido y comiéndome una galleta, fui hacia mi habitación para vestirme. Me puse un vaquero con una sudadera ancha y en los pies una deportivas. Me dejé el pelo suelto y una vez estuve preparada, me coloqué la chaqueta acolchada, me cubrí el cuello con una bufanda y me colgué cruzado el bolso. Lo último que cogí fueron un par de bolsas cómodas y reutilizables, y salí del piso.

Por la zona donde vivía tenía varios supermercados, pero no eran tan grandes como al que quería ir. Además, ese en concreto estaba en un centro comercial y me gustaba aprovechar para ver algunas tiendas. Me desplacé en coche hasta él, porque tenía unos doce minutos en ese transporte, lo que caminando aumentaba y yendo cargada, como que era demasiado.

Tal y como esperaba, al ser temprano, disfruté de la tranquilidad que había por los pasillos del supermercado. Al igual que a la hora de pagar. Compré rápido, bajé la compra al coche y volví a subir con las manos vacías, para dar una vuelta por los comercios. Me compré un capuchino para tomármelo mientras miraba los escaparates, y también una decoración de velas muy bonita para la mesa, de la que me encapriché.

Dos horas y cuarenta minutos después, habiéndomelo tomado con mucha calma, estacioné en el parquin de mi edificio, en mi plaza. Subí en el ascensor hasta mi planta y cuando estuve en el rellano hice el último esfuerzo cargando con todo. Estaba buscando las llaves dentro del bolso, después de soltar las bolsas en el suelo, cuando el sonido de unas risas me hizo mirar hacia la puerta del piso de Nico.

Me extrañó porque Héctor debía estar durmiendo y su hermano se encontraba de viaje con el tráiler. Abrí la puerta de mi piso, metí todas las bolsas sin poner un pie en el salón y caminé hasta el piso de Nico. Frente a la puerta cerrada, volví a escuchar las risas, y no eran de una sola persona.

Dispuesta a golpear con los nudillos, me quedé con la mano suspendida en el aire. Abrieron la puerta de golpe y no fue Héctor. Al principio no entendí lo que estaba viendo, no comprendí qué narices hacía Ally en el

piso de Nico, riéndose con Héctor. Ella, que abrió sonriendo de oreja a oreja, perdió esa alegría al cambiar su expresión por asombro.

—¿Qué narices…?

—Allison, no te olvides de…

Héctor apareció diciendo esas palabras, pegándose a la espalda de Ally y rodeándole la cintura con un brazo, pero no terminó de hablar al verme. Fruncí el ceño porque en vez de mostrarse descubierto, me ofreció una sonrisa de medio lado.

Tuve claro que no hacía mucho que se había despertado, todavía llevaba el pelo despeinado y el pantalón del pijama, el que le caía de las caderas de una forma demasiado… Solo eso, en el pecho no tenía nada e iba descalzo.

—¿Qué significa esto? —les pregunté, porque como dijera lo que me parecía a mí— ¿Qué narices haces tú aquí? —me dirigí directamente a Ally.

—Izel.

—¿Os conocéis? —nos preguntó Héctor, con asombro.

—Mala suerte para ti —apreté la mandíbula.

Entrecerró los ojos por mi contestación, pero no sabía qué mierda le pasaba que al final terminó sonriendo de nuevo. ¿Se estaba divirtiendo? ¿Estaba muy acostumbrado a estas situaciones? Menuda pregunta, era Héctor, con eso ya tenía la respuesta.

—Sí, es la mejor amiga de Adrián —habló Ally.

—No jodas. ¿De tu Adrián? ¿Es el mismo que el amigo de Izel? —las sorpresas continuaban para Héctor.

—Parece que sí—susurró—. ¿Ella es…? —se giró hacia Héctor y le colocó una mano sobre su pecho desnudo, haciéndole unas caricias.

—Sí —le confirmó él.

—No puedo creerme que nos hayáis hecho esto —solté con rabia, pasando la mirada de uno a otro.

—Izel…

Solté una carcajada porque detecté su advertencia al pronunciar mi nombre. Que les dieran a los dos. Le saqué el dedo corazón, levantándolo bien tenso hacia él.

—Ya no necesitas que te despierte, se me ha adelantado. O quien sabe, lo mismo era mentira lo del trabajo y habéis estado juntos desde ayer. Me importa una mierda, aunque Adrián me dirá si «su novia» estuvo o no con él.

Al terminar de hablar caminé rápido hasta mi piso y entré cerrando de un portazo bien fuerte. Solté un grito yendo hacia mi habitación, donde me cagué en esos dos. Tenía que hablar con mi amigo, pero hasta que no me tranquilizara un poco y pudiera controlarme, no iba a llamarlo. Si lo hacía ahora no me entendería, por lo nerviosa que estaba.

Cuando me di cuenta de que estaba llorando me retiré las lágrimas con rabia.

—Me pidió que confiara en él, ¿para esto? —susurré sentándome en el borde de la cama.

Me quité el bolso de encima, la bufanda y la chaqueta, para poco a poco ir deslizándome hacia abajo, dejándome caer hasta la alfombra, donde doblé

las rodillas y me abracé las piernas, escondiendo la cabeza. No sabía ni cómo me sentía, de lo mal que me encontraba.

Cuando llevaba unos minutos llorando saqué el teléfono del bolso y les envié el mismo mensaje a todos mis amigos. Primero entré en el grupo que tenía con Adrián y con Pam, después en el de Mateo y Katia.

Izel: *Lo siento, pero lo de esta noche queda anulado. No hay cena. Ya os contaré, ahora no puedo. No preocuparos, estoy bien. La cena llegará, pero con un poco de retraso. Os quiero, disfrutad de un gran fin de semana.*

Lloré más porque era una tonta que no estaba bien, como les escribí.

—Izel… ¿se puede saber por qué estás así?

Di un respingo al escuchar la voz de Héctor. Me levanté de un salto, dispuesta a echarlo de mi piso, a patadas si hacía falta.

No caí en que Nico tenía llaves de mi piso, ni que Héctor la había estado utilizando. Él había entrado libremente y sin complicaciones, lo que yo no había previsto porque mi cabeza no estaba para pensar.

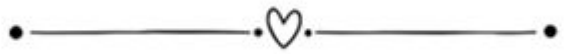
Héctor ocupaba todo el hueco de la puerta, se había quedado en medio, con las piernas un poco abiertas y los brazos cruzados sobre su pecho desnudo, en el que no se había parado a ponerse ropa. También continuaba descalzo. Su expresión era de preocupación, con una seriedad que, desde que lo conocía, no le había visto.

Tragué saliva porque me dieron ganas de salir corriendo hacia él, para que me abrazara.

—Sal ahora mismo de mi piso —le exigí con un grito, reaccionando todo lo contrario a como necesitaba.

Ni se inmutó ante mi reacción y mis palabras. Me tensé cuando dio el primer paso dentro de la habitación y no paró de andar, viniendo directo hacia mí.

Capítulo 28



Héctor

—Madre mía —dijo Allison, mirando el rellano vacío.

Izel acababa de irse, o más bien de huir.

—No te preocupes —le pedí tranquilo, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón del pijama.

—¿Tú no lo estás? —me observó sorprendida.

—¿Hemos hecho algo malo? —arqueé una ceja.

—Eh, no —movió la cabeza.

—Pues eso, no te preocupes —repetí encogiéndome de hombros—. En cuanto te vayas iré al piso de Izel y le aclararé que está equivocada con lo que ha interpretado.

—Te cerrará la puerta en la cara —hizo una mueca.

—Tengo llaves de su piso.

—Pues entonces la de su habitación.

—Tengo pies y piernas para tirarla al suelo. ¿Algo más? —sonreí de medio lado— Créeme, no va a impedir que llegue hasta ella.

—Me sabe muy mal lo que hemos provocado —se mordisqueó una uña.

—No somos adivinos, Allison.

—Ya… —suspiró.

—No es por echarte rápido, pero…

—Sí, me voy ya para que puedas hablar con ella. Qué fuerte, parece mentira —se rio—. La culpa la tienes tú —me señaló.

—¿Se puede saber por qué?

—Porque si me hubieras dicho en algún momento el nombre de tu chica, uno de los dos, tú o yo, habríamos deducido que el Adrián con el que estoy, entre todos los Adrianes que hay en el mundo, era el mejor amigo de Izel. El nombre de ella no es muy sonado —puso los ojos en blanco.

—No sé porque no te lo he dicho, simplemente no ha salido ese dato en nuestras conversaciones. Me he referido a ella de otras formas. Anda, vete y no le des más vueltas —le pedí.

Nos abrazamos y nos dimos dos besos.

—Oh, es Adrián —dijo al sacar su móvil.

—¿Qué? ¿No me digas que Izel le ha contado una versión errónea?

—No parece que sepa nada de lo que acaba de pasar, me ha escrito como siempre. Termina diciéndome que no me ve por ningún lado y el lugar

donde tengo que estar es entre sus brazos —dijo y sonrió de oreja a oreja. Cuando me miró le brillaban los ojos—. Me ha escrito para decirme que Izel ha anulado la cena de esta noche —se mordió el labio inferior.

Dirigí la vista hacia la pared que separaba los pisos, pensativo.

—Haz una cosa, dile a Adrián que para vosotros no se ha anulado, que te apetece cenar en un restaurante ya que habíais quedado todos. Que él se encargue de avisar a Pam, a Katia y a Mateo, porque Izel también les habrá dicho que se anula lo de esta noche. Id y disfrutad, así conoces a Katia y a Mateo. Yo lo haré la próxima vez, al igual que mi primer encuentro con Adrián tendrá que esperar un poco más.

—¿No vendréis esta noche? ¿Crees que no convencerás a Izel? ¿No te perdonará?

—Voy a dejárselo todo muy claro en cuestión de minutos, te lo aseguro. No iremos esta noche a la cena porque quiero que entre en mi vida del todo y para eso, tenemos que hacer un pequeño viaje. Podríamos ir y venir, pero nos quedaremos allí —le hice un guiño.

—Me encanta tu plan —me abrazó con fuerza—. Haz todo lo necesario para que no sufra más —me pidió antes de darme un beso en la mejilla.

Allison se fue y esperé sin moverme, hasta que las puertas del ascensor se cerraron con ella dentro. Alargué el brazo hacia el pequeño armario en el que mi hermano guardaba todas las llaves, lo abrí y cogí la del piso de Izel. Me fui del de mi hermano y me dirigí al de ella.

El silencio me recibió al otro lado de su puerta. Cerré tras de mí sin hacer ruido y me moví de la misma forma porque iba descalzo. Me paré junto a la mesa alta del salón, donde dejé las llaves del piso de Izel y las del de mi hermano, mientras prestaba atención si la escuchaba.

Nada, silencio. Dirigí la vista hacia unas bolsas con compra que había cerca de la puerta, para mirar después hacia el pasillo. Caminé por él y al llegar a la puerta de su habitación que estaba abierta, me paré cogiendo una bocanada de aire. Izel se encontraba sentada en el suelo, sobre la alfombra. Tenía la espalda apoyada en el lateral de la cama y se abrazaba las piernas, con la cabeza bajada hacia ellas.

Apreté la mandíbula al verla y al escucharla. Estaba llorando y me entró de todo por el cuerpo, y no fue nada bueno. No quería que llorara, no quería sentirla de esa forma tan derrotada, no quería… me prometí a mí mismo en ese mismo instante que nunca más iba a ser yo el causante de ni una sola lágrima suya, y que siempre que estuviera a mi alcance, haría todo lo posible por desaparecer lo malo de su alrededor.

Di unos pasos más, hasta que me paré debajo del marco de la puerta. Llené casi todo el espacio y me crucé de brazos.

—Izel… ¿se puede saber por qué estás así? —le pregunté, haciéndome notar.

Se asustó, por lo visto no recordaba que podía entrar cuando quisiera, como todas las veces que lo había hecho desde que estábamos juntos.

Dio un respingo al oírme y se levantó de un salto, dispuesta a enfrentarme. No pudo evitar echarme un vistazo rápido, sus ojos la traicionaron. Sabía perfectamente lo que le gustaba como me quedaba el pantalón de pijama que llevaba puesto. Era lo único. De la misma forma que sabía cómo reaccionaba en cada ocasión que me veía con poca ropa.

Quise sonreír porque se demoró más de la cuenta, pero evité enfadarla más y me mantuve callado. Cuando su mirada se encontró con la mía mi semblante era serio, por la preocupación y por el pesar que sentía porque había dudado de mí a la primera de cambio.

Por unos segundos vi su incertidumbre, quiso acercarse porque lo necesitaba, aunque se quedó dónde estaba, en tensión.

—Sal ahora mismo de mi piso —me exigió con un grito.

No mostré ninguna reacción ante su arrebato, continué muy calmado hacia fuera. La rigidez de su cuerpo aumentó cuando caminé hacia ella.

—No me has respondido —hablé con calma, con una ceja arqueada.

—Porque no quiero hacerlo —apretó los puños a sus costados—. Vete de aquí —volvió a pedirme, pero con menos fuerza.

—No —respondí parándome a pocos centímetros—. ¿En el tiempo que llevamos juntos no me has conocido ni un poco?

—Ya no estamos juntos —levantó la barbilla.

—No, ¿eh? —ladeé la cabeza.

—No —apretó los labios porque le temblaban.

Con un movimiento rápido que no vio venir, ni anticipó, la agarré y la lancé bocarriba a la cama. Me puse sobre ella, bloqueando su cuerpo.

—¿Qué haces? —gritó moviéndose debajo de mí.

Le agarré las muñecas juntas y se las llevé sobre la cabeza, dejándole extendidos los brazos hacia arriba.

—Sigue así, me encanta —le susurré al oído.

Se quedó quieta de golpe y jadeó al notar el bulto que empezaba a formarse dentro de mi pantalón de pijama.

—Te mereces un buen castigo por decir que no estamos juntos —hablé recorriendo con los labios la piel de su cuello—. Pero voy a ser bueno y me contendré. Has llorado y no me gusta —levanté la cabeza para mirarla a la cara.

Contuvo la respiración cuando retiré el rastro de sus lágrimas con mi lengua.

—Quiero escucharte decir el motivo por el que te has puesto así —le pedí.

—Héctor…

—Sé lo que necesitas.

Cerró los ojos, mientras con mi mano libre le desbrochaba el pantalón y se lo bajaba despacio, arrastrando la braga también. No le solté las muñecas en ningún momento, para sacarle la ropa por un pie le moví la pierna, después de sacarle la deportiva.

—Eso es —mi voz sonó ronca.

Estaba tan caliente, tan mojada… mis dedos se deslizaron con una facilidad asombrosa por su sexo, recorriendo cada pliegue y pequeña zona. Izel gimió arqueando la espalda, sin luchar. Su cuerpo y sus reacciones hablaban para mí, y estaba dispuesto a enloquecerla durante horas seguidas hasta que entrara en razón.

—Estás tan preparada —introduje dos dedos en su interior, rápido y todo hasta el fondo que podían llegar.

Ella elevó el trasero para no perder el contacto cuando retrocedí, para volver a introducirlos en su interior, con más fuerza aún. Gimió y se movió

inquieta debajo de mí.

Cuando aparté la mano de su sexo sonreí ante su quejido de protesta. Me llevé los dedos a la boca, saboreándola en ellos, lo que provocó que sus ojos brillaran siguiendo todos los movimientos de mi lengua y de los labios. Cuando me quedé satisfecho me bajé el pantalón del pijama lo suficiente como para quedarme con el trasero al aire y el miembro tenso apuntando a su sexo.

—Héctor… —susurró.

Le levanté la sudadera. Se la dejé enrollada por encima de los pechos y le bajé las copas del sujetador. Sus pezones duros apuntaron hacia mí de una forma deliciosa y no pude contenerme para atrapar el primero con los dientes. Le di un tirón fuerte, de la misma forma que lo succioné. Izel quiso soltarse las manos del agarre de la mía, pero no para escapar, sabía muy bien que quería agarrarme del pelo. No se lo permití.

Me olvidé por completo de mi intención de hablar con ella, eso sería cuando ambos termináramos saciados, porque una vez que empecé, ya no podía parar. Sus jadeos y gemidos, con pequeños gritos, fueron la melodía perfecta para el momento.

Le abrí las piernas con las mías, me coloqué entre ellas y la embestí con fuerza, llenándola hasta el fondo con un movimiento duro. Le di lo que nos gustaba a ambos y gemimos al unísono. Apreté el agarre en sus muñecas por el placer que sentí, mientras mi boca devoraba uno de sus pechos. Izel me suplicaba que la soltara y que me moviera, pero no iba a liberarla hasta el final.

Durante unos segundos me quedé quito enterrado en ella, disfrutando de todas las sensaciones, a pesar de que era un puñetero suplicio y todo mi cuerpo me pedía que me moviera rápido y me la follara duro. Mantuve el control.

—¿Estamos juntos, Izel? —le pregunté con la voz ronca, sobre su pezón.

—No —jadeó.

—Mmm…

Dirigí la mano a su sexo y le apresé el clítoris, provocándole un grito y que su cuerpo temblara.

—Piensa bien la respuesta.

—No —repitió gimiendo, pegándose más a mi boca.

Aproveché su ofrecimiento para succionar con fuerza su pezón. Noté su exceso de humedad entre sus piernas, lo que estuvo a punto de llevarme a la locura. Le froté el clítoris con energía, en círculos. Izel gritó mi nombre sin poder estarse quieta debajo de mí, hasta que el que se quedó quieto fui yo.

—Voy a hacerte la misma pregunta y no quiero escuchar la misma respuesta —cambié de pecho, después de lamerle la punta dura mirándonos a los ojos—. Piensa bien lo que vas a decirme porque puedo tirarme horas así, cariño, incluso puñeteros días, provocándote orgasmos que no permitiré que tengas hasta que no entres en razón. Yo me correré todas las veces que quiera, incluso con tu boca porque estarás deseosa de que lo haga, pero tú… mmm… no. ¿Estamos juntos, Izel?

—Suéltame —me pidió en un susurro.

—No hasta que termine contigo, y ya te he dicho que puede pasar mucho tiempo.

Retrocedí deslizándome en su interior, para volver a entrar, clavándome en ella.

—Estoy esperando —volví a quedarme quieto.

Era una puñetera tortura como me apretaba el miembro, y lo caliente y resbaladiza que estaba.

—¿De qué conoces a Ally y qué hacías con ella? —me preguntó mordiéndose el labio inferior.

—Primero tienes que responderme tú. No has confiado en mí, me has juzgado sin ni siquiera preguntarme. Creo que me merezco todo lo contrario, cariño —la embestí fuerte varias veces y jadeó cerrando los ojos. Hasta que me paré de nuevo—. Me encanta que estés celosa, pero no quiero verte pasarlo mal sin sentido. Puedes ponerte celosa, pero por instinto, no porque no confíes en mí.

—Sí, estamos juntos —murmuró—. ¿Vas a moverte ya? —bufó.

Solté una carcajada y le di lo que quería, lo que ambos necesitábamos. La volví loca, la desarmé y se deshizo entre mi boca, mis manos y mi miembro. Mis embestidas se volvieron tan intensas que su cuerpo se deslizaba hacia arriba con cada empujón. Izel gritó y gimió mi nombre al correrse, y yo no pude aguantar mucho más. Duré unos minutos, hasta que me dejé llevar.

Sudorosos y jadeantes me mantuve dentro de ella, sin soltarle las muñecas. Bajé la cabeza hacia sus pezones y los lamí y tiré de ellos, pasando de uno a otro varias veces.

Cuando fui a salir de su interior me lo impidió sujetándome de las nalgas. Busqué su mirada.

—No te vayas, necesito sentirme así más tiempo —susurró.

La besé en los labios. Fue un beso suave, pero largo y con mucho sentimiento.

Mantuve mi miembro como me pidió y me moví llevándola conmigo, liberando sus manos. Nos quedamos abrazados, con el cuerpo de Izel encima del mío.

—Allison es de mi familia. Es amiga de Nico y mía desde que yo tengo uso de razón. Es más que amiga o hermana —le conté en tono bajo—. Como la conoces por Adrián, sabes que lleva un tiempo en la ciudad, viviendo con él.

»Esta mañana ha salido a hacer unos recados y en uno de ellos, como se encontraba cerca de aquí, ha venido para hacerme una visita rápida. No teníamos ni idea de que nos veríamos esta noche en la cena, ni por asomo hemos imaginado que su Adrián y tú estabais conectados.

»La verdad es que siempre que le he hablado de ti no le mencioné tu nombre, ni Allison me lo preguntó. No sé por qué, simplemente surgió de esa forma. Yo sí que sabía que había empezado una relación con un tal Adrián, pero ¿cómo iba a pensar que sería tu amigo, con todos los Adrianes que tiene que haber por el mundo?

—¿Por qué no me lo has dicho desde el principio? Joder con las coincidencias.

—Porque no pensaba que te tomarías tan mal ver a Allison, ni que la conocerías y pensarías que os estábamos engañando a Adrián y a ti. No me has dado mucho margen para hablar —carraspeé—. Allison está enamorada de Adrián, te lo aseguro.

—Lo siento —susurró sobre mi pecho.

—Izel, necesito que confíes en mí.

—Yo… lo hago, pero… he perdido la cabeza, no he pensado con coherencia. Mierda —escondió la cara en mi pecho—. Confío en ti, aunque con lo atractivo y guapo que eres tengo miedo.

—¿Guapo y atractivo? —mi voz sonó divertida.

—Lo sabes de sobra. Y eso es poco —bufó y me reí.

—Mírame.

Lo hizo con una mueca. Levantó la cabeza hacia mí y le retiré el pelo detrás de las orejas.

—¿No entiendes que me tienes loco desde que te conocí? ¿Qué por ti he cambiado, que antes no quería compromisos, solo pasármelo bien, y que tú me has llevado a hacer lo que no imaginaba que sucedería? Te quiero, me enamoraste en la escalera de este edificio, nunca me he sentido como desde ese momento, cariño. Y los sentimientos han ido ampliándose.

»No puedo cambiar mi apariencia, pero sí te puedo asegurar que para la única mujer que tengo ojos es para ti, que es verte y todo mi cuerpo se activa. Que solo pienso en tenerte en todas las posturas posibles, y cuando terminemos con ellas, inventar nuevas para nosotros.

»Cada vez que me despierto deseo que llegue la noche rápido porque quiero volver a dormirme abrazado a ti. Quiero verte reír, no llorar como antes. Tus lágrimas me han roto por dentro, y más sabiendo que eran por mi culpa, aunque no la tuviera. Confía en mí, por favor.

»Y otra cosa importante, si te enfadas, si tienes ganas de lanzarme de todo a la cabeza, haz cualquier cosa menos huir de mí.

—Te prometo que no voy a actuar más como lo he hecho —se humedeció los labios—. Te amo.

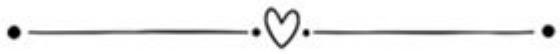
—Repítelo —cogí una bocanada de aire.

—Te amo —sonrió.

Me moví en la cama, hasta que la tuve otra vez debajo de mí. Retrocedí la cadera, deslizándome despacio en su interior, para volver a entrar. Mi miembro que estaba semi erecto, se activó enseguida porque nunca tenía bastante de ella.

Izel gimió y eso era todo lo que necesitaba oír, más su te amo.

Capítulo 29



Izel

—¿Dónde vamos? —le pregunté a Héctor, girando la cabeza hacia él.

—A meterte de lleno en mi vida. Es lo único que te falta porque por lo demás, lo tienes todo de mí —me contestó apretándome el muslo.

No sabía a lo que se refería, pero no insistí porque lo vi con ganas de sorprenderme.

Héctor conducía su coche y desde que empezó a circular por la carretera tenía una mano apoyada sobre mi pierna. Eran las diez de la noche, hacía unos diez minutos que salimos, después de que, a petición suya, metiera en una mochila un par de mudas de ropa. Él se fue a hacer lo mismo al piso de su hermano.

Cuando regresó me encontró guardando la compra que dejé olvidada al lado de la puerta principal y me ayudó para terminar rápido.

—Ya están en el restaurante —le informé—. Adrián me ha escrito.

Cuando Héctor me dijo que le propuso a Ally que no anularan lo de esta noche, lo agradecí porque al anular la cena en mi piso me sentí culpable. Lo

hice en un impulso, por la rabia que sentía, pero sin un motivo real. Todo estuvo en mi cabeza.

—¿Te hubiera gustado ir? —me preguntó.

—Habrá muchas otras veces —le sonreí.

—Sí —asintió.

—Han estado tomando unas cañas en el bar de Roberto, es al que mis amigos y yo siempre vamos los viernes por la noche a tapear.

—Bien.

—Adri ya sabe lo que ha pasado, Ally se lo ha contado nada más llegar a su piso. Mi amigo ha reaccionado mejor que yo, me ha dicho que no dejaba de reírse —bufé.

—Si lo hubiera vivido en persona no se lo hubiera tomado con tanta calma —sonrió de medio lado.

—Supongo —suspiré—. No se creía que tú y Ally os conocierais tanto, también se ha llevado una buena sorpresa. Están hablando de ello con Pam, Mateo y Katia, poniéndolos al día.

—No es para menos. Todos nos hemos quedado igual, eso por utilizar «mi chica» al hablarle de ti a Allison —sacudió la cabeza.

—Adri me ha dicho algo que no le he preguntado —carraspeé.

—¿El qué?

—Que el que ha pasado la noche con Ally ha sido él, no tú. Imagino que ella le ha pedido que me lo dijera.

Héctor soltó una carcajada y sonreí al verlo tan relajado y natural.

—El último mensaje de mi amigo es este.

Puse la pantalla del móvil hacia él, para que lo leyera.

Adrián: *Fóllate a Héctor hasta que se le olvide el mal rato que le has hecho pasar, de los nervios que le has provocado a Ally ya me he encargado yo durante toda la tarde* —terminó con una cara haciendo un guiño.

—Adrián ya es mi amigo del alma, me entiende perfectamente y sabe cómo hacerme feliz. Estoy totalmente de acuerdo con él —dijo con una sonrisa traviesa y me reí.

Unos doce minutos después Héctor aminoró la velocidad y miré con curiosidad la calle en la que estábamos. Había dos hileras de casas separadas por la carretera y las aceras, con una buena distancia entre las viviendas.

Unos metros más adelante giró despacio hacia la derecha y activó la puerta del garaje. Esta empezó a abrirse despacio delante de nosotros.

—¿Quién vive aquí?

—Yo.

—¿Es tu casa?

—Sí —me confirmó con un guiño.

—Vaya…

Me asomé para ver mejor la fachada, pero estaba muy oscuro y la luz de los faros, junto con la de la farola más cercana que había en la acera, no iluminaban lo suficiente. Lo que sí puede apreciar era que tenía dos plantas de altura.

—Vamos —me pidió cuando apagó el motor, dentro del garaje.

La puerta se había cerrado ya, y sin las luces de los faros…

Héctor pareció leerme el pensamiento porque se bajó y fue a encender las del techo. Me bajé y me puse a su lado, mientras cogía nuestras mochilas. Lo seguí al interior de la vivienda, la que me encantó. Era acogedora, entre moderna y rústica, haciendo una combinación perfecta y diferente. Me enamoré de la chimenea.

Recorrimos todas las estancias, pero muy rápido.

—Mañana lo ves todo con calma y cada rincón —me dijo en su habitación—. Ponte cómoda, la cena debe estar a punto de llegar —me sonrió.

Habíamos pedido comida mejicana en el trayecto y por el tiempo que había pasado tenía razón. La casa estaba congelada, normal por el tiempo que hacía que Héctor estaba viviendo en el piso de su hermano. Encendió la calefacción, pero por el momento no era suficiente.

Solté un grito de alegría cuando me llevó al baño para enseñarme el calefactor. Me encerré para calentar el espacio y me cambié de ropa, sin tener que correr ni pasar frío. Con el pijama puesto, los calcetines gordos en los pies, y la chaqueta de lana gorda, fui a buscar a Héctor.

No estaba en la habitación, por lo que dejé la mochila sobre una cómoda, las deportivas en el suelo, y el abrigo y la bufanda sobre el respaldo de un sillón que había cerca.

Bajé a la planta baja, donde me encontré a Héctor. Estaba preparando la mesa del salón y sonreí al ver las velas que había encendido. También había llenado de vino las copas, pensando en todo.

Lo abracé por la espalda, apoyando la cara en su espalda. Me acarició las manos y se giró, para abrazarme y darme un beso.

La cena ya había llegado, decoraba varios platos. Nos sentamos a cenar, disfrutando de nosotros y del momento. No pudimos acabárnoslo todo, por lo que guardamos en la nevera lo que nos sobró. Cuando terminamos nos fuimos directamente a la cama porque Héctor vio que hacía esfuerzos por mantener los ojos abiertos. Llorar tanto me pasó factura porque tenía los ojos cansados y solo quería cerrarlos.

Metidos en su cama, tapados con el nórdico, con nuestros cuerpos entrelazados, nos dormimos con la calidez del otro. Yo fui la primera en caer, su respiración pausada y tranquila siempre conseguían relajarme y hoy más que nunca.

Como cada noche que dormía con Héctor lo hice profundamente. Al amanecer continuábamos muy cerca, pero con él pegado a mi espalda. Su brazo me rodeaba la cintura con fuerza, como si fuera a escaparme en cualquier momento.

—Buenos días —me habló con voz ronca y sonreí.

Medio giré hacia él y le acaricié el pelo.

—Buenos días —susurré sobre sus labios.

Soltó un gruñido y ese fue su aviso de que iba a hacerme gritar. Lo consiguió, como siempre que se lo proponía. Su miembro ya estaba erecto y lo tuve dentro enseguida, llevándome a lo más alto, para lanzarme de

cabeza al placer, sin soltarme. Tuvimos un despertar maravilloso, sudoroso, ardiente y muy placentero.

Al terminar nos dimos una ducha juntos. Cuando nos vestimos para salir bajamos a la planta principal y preparamos dos cafés. Era lo único que tenía que me apetecía. La despensa estaba casi vacía y lo estaba directamente. Por suerte en un armario había un brik de leche sin abrir, por lo que nos pudimos tomar los cafés con leche.

Entre que Héctor llevaba semanas viviendo en el piso de su hermano, en una visita larga, y que anteriormente viajaba constantemente por trabajo y pasaba poco tiempo en esta casa, las opciones de comida eran mínimas, por no decir que imaginarias.

Salimos de la casa en el coche, Héctor me dijo que iba a desayunar como una reina. Me reí por su comentario, mientras él conducía sonriente.

—No he visto ninguna cafetería, ni bar —le dije cuando estacionó junto a una acera.

Habíamos tardado pocos minutos en llegar a otra zona tranquila de casas. Varias personas caminaban por la acera, pero aparte de ellas y de las viviendas, con zonas verdes, no había nada más.

—Esa es la casa de mi madre —me dijo dejándome sorprendida.

Señaló hacia mi derecha y seguí la dirección.

—¿Voy a conocerla?

—Claro. Yo me presenté en la casa de tus padres —me hizo un guiño.

Se bajó del coche y yo lo hice un poco temblorosa. Me puse nerviosa, pero que Héctor me agarrara de la mano con firmeza y tirara de mí con

decisión, aplacó un poco a mis nervios.

Una mujer sonriente abrió la puerta después de que Héctor pulsara el timbre. En cuanto lo vio a él se le iluminó la mirada.

—Hijo.

—Mamá.

Se abrazaron con afecto y sonreí cuando ella empezó a darle besos por la cara, mientras que Héctor se quejaba diciéndole que si lo sabía no venía.

—¿Y esta chica tan guapa quién es? —preguntó ella, mirándome.

—Mi novia y mi futura mujer. Se llama Izel. Ella es mi madre, Clara.

Las dos lo miramos. Mi estomago dio varias volteretas seguidas al escucharlo.

—Así que mi nuera, ¿eh? —le sonrió a su hijo.

—Sí —le confirmó con seguridad.

—Menuda sorpresa —dio los pasos que nos separaban—. Bienvenida a la familia, Izel. Precioso nombre —me abrazó con fuerza y sentimiento—. Si mi hijo te ha elegido es porque eres muy especial.

—Lo es —le aseguró Héctor.

Tenía las mejillas ardiendo y un sofoco importante, pero todo valía la pena por lo que había dicho Héctor. Acababa de hacer una declaración en toda regla y yo no podía estar más emocionada. Tenía ganas de llorar, pero de felicidad.

Él lo notó y se puso a mi lado. Me rodeó los hombros con el brazo y me besó en los labios, sin importarle la presencia de su madre, ni que nos mirara con una sonrisa radiante.

—¡Héctor! —gritó una voz infantil.

Busqué con la vista a quién había hablado y la encontré rápido. Una niña vino corriendo hasta la puerta y rodeó a Clara. Héctor se rio cuando se lanzó a él, quien la cogió al vuelo y dio varias vueltas con ella en brazos.

—Mira, Luci, te presento a la mujer de mi vida —le dijo Héctor—. Es mi novia y será mi mujer.

—Oooh… —fue la reacción de la pequeña, con los ojos abiertos al máximo.

Sonreí porque era adorable.

—¿Es tu hermana? —le pregunté.

—No, por Dios —contestó Clara, riéndose—. Créeme, tuve bastante con Nico y Héctor —me hizo un guiño—. ¿Conoces a mi otro hijo?

—Sí, antes que a Héctor —le respondí.

—Ahora te lo contamos todo, mamá.

—De acuerdo. ¿Habéis desayunado?

—No.

—Perfecto porque estábamos preparando nuestros desayunos. Vamos pequeña, tenemos que hacer dos desayunos más de campeones.

—¡Sí! —alzó la voz Luci, cuando Clara ya estaba dentro de la casa.

—¿Es tu…? —no pronuncié hija, y no porque eso fuese a cambiar algo entre nosotros, pero por la pequeña quise que me lo confirmara Héctor, para no meter la pata.

—Es mi tito —me aclaró ella.

Héctor la dejó en el suelo y ella caminó hacia mí.

—Me llamo Luci y tengo seis añitos. Me gustan las muñecas y jugar con ellas. También las películas de princesas que acaban bonito. Amo el chocolate y lo como a escondidas de mi abuela —se tapó la boca—. Me gusta el color rosa, muy rosa, y los lazos. ¿A ti te gusta lo mismo?

—Tengo otros gustos, pero todo lo que has dicho me encanta —le sonreí.

—Entonces me gustarás como tita —asintió y me abrazó.

Así de simple. Miré a Héctor mientras rodeaba con los brazos a Luci. Él nos observaba con una sonrisa de medio lado y con una expresión de satisfacción. Estaba claro que adoraba a su sobrina, lo que era lógico y normal.

—Desayuno —dijo Luci, separándose de mí.

Entró corriendo en la casa.

—¿Es la hija de Nico?

—Sí —me confirmó.

—Vaya, voy de sorpresa en sorpresa con él —negué sonriendo—. Primero un hermano y ahora una hija. Me falta la mujer.

—A ella no podrás conocerla.

—Oh, vale.

—No están separados —me retiró el pelo de los hombros y me agarró la cara, para acariciarme las mejillas con los pulgares—. Elena murió en el parto de Luci, por unas complicaciones graves.

—Héctor… —tragué saliva, con los ojos nublados por las lágrimas.

—Mi hermano ha pasado por mucho, Izel. La pérdida de su mujer, a la que amaba. La pérdida del negocio que tenían ambos y que lo llevó a la ruina después de la muerte de ella. El verse con una bebé cuando no tenía fuerzas ni para cuidarse a sí mismo…

»¿Sabes cuándo volví a escucharlo reír? —negué con un nudo en la garganta— La primera vez que me habló de su nueva vecina, de la que por cierto no me dijo el nombre —me hizo un guiño—. Parece que mi hermano y yo no le damos importancia a eso —sacudió la cabeza.

»El caso es que esa primera vez rio contándome una anécdota de ti y sin conocerte, toda mi familia te puso en un pedestal. Incluido yo —me sonrió, retirándome las lágrimas que caían por mis mejillas. No podía parar de llorar.

»Ese día supe que mi hermano iba a salir del pozo en el que se metió. Se fue a la ciudad en la que tú vives porque había muchas ofertas de trabajo para conductores de tráileres. Le pagan una mini fortuna por cada viaje y gracias a eso, poco a poco, ha ido liquidando todas deudas que le dejó el negocio que perdió.

»Ese tema ya está olvidado, por suerte desde hace unos meses su economía está saneada. Ahora está centrado en ahorrar, lleva un tiempo haciéndolo para su futuro y el de su hija. Está deseando dejar de trabajar con el tráiler y encontrar otro trabajo con un horario que le permita vivir con Luci y hacerse cargo de ella.

»En lo que seguramente mi madre tendrá que ayudarlo con algún horario, pero ya está. Lo normal, vamos. Desde que se fue de aquí, mi

hermano ha venido a ver a su hija cada vez que ha podido, pero de un tiempo a esta parte lo hace muy poco porque a la pequeña le cuesta cada vez más separarse de su padre. Se llaman mucho y se ven por videollamadas, eso es preferible porque a Luci no le afecta tanto.

—Jo —hice un puchero.

—Ahora ya conoces todo de mi vida y de mi familia, y a las dos mujeres que, aparte de ti y de Allison, me importan. Soy todo tuyo, en cuerpo y alma.

—Héctor —me agarré a su abrigo con fuerza.

Me rodeó la cintura para apretarme a su cuerpo.

—Te amo, Izel.

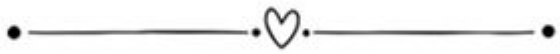
—Te amo, Héctor. No me sueltes porque me caigo —le pedí.

Escuchar su risa me hizo sonreír y relajarme un poco. Eran demasiadas emociones de golpe, pero me sentía tan feliz… Nico había tenido un camino de superación muy duro. Lo admiraba, escondía tanto en él… también me sentía eufórica por mi amigo y vecino, porque estaba a punto de conseguir vivir con su hija y cambiar de trabajo.

No sabía si era cierto lo que me contó de abrir el negocio de sus sueños con el dinero que estaba ahorrando, tal vez me lo dijo para no contarme su historia tan dura. Quién sabía, tiempo al tiempo.

Abracé a Héctor y apoyé la cara en su abrigo, a la altura de su pecho. Mientras que él estuviese sujetándome todo estaría bien.

Epílogo



Doce años más tarde…

Izel

—Estás muy callada —me susurró Adrián al oído y sonreí.

Giré la cabeza hacia él. Mi amigo me hizo un guiño, ocupando la silla de mi izquierda. Nuestra relación no había cambiado, seguíamos tan unidos como siempre.

—Estoy disfrutando —le dije.

—No te quito la razón, pero estás apagada desde que Héctor se fue el miércoles de viaje. Anímate, los días pasan rápido —me pidió.

—Él está igual —entró en la conversación Ally, inclinándose sobre su marido—. No, rectifico, está mucho peor. Todas las horas que pasa despierto está enfadado —frunció los labios—. Lleva fatal alejarse de ti y los niños.

Sonreí porque a mí me sucedía lo mismo con respecto a Héctor. El miércoles tuvo que viajar por trabajo, cosa que dejó de hacer poco antes de conocerme. Me refiero a tener que desplazarse a muchos kilómetros de distancia. El único motivo por el que no rechazó este trabajo fue porque, el

que le pidió ayuda era un amigo suyo. Yo no lo conocía en persona, pero sí que me había hablado bastante de él: Tomás. Antes de que me lo confirmara Ally con su comentario, yo ya sabía que Héctor estaba arrepentido de aceptar el trabajo.

Solté un suspiro y miré a todos los que había alrededor de la mesa, mis amigos, mi familia. Estábamos en el bar de Roberto, era viernes y continuábamos con la costumbre de cerrar la semana tomándonos unas tapas y unas cañas. Nuestro grupo inicial de tres aumentó, pero ninguno fallábamos a esta salida, a no ser que fuese por enfermedad de alguno de nuestros hijos o de nosotros mismos.

Los años habían pasado y seguíamos igual de unidos. Katia y Mateo estaban en medio de una competición de chupitos, ya iban por el cuarto y no parecían afectados. Yo con el segundo ya tendría problemas e iría en picado. Nico y María se habían proclamado los animadores. Pam y Gabriel reían y hacían comentarios divertidos, y Bruno, era el árbitro. Mateo y Katia estaban uno frente al otro, mientras que Bruno los controlaba colocado entre ellos. Después estábamos Ally, Adrián y yo, quienes nos divertíamos viendo cómo se desarrollaba todo delante de nosotros.

—Como sigan así vamos a tener que llevarlos a los dos a casa en brazos —rio Ally, cuando Katia y Mateo se bebieron el cuarto chupito. Roberto, el dueño del bar, les había dejado la botella en la mesa.

No dije nada, pero estuve de acuerdo con Ally.

Me llevé mi jarra de cerveza a los labios. Estábamos en verano y, aunque era de noche, pasadas las nueve, beberla tan fresca como estaba era un gustazo. Hacía calor.

Sonreí al ver de reojo como Adrián pasaba su brazo por los hombros de Ally. Tiró de ella para acercarla a su cuerpo. Nada había cambiado entre ellos, continuaban tan unidos y cercanos como siempre. Mi hijo Sergio diría pegajosos, como se refería a su padre y a mí, a veces. Adrián y Ally, desde

que iniciaron su relación, no se habían separado nunca. Al año y medio de estar juntos se casaron en el hotel donde veraneaban con todos nosotros, sus amigos. Los padres de ambos y los míos volaron hasta nuestro destino, solo para quedarse dos días, el del enlace y el siguiente, en el que descansaron y disfrutaron de las playas y del hotel. Mi amigo vendió su piso y se trasladaron a vivir a la casa de Ally. Por espacio y por la zona no había punto de comparación, por lo que no lo dudaron. Además, otro punto a favor fue que estaba cerca de la casa de Héctor. Hasta la ciudad donde Adrián y yo teníamos los trabajos había menos de media hora yendo en coche, así que no estaba lejos. Aunque mi amigo no iba todos los días a su empresa, trabajaba desde su casa varios entre semana. Tienen dos hijos, Selena y Leo, de diez y seis años, respectivamente.

—¡Has hecho trampa! —se quejó entre risas Katia.

—Eso es mentira. No sabes perder —la picó Mateo, con un guiño.

—Querida, tu marido tiene razón —le dijo Bruno a Katia.

—¡No! Ha hecho algo que me ha despistado —bufó ella.

—¿El qué? Estoy cerca de vosotros, apoyado en la mesa, y no he visto nada —quiso saber Bruno.

—Eso, ¿el qué? —la tentó Mateo para que lo dijera.

Yo ya tenía claro de qué se trataba, de lo que había ocurrido por debajo de la mesa y que mejor que ninguno de los presentes lo supiéramos. La sonrisa traviesa de Mateo me lo confirmó, al igual que la expresión encendida y acalorada de Katia, mientras se mordía el labio inferior. Tantos años juntos es lo que pasa, que los conocía mejor que ellos mismos. Aún trabajábamos juntos.

Katia y Mateo eran tal para cual, una pareja explosiva que se complementaba muy bien. La calma que tenía muchas veces Mateo conseguía aplacar a Katia. También sucedía lo contrario cuando ella lo arrastraba a él. Lo que empezó entre ellos como si no tuviera importancia, un, vamos a probar y lo pasamos bien, resultó que tomó forma muy rápido, sorprendiéndolos a ambos. El día que me enteré de que estaban juntos, el del restaurante al que fuimos a comer después de salir del trabajo, ese día fue el inicio oficial de un amor que no había decaído ni un poco en todos los años que habían pasado. Inicio oficial ya que para Katia comenzó antes. Estuvo enamorada en secreto de Mateo durante mucho tiempo, pero lo ocultó muy bien porque él estaba con su anterior pareja: Paola. Katia consiguió curarle todas las heridas a Mateo y así fue como él se dejó llevar con ella. Aunque debo decir que Mateo nunca se frenó, ni se cortó, con respecto a Katia. A veces no sabes que lo quieres hasta que lo tienes, así de simple. Tienen un hijo de nueve años, Pablo.

Bruno, el que estaba esperando a que alguno de los dos le aclarara porque Katia había dicho que Mateo la había despistado, y cómo, era el mejor amigo de Héctor. Eso al inicio porque en poco tiempo formó parte de nuestro grupo íntimo. Todos le teníamos mucho cariño y para él era igual hacia nosotros. Estaba soltero y sin intención de atarse, como él siempre decía. Le encantaba hacer de tío de los hijos de todos y algunos fines de semana se empeñaba en que se los dejáramos. No queréis saber cómo nos los encontrábamos cuando íbamos a recogerlos, incluido al adulto.

—Habéis terminado demasiado rápido —dijo Gabriel, con humor.

—¿Quieres intentarlo conmigo? —le propuso Pam, elevando las cejas varias veces.

—¿Me estás retando, cariño? ¡A mí! —se señaló— Sabes el aguante que tengo —le hizo un guiño.

—No más que yo —le lanzó un beso al aire Pam, aunque estaba a su lado.

Ella se rio a carcajadas cuando Gabriel la cogió para sentarla sobre sus piernas. Sonreí al ver a mi amiga tan feliz. Lo suyo con Gabriel fue un disparo en toda regla, tal cual, porque se conocieron en una de esas actividades en las que juegas en grupo y tienes que ir eliminando a tus adversarios con pistolas de pintura. Gabriel era uno de los adversarios, de los del último del grupo que competía por la victoria con el grupo de Pam. Con la buena puntería que tiene mi amiga, él no tuvo nada que hacer. Pam le dio en toda la frente a Gabriel y él cayó al suelo, haciéndose el muerto. Mi amiga se rio y celebró la victoria con su grupo, hasta que se dio cuenta de que el hombre al que le había dado no se movía del suelo. Preocupada, se acercó a él y se puso de rodillas a su lado, para comprobar qué le pasaba. Lo que Pam no esperaba era que Gabriel la había visto al inicio del juego, cuando todavía estaban vestidos de calle y sin máscaras, por lo que pudo fijarse muy en ella. Gabriel abrió los ojos de golpe y lo primero que dijo fue: *¿Me das una cita? Déjame enamorarte*. Un gran comienzo para la relación tan bonita que tienen desde entonces, relación que les había dado dos hijas, Sofía y Lara, de ocho y cinco años, respectivamente. Sí, por suerte mi amiga no tuvo que volver a pasar por un embarazo ectópico, por lo que dimos gracias todos.

—¿Otra ronda de cervezas? —nos preguntó Nico y todos afirmamos, por lo que llamó la atención del camarero.

—Luci es más responsable que nosotros —rio María, contagiándonos a todos.

Sobre mi amigo Nico, mi cuñado y el que un día fue mi vecino… ahí lo tenía, riendo y abrazando a María, la mujer que consiguió que volviera a amar y a ilusionarse por el amor. Él siempre llevaría consigo el recuerdo de Elena, la que fue su primera mujer y madre de Luci. Eso era sagrado y ocupaba una parte importante en su corazón, pero Nico era muy joven y por suerte encontró la compañera perfecta para él. María es un encanto, simpática, divertida y con un punto de timidez que a Nico lo vuelve loco. Desde el último viaje que conocéis que hizo él con el tráiler, sumó cuatro

más y dejó el trabajo de los viajes internacionales. Cerró aquella etapa con mucho dinero ahorrado y pudo tener la vida que luchó por conseguir, junto a su hija Luci. Debo decir que Luci acogió perfectamente a María, en ella tuvo la madre que nunca conoció, aunque tanto María como toda la familia siempre le hablaban de Elena con mucha naturalidad, para que Luci supiera de su madre biológica y que no la olvidara. Nico vendió su piso y la casa en la vivió con Elena, la que estuvo cerrada y deshabitada por muchos años. Quiso empezar de cero y lo hizo, con el dinero que obtuvo de las ventas adquirió una casa parecida a la de Héctor y muy cerca de la de su hermano, al igual que la de Ally y Adrián. Era de dos plantas y con amplios jardines. Nico no tuvo que tocar el dinero que ahorró con mucho esfuerzo haciendo los viajes interminables, ese dinero estaba destinado para el futuro de su hija y para otra cosa que os contaré en breve. María se trasladó a vivir con Nico sin dudar cuando se conocieron y la relación fue adelante. Están casados y, aparte de Luci porque María la adoptó como suya, tienen otro hijo de ocho años, Lucas.

Me llevé la jarra a los labios, para apurar la cerveza con los últimos sorbos. Y lo noté, algo en mis sentidos me hizo levantar la vista y enfocarla lejos. Las pulsaciones se me aceleraron cuando vi al hombre más guapo, atractivo y maravilloso caminar en nuestra dirección, con la mirada fija en mí.

—¿Qué hace aquí? —dije en alto, levantándome despacio de la silla.

Todos me escucharon y siguieron mi mirada. Enseguida aplaudieron y silbaron, mientras Héctor cada vez estaba más cerca.

Cuando vi cómo me sonreía de medio lado, salí corriendo hacia él, sintiéndome la mujer más feliz del planeta. Salté sobre su cuerpo y Héctor me atrapó y me pegó a él, parándose. El tiempo se detuvo, todo lo de nuestro alrededor dejó de existir. Cerré los ojos abrazándolo con fuerza, con los brazos en su cuello y las piernas en su cintura. Las manos de Héctor terminaron en mis nalgas, agarrándomelas con fuerza.

Mi marido, el hombre de mi vida. Con él había formado una familia preciosa, con nuestros hijos Sergio y Alba, de nueve y siete años, respectivamente. Los cuatro éramos un gran equipo. Nos casamos al año de estar viviendo juntos, lo que sucedió casi desde nuestros inicios. Como le pasó a mi amigo Adrián y a Ally, Héctor y yo nos trasladamos a la casa de él. Era muchísimo más grande que mi piso, espaciosa, preciosa, y con un jardín de ensueño y zonas verdes que eran una maravilla. Mi piso lo vendí, lo hice convencida, aunque lloré mucho por no vivir al lado de Fermín y de Norma. Para mí eran de mi familia y me daba miedo dejarlos solos, por la edad que tenían. Por suerte, a pesar de los años, se mantenían muy bien y, aparte de los achaques típicos, se encontraban perfectamente. Héctor, Nico y yo los íbamos a ver a menudo, sobre todo yo que cada tarde, de lunes a viernes, me pasaba a hacerles una visita al salir del trabajo. A veces los acompañaba en sus paseos, otras tomábamos un café o un refresco en el sofá de su piso. Regresar a casa me suponía menos de media hora en coche y no me importaba retrasarme. Aunque debo decir que desde que tuve a mis hijos el tiempo que estaba con Fermín y Norma era más corto, pero al menos me quedaba tranquila porque los veía cada día, además nos llamábamos por teléfono. Muchos fines de semanas nos los traíamos a nuestra casa, para que estuvieran con nuestra familia. Nuestros hijos y ellos se adoraba.

Referente al trabajo de Héctor… él seguía ejerciendo su profesión, mi marido era un apasionado de la tecnología y un celebrito para ello. Ahora viene la parte en la que os cuento que Héctor y Nico montaron un negocio de informática y tecnología juntos. Eran los dueños de él, mientras que Nico se encargaba de todo el tema comercial y del laboral, porque tenían a bastantes trabajadores a cargo, Héctor era el cerebro que se dedicaba, junto a un equipo seleccionado por él, a arreglar problemas informáticos de todo tipo, ganando reputación para la empresa y mucho prestigio. Hoy día era una de las más reconocidas en el sector que trabajaban. En eso invirtió mi cuñado parte del dinero que ganó con el tráiler, aunque ya lo había recuperado de sobra, y sumado mucho más.

Mis padres, Álvaro y Marina, continuaban como siempre. Igual de enamorados y demostrándolo con la misma intensidad. La única novedad es que son unos abuelos increíbles que se desviven por sus nietos y por toda la familia en general. Al igual que Clara, mi suegra. Ellos tres encajaron muy bien y se llevaban fenomenal, desde el día en el que los presentamos en una comida que organizamos en la casa de Héctor. Me refiero a mis padres y a Clara, aunque aquí debo sumar a Ignacio.

Sí, Ignacio, mi jefe, se presentó a esa comida familiar invitado por Héctor. Solo ellos dos lo supieron, fue una sorpresa organizada por mi marido porque él sabía lo que sucedería una vez que su madre e Ignacio volvieran a coincidir. Y así fue, Héctor supo jugar muy bien al juntarlos porque de aquel día en nuestra casa, ya no volvieron a separarse.

Ignacio y Clara se casaron de nuevo en una ceremonia muy bonita y especial. Vivimos muchos momentos emotivos, llenos de emociones y sentimientos. Yo no entendí cómo pudieron estar tanto tiempo separados, cuando verlos juntos dejaba claro el amor y la pasión que sentían el uno por el otro. La vida y los reveses que da a veces. Lo importante es que Ignacio no se dio por vencido en ningún momento y que Clara no puso más impedimentos a lo que sentía. El amor que había entre ellos era increíble e imposible de ignorar.

Así que, ahora era mi jefe y parte de mi familia, aunque lo de jefe faltaba poco para que cambiara. Ignacio estaba pensando en jubilarse, ya había empezado a moverlo todo para arreglar las cosas. En la empresa corría el rumor que yo sería su sustituta, porque mejor que yo no conocía nadie el trabajo y el funcionamiento del negocio, así como todo lo que lo rodeaba. Yo no echaba cuenta a esos rumores porque me parecían exagerados.

Y, por último, os hablo de mi querida Luci. Mi sobrina ya ha cumplido la mayoría de edad, es toda una mujer preciosa y con un carácter estupendo. Volver a vivir con su padre le hizo muchísimo bien. Luci está centrada en sus estudios, tiene muchos planes con ellos. Quiere hacer varios grados, después entrar en una carrera y terminar con algún máster. Apuntaba en la

dirección de su tío, de Héctor, ya que los había ayudado en algunos trabajos y mi marido sabía cuándo alguien tenía un don innato. Pero ni Héctor ni Nico querían que se descentrara de los estudios. Lo primero era obtener todos los títulos posibles, porque el trabajo, por suerte, lo tendría una vez que finalizara. No estaba enamorada de ningún chico, pero sí que tenía muchos amigos y amigas con los que quedaba en grupo de vez en cuando.

—No sabes cuánto te he echado de menos, joder. No pienso irme más —gruñó Héctor, sujetándome con fuerza.

—Yo también —suspiré—. ¿Por eso has venido antes? Me dijiste que terminarías el trabajo para la mitad de la semana que viene —le acaricié el pelo.

—Lo he mandado a la mierda y me he largado —se encogió de hombros.

—No —agrandé los ojos.

—Ya te digo que sí —sonrió de medio—. Le he dicho a mi amigo que, si quiere que termine de salvarle el culo con el problema que tiene en su empresa, que lo haré a distancia, desde casa. Si por algo dejé de viajar por trabajo —sacudió la cabeza—. Y me he dado cuenta de que cuando estaba solo era muy diferente a ahora, que te tengo a ti y a los niños.

—Te has ganado una buena recompensa esta noche —le susurré al oído.

—Mierda… —volvió a gruñir.

—¿Dónde vas? —le pregunté cuando empezó a andar, pero en sentido contrario a la mesa donde estaban nuestros amigos.

—A casa, no voy a esperar ni un segundo más.

Solté una carcajada, mientras nuestros amigos le gritaban a Héctor, entre risas, que ni siquiera los había saludado. La respuesta de mi marido fue alta y clara, alzando mucho la voz para que lo escucharan bien.

—Dejaros de tonterías que, si estuvierais en mi situación, haríais lo mismo. Además, que mierda de saludos, ni saludos, como si no nos tuviéramos muy vistos. Mañana venid a nuestra casa, pero a partir de la una. Antes no porque Izel y yo estaremos muy ocupados, hay que aprovechar que los niños están con los abuelos.

—Por este secuestro has duplicado tu recompensa —le dije con un guiño, ganándome toda su atención.

—Dime exactamente qué tienes en mente —me pidió con la voz ronca.

Eso hice, le susurré al oído todo lo que iba a hacerle una vez que lo tuviera desnudo en nuestra cama, como también en la ducha. Héctor aceleró los pasos yendo hacia su coche y yo no pude parar de reírme, a pesar de que por dentro estaba completamente encendida.

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano
Instagram: @carlotamanzanoautora
Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano
Twitter: @ChicasTribu